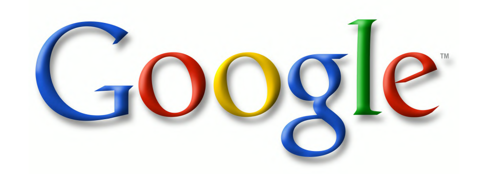
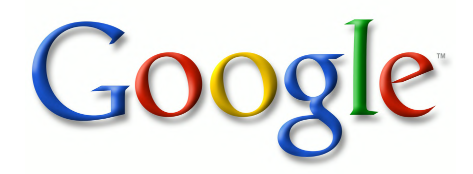
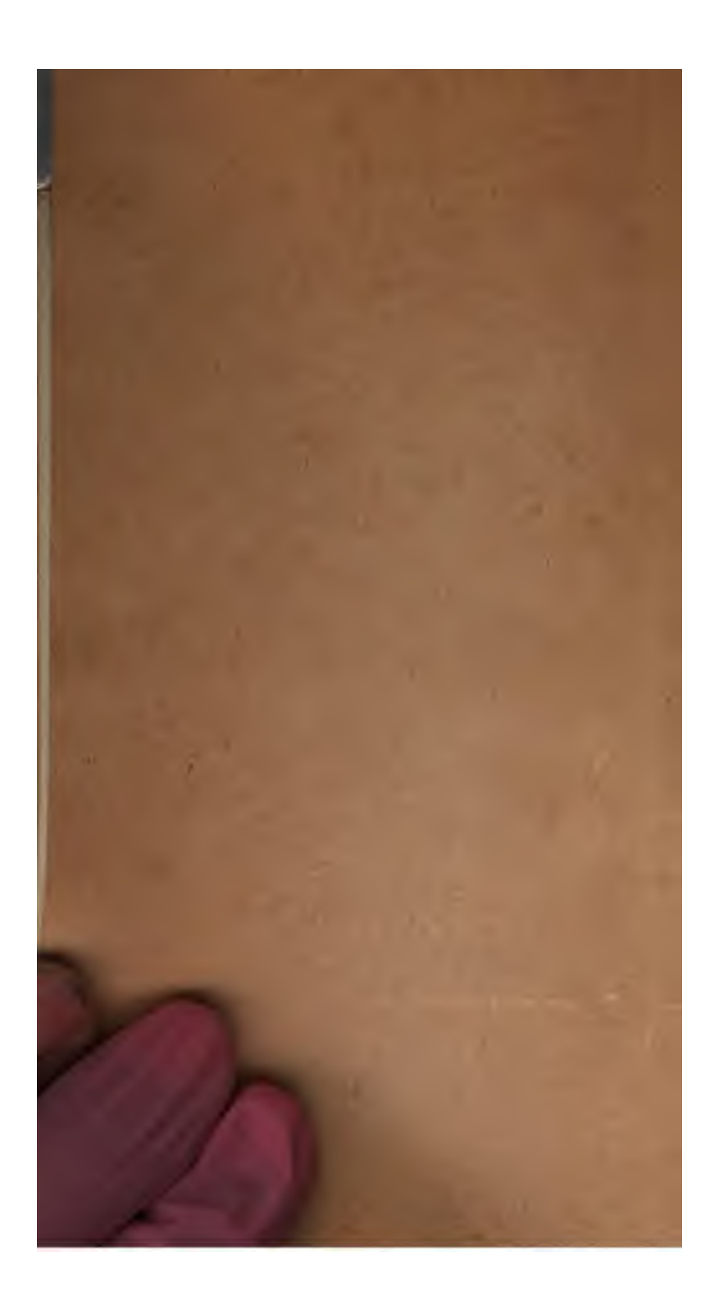







LELAND·STANFORD·JVNIOR·VNIVERSITY




58
OBRAS
DEL
LIC. RAFAEL CENICEROS
Y VILLARREAL
TOMO I
MÉXICO
IMP. DE V. AGÜEROS, EDITOR
1908

LA SIEGA

I

Regocijada multitud llena el pedregoso camino, que desde la salida de la calle del Angel, conduce al santuario que se eleva en la cumbre del cerro de la Bufa, de la ciudad de Zacatecas, en medio de los dos abruptos crestones que la coronan. A uno y otro lado, y de trecho en trecho, los vendedores de frutas ofrecen su mercancía en venta, á gritos y con hiperbólicos elogios. En la cima de la montaña, frente al atrio del templo, elévase una hilera de improvisadas fondas y cantinas, formadas con mantas sostenidas con postes. El incitante olor de los guisos atraé á muchos transeuntes, que con apetito meriendan picantes enchiladas y chorizos fritos, ó beben magnífica cerveza "Carta Blanca.' Alrededor de humildes puestos, vése á la plebe saborear

con delicia la exquisita tuna cardona, y los muchachos, entusiasmados, vuelan por el aire, asidos á dos manos de las cuerdas de un volador, colocado cerca de la puerta Sur del atrio. Las bandas deleitan con sus alegres notas, y de vez en cuando, los cohetes hienden chispeantes los aires, ó estallan las "cámaras" con gran contentamiento de los chicuelos que gritan y saltan.

Repentinamente escúchase un clamor de júbilo.

—Allá vienen, exclaman muchas voces á la vez.

En efecto, dando vuelta á la esquina de la calle del Angel, aparece numerosa y ordenada comitiva: son los barreteros de la mina de "San Rafael." que en procesión se dirigen al templo. Va á la cabeza un empleado de categoría con un estandarte azul con flecos de oro; en el anverso ostenta la imagen de la Santisima Virgen, y en el reverso, hachas, picas, azadones y otros instrumentos de los mineros. Tras del porta-estandarte, varios empleados llevan en charolas ricos ornamentos, y en el centro van dos barreteros con un enorme arco de flores artificiales, blancas y rojas: son las ofrendas que presentarán á la Virgen. Siguen luego los demás empleados, que

marchan de dos en fondo, con velas de cera en la mano; ciñe la copa de sus anchos sombreros de palma un listón azul con esta inscripción: "Mina de San Rafael." La aparición de los mineros es saludada por la música con dianas y por la multitud con gritos y vítores.

El santuario de la Bufa está consagrado á la Santísima Virgen, bajo la advocación de Nuestra Señora del Patrocinio, fué edificado por el conde de la Laguna en 1728, y reedificado por los católicos zacatecanos en 1794. La imagen ostenta corona imperial; tiene en la diestra una rosa y en el brazo izquierdo al niño Jesús, hermoso y sonriente. Esta imagen perteneció á uno de los conquistadores de Zacatecas, D. Diego de Ibarra; fué después del General Don Agustín Zavala, quien la donó al santuario; treinta años estuvo en la antigua iglesia de la Merced, después en el oratorio de la casa del conde de la Laguna, y cuando fué reedificada la capilla de la Bufa, se colocó en ella, con toda solemnidad el 1 o de Septiembre de 1795. La imagen de la Santísima Virgen del Patrocinio está dibujada por mandato de D. Felipe II en el escudo de armas que concedió á la muy noble y leal ciudad de Zacatecas.

Anualmente celébrase en honor de la Virgen del Patrocinio, un suntuoso novenario, que comienza el seis de Septiembre. Los días se reparten entre varios gremios: éste toca á los comerciantes, aquél á los mineros, y todos compiten en la abundancia de fuegos artificiales, y en la profusa iluminación por la noche. Generalmente, sobresalen los días que tocan á las negociaciones mineras. Los mineros, por carácter ó educación, son pródigos, y gastan sin dolor cuanto tienen y aún más de lo que tienen. El dia en que comienza esta historia, tocaba á la mina de San Rafael, y los barreteros habíanse empeñado, no sólo por religión sino también por amor propio, en que fuese el mejor de los del novenario, pues la sutil vanidad penetra atrevida hasta en los más piadosos actos.

La solemne procesión ábrese paso por entre la compacta muchedumbre, y penetra hasta el estrecho recinto del templo, donde el capellán espera á los romeros para recibir las ofrendas. Entre tanto, una familia sentada sobre las rocas, al pie del crestón grande, contempla el magnífico panorama de la ciudad y de la montaña al expirar la tarde de aquel día. El pintado caserío, donde descuellan muchos suntuosos edificios y la gran

diosa catedral, cubre la ancha cañada que forman las argentíferas montañas que circundan la ciudad, y no cabiendo en aquélla, trepa por las verdes faldas de los montes, formando angostas callejuelas é irregulares y pintorescos grupos de casitas. Hormiguea la gente en el camino, y mézclanse y confúndense todas las clases sociales, desde el humilde barretero envuelto en vistoso sarape y cubierta la cabeza con ancho sombrero de petate de alta copa y enormes alas, hasta el rico propietario correcta y lujosamente vestido que muestra en el anular valiosos brillantes. Oyese el confuso rumor de aquella abigarrada multitud, y en intervalos las harmonías de las músicas; en tanto las sombras de la noche van envolviendo la ciudad.

—Ya encendieron la luz, dijo María Teresa á su mamá, mientras D. Antonio, poniéndose en pie, arrojaba bocanadas de humo al fumar un exquisito cigarro metido en artística boquilla de ámbar.

En aquel momento la blanca luz de los focos eléctricos colocados en los ángulos del atrio, y de trecho en trecho, á lo largo del camino, iluminaron la montaña, y centenares de lámparas de áurea luz res-

plandecen en las cornisas del templo y de la torre hasta la linternilla.

Irradia el augusto santuario con ígneos esplendores que en lucientes ondas salen por las ventanas, y los árboles de fuegos artificiales, al rededor de los cuales saltan gárrulos y alegres los muchachos, anuncian con prolongado chirrido que pronto estallarán en truenos y lluvia de luces de colores.

María Teresa era una guapa zacatecana llena de juventud y de vida. Hija única de Don Antonio Sifuentes, rico propietario que debía á las bonanzas mineras la mayor parte de su fortuna. Ella y su hermano Alfonso habían formado hasta entonces el encanto de un hogar feliz; Da. Carmen, su madre, los amaba con frenesí; y aquella exquisita ternura, no regulada por la razón, habíales perjudicado en su educación. La soberbia hermosura física de María Teresa no correspondía á su belleza moral, que quizá bien dirigida hubiera alcanzado el alto nivel de aquella. Rubia, alta, bien formada, vigorosa, de tez blanca y tersa, ligeramente sonrosada, ojos garzos, grandes y rasgados, de arrogante y altiva mirada, nariz perfectamente perfilada, bajo la cual sonreía una boca hermosa y pequeña. María Teresa, mimada hasta la

exageración por su madre y muy querida de su padre, que nada le negaba, había crecido en el hogar, lo mismo que su hermano Alfonso, satisfaciendo siempre hasta sus menores caprichos. Doña Carmen era de carácter suave y apasionado; no conocía el mundo, casóse muy joven: la víspera de su boda todavía eligió entre sus muñecas las que debían acompañarla á su nuevo hogar. Para ella el mundo y toda la felicidad reducíanse á sus hijos y á su esposo, á quienes no hubiera trocado por ángeles del cielo. Naturalmente buena, jamás pensó que pudieran malas pasiones germinar en el corazón de sus hijos. D. Antonio, por el contrario, era hombre de poderosa energía y de violentas pasiones; amaba ó aborrecía con todas sus fuerzas, casi nunca había para él términos medios, siempre estaba en los extremos. Habíase propuesto ser rico y se dedicó al trabajo y á las especulaciones mercantiles con todo el ardor de su vigoroso carácter y el buen éxito coronó en breve tiempo sus esfuerzos. Amaba entrañablemente á su familia; pero los negocios devoraban su tiempo, y el que consagraba á su hogar era para el descanso y la expansión de sus afectos, y no para la educación de aquella. De esta suerte los hi-

jos del rico banquero, abandonados á preceptores que instruyen pero no educan y que cuando están bien remunerados suelen disimular los defectos de sus discípulos, crecieron sin que oportunamente se arrancaran de sus corazones las pasioncillas de niños generadoras de las grandes pasiones del hombre.

María Teresa era orgullosa y muy superficial en todo; Alfonso, acostumbrado desde niño á estudiar poco y vagar mucho, acabó por no estudiar nada y vivir en blando ocio. El señorito trasnochador empedernido, sin que sus padres lo supieran, pues tenía su cuarto en el piso bajo de la casa, muy lejos de la alcoba conyugal; se levantaba á las doce del día, lavábase, vestíase, perfumábase, subía al comedor, tomaba un frugal desayuno, estaba en el despacho de su padre, entrada por salida, é íbase luego á las elegantes cantinas á tomar aperitivos y á charlar con sus numerosos amigos. Su padre comía siempre á la hora de costumbre, y rara vez estaba allí Alfonso; Don Antonio atribuía tal ausencia al poco tiempo que mediaba entre el desayuno de Alfonso y la hora de comer, y si preguntaba después si había comido ya su hijo, el mozo, obedeciendo la consigna, contestaba siempre: Comió y vol-

vió á salir. La madre callaba las más veces, y si alguna reprendía dulcemente á su hijo por su ausencia, éste, que conocía á maravilla el carácter y el corazón de su madre, la acariciaba, la besaba con ternura, y la amante madre, inundada de gozo, olvidaba todo.

Alfonso se había apartado en aquellos momentos de su familia, y conversaba afectuosamente con un joven de su edad, moreno, de negro y sedoso bigote. fisonomía enérgica y expresiva y penetrante mirada.

—¿Por qué no vienes con nosotros, Guillermo? preguntaba Alfonso al joven.

—Tengo una preocupación: soy antipático á tu papá.

—Preocupación sin duda es, y debes desecharla y para que de una vez triunfes de ella, te invito formalmente á una tertulia que tendremos en casa esta semana. ¿Irás?

—Iré si puedo; con todo, te agradezco la invitación.

—Nada, nada; cuento contigo, de lo contrario tendré suficiente motivo para dudar de tu amistad. Adiós.

Guillermo no respondió, pero escapóse de su pecho un suspiro apenas perceptible.

Alfonso se unió á su familia que tomaba ya el camino para bajar á la ciudad. Entre Guillermo y María Teresa cruzóse una mirada, furtiva la de ésta, profunda y apasionada la de aquel, mirada que sólo observaron dos grandes ojos negros fijos con insistencia en Guillermo, éste volvió el rostro atraído por el imán de aquellos ojos, y distinguió entre la muchedumbre á una morena joven de angelical dulzura y expresivo semblante, quien no apartaba de él aquellos luceros sombreados por luenga é hirsuta pestaña de vivísimo negro.

—Adiós, Lupe, dijo Guillermo, mirando á la joven y bajó la montaña preocupado y pensativo sin perder de vista á María Teresa.

II

Entraba á raudales la luz de la mañana por las abiertas ventanas de una casita alegre y pintoresca; trinaban los enjaulados canarios saltando jubilosos, y las macetas del patio y del corredor, frescas y lozanas exhalaban el aroma de sus flores al sentir el blando beso del céfiro. Lupe empinada sobre las puntas de

los pies ponía hojas de lechuga en las doradas jaulas de los pajarillos y los mimaba tronando la lengua en el paladar. Aleteaban los canarios como correspondiendo á las caricias de su ama, y lanzaban al aire más vigorosos sus cantos.

Lupe, después de proveer abundantemente á los pajarillos, quedóse un momento contemplándolos; luego suspiró y una lágrima rodó por sus mejillas. Sentóse en un banco del corredor y estuvo largo rato abstraída. Sacóla de su abstracción la voz de su madre que le dio:

—Ea, hija mía. ¿Qué tienes? Estás enferma?

—No, mamá; pensaba.... ya no sé ni lo que pensaba. ¡Soy tan distraida!

—Voy á misa á Santo Domingo, van á dar la última llamada; tú despacharás á Paula al mercado, le encargarás lo que quieras, lo que desees comer, pues comes tan mal que ya voy creyendo que estás enferma.

—No mamá; no te preocupes, me siento enteramente bien.

—¡Quiera Dios, quiera Dios! Ya vuelvo.

Lupe pertenecía á distinguida familia, era hija única; huérfana de padre desde muy niña, había crecido al lado de su

madre, Doña María, que la amaba con toda su alma. Los bienes raíces que heredaron bastaban para vivir con relativo desahogo; además, Lupe, que tocaba el piano bastante bien, daba algunas lecciones que le producían lo suficiente para cualquier gasto extraordinario é imprevisto.

Tan luego como salió Doña María, Lupe se dirigió á la sala, sin cuidarse de cerrar la puerta del zaguán y maquinalmente se sentó en el banquillo del piano. Conocíase que el instrumento hacía días que estaba cerrado, pues cubría la tapa del teclado una tela de fino polvo. Lupe contempló l magnífico "Steinway," y como si quisiera hacerle confidente de sus más íntimos secretos, sin reflexionar, escribió con el índice sobre la empolvada tapa con gruesos caracteres, este nombre: "Guillermo." Luego arrepentida, como si hubiera cometido un pecado, volvió el rostro á todas partes para ver si alguien la había observado, y cerciorada de que estaba sola, borró precipitadamente el nombre con las puntas del delantal. En seguida, como si la inspiración bullera en su alma, al calor de un dulce recuerdo y se desbordara con potente empuje, abrió el piano y arrancó á las teclas

suavísimos sonidos. Tocaba la romanza sin palabras de Mendelssohn: "Pasión", tan expresivamente y con sentimiento tan hondo, que el corazón más duro hubiera sentido todo el vigor de la emoción estética. Al concluír la pieza entre un torrente de vibrantes y apasionadas notas un nutrido aplauso resonó en la sala. Lupe, que se creía sola, se estremeció y palideció de susto como si hubieran sido descubiertos los secretos que había confiado al piano. Volvió la demudada faz y exclamó al ver á su madre y á Guillermo que la aplaudían:

—¡Ah son ustedes; buen susto me han dado!

—Ay, hija! Te hallas extremadamente nerviosa, te lo he dicho, estás enferma.

—Lupe, debe usted sentirse satisfecha; ha tocado perfectamente esa romanza, díjole Guillermo tendiéndole la mano.

La joven nada contestó; estrechó maquinalmente la mano que se le ofrecía, y trémula y turbada retiróse á la cabecera de la sala, y casi desfallecida dejóse caer en el sofá. Guillermo nada observó, iba también preocupado.

—Aquí tienes al desertor, exclamó Do ña María sentándose junto á su hija y

la voz y haciendo heróicos esfuerzos por dominar la emoción.

Guillermo bajó los ojos y quedóse meditabundo.

—¿Te gusta esa joven? preguntóle Doña María.

—La quiero, murmuró Guillermo.

Lupe ahogó un suspiro, y sintió que una onda intensamente fría inundaba su corazón; pero tuvo bastante fuerza de voluntad para sobreponerse á su dolor, y disimuló con suma habilidad aquel golpe que, aunque esperado le fué en extremo sensible.

—¿Por qué no le habla usted? dijo Lupe con tal tranquilidad que superaba á la verdadera. ¿Podrá ella encontrar otro hombre más digno de su amor?

—Eso dice usted por la sincera amistad que nos une.

—No, Guillermo; no juzga en este negocio la apasionada voz de los afectos, sino el recto juicio que suele ver lo porvenir con la misma claridad que lo presente.

—Bien dices, hija mía, Guillermo tiene todos los elementos para conquistar nombre y fortuna, y no está contaminado de los defectos propios de los jóvenes.

—¡Lisonjeras! Pero ¿no ven ustedes

que María Teresa es riquísima, y yo un pobre que apenas empiezo mi carrera comercial?

—Y de escalón en escalón llegarás hasta la cumbre: el trabajo es empezar.

—Anímese usted. María Teresa será vencida.

—Irás á la tertulia, irás.

—Sí, yo se lo suplico á usted

—Iré, con una condición.

—¿Cuál?

—Que ustedes también asistan.

—Llevábamos, repuso Doña María, íntima amistad con Da. Carmen antes de su matrimonio, la he sostenido después no tan íntima; sin embargo, supongo que nos invitarán.

—Alfonso me ha dicho que las invitará; tiene gran interés en que vayan... y yo sospecho.

—¿Qué sospechas?

—Que Lupe le ha trastornado la razón. Está loco por ella.

Lupe volvió á sentir con mayor intensidad aún, el frío que penetraba hasta la más recóndita fibra de su corazón. En aquella mañana, en menos de una hora, en unos cuantos momentos, su carácter se había vigorizado. ¡Tan grande es el poder del sufrimiento!

Como el glacial aire del Norte trueca

el líquido en sólido, las lágrimas de Lupe congeladas, no salieron por sus ojos, sino que una á una cayeron dentro de su pecho.

—Iremos, exclamó irguiendo con altivez la hermosa cabeza. Por intuición inexplicable comprendió que empezaba para ella una lucha terrible; que tenía que salvar á Guillermo de muchos peligros, que era necesario estar cerca de él.

El desayuno terminó; aproximábase la hora en que Guillermo debía estar en el almacén, y se despidió cariñosamente. La voz de Lupe era tranquila; nadie hubiera creído que su alma había librado una tremenda batalla.

III

Reúnese la flor y nata de la sociedad zacatecana en el salón, ricamente amueblado, de la elegante casa del señor Sifuentes. Este y su hijo van de uno á otro lado, atendiendo á todos con finura y amabilidad. En el corredor óyense afinar los instrumentos, y en el espléndido tocador, contiguo á la sala, varias jóvenes arréglanse los trajes ó los peinados en frente de grandes y biselados espejos,

mientras que algunas de las mamás contemplan satisfechas la hermosura y las galas de sus hijas. Con aquellas está Da. Carmen, luce rico traje de terciopelo negro, que contrasta admirablemente con la plateada cabeza de la bella dama, á quien las canas sientan perfectamente; ciñe su cuello collar de gruesas perlas é irradian los brillantes en sus aretes y pulseras. Aún hay vestigios de juventud en aquel rostro de atractiva suavidad.

Dos jóvenes llaman entre todas la atención general: María Teresa y Lupe. El gallardo y airoso cuerpo de aquélla, yérguese luciendo traje rojo con aplicaciones crema, y por único adorno, en el alto peinado, una cinta de terciopelo negro, prendida con valioso broche de brillantes. La hermosa rubia agita con donaire el abanico, sostenido por un doble hilo de corales. Lupe viste de blanco, y aquellos ojos negros, de profunda mirada, parecen bañarla de luz: lleva en la cabeza, graciosamente prendido, un blanco crisantemo.

Alfonso, acompañado de Guillermo, acércase en esos momentos á su hermana.

—Te presento, le dice, á uno de mis mejores amigos.

—Tengo mucho gusto en conocerle, contesta la rubia, lanzando una mirada sobre el joven, como diciéndole: somos antiguos conocidos.

—Guillermo Fernández, servidor de usted, señorita.

María Teresa y Guillermo estrecháronse la mano de un modo significativo, y Alfonso y su amigo volvieron luego al salón.

Entre las jóvenes estaba Lola, una señorita chica de cuerpo, de ojos pardos. vivos y penetrantes; inquieta, nerviosa y locuaz; al hablar guiñaba siempre un ojo, y con muchos ademanes daba vivísima expresión á sus palabras; vestía siempre correctamente y jactábase de instruída y perspicaz. Los jóvenes buscaban su compañía, lo que prueba que no carecía de atractivos; su hermana Concha era extremadamente pálida, y aunque de mejores facciones que Lola, no simpatizaba por su carácter maldiciente: un observador hubiera sin dificultad comprendido que el gusano de la envidia roía el corazón de Concha. Ambas habían sido educadas en un colegio de la ciudad de México. y hacía poco tiempo que su padre, D. Leandro Jiménez, se había radicado en Zacatecas.

—Estás hermosísima, dijo Lola á Ma-

ría Teresa, acariciándole las mejillas; y la señorita, añadió, dirigiéndose á Lupe, es la única que puede rivalizar contigo. Son las reinas de la fiesta.

Lupe se sonrió tristemente, y María Teresa, acercándose á Lola, le dijo:

—Mira si no se ha descompuesto mi peinado.

—No, está muy bien.

—¿Te gusta María Teresa?, preguntó una joven á Concha.

—No, es un cromo y nada más.

—A mí me gusta más Lupe.

—A mí ninguna.

En ese instante, la música del señor Antonio de la Rosa lanzó al aire en raudal de harmonías, los primeros compaces del hermoso vals "Consentida," de Lerdo de Tejada. Lupe y María Teresa, sin saber por qué, se buscaban. No sabían si se simpatizaban, se temían, se envidiaban ó se aborrecían; pero sentíanse atraídas la una hacia la otra. Cogiéronse de la mano y entraron en el salón. La admiración que produjo la presencia de las jóvenes fué intensa. Todos volvieron hacia ellas los ojos, en los de Concha brilló un relámpago de ira y se mordió los labios con desesperación.

María Teresa, al verse admirada, sintió que la sangre circulaba más rápida y

ardiente por sus venas, y latió su corazón al misterioso contacto de inefable delicia. Lupe bajó los ojos avergonzada; creyó de buena fe que aquella admiración era sólo para su hermosa compañera, y una voz murmuró dentro de su alma: con razón la ama Guillermo.

Los jóvenes devoraban con las miradas la angelical pareja, y dividiéronse desde luego en dos bandos: Lupe se llevó las dos terceras partes de los votos.

—María Teresa está fascinadora.

—Lupe atrae y subyuga.

—Aquella es una hermosura dominante.

—Esta el alma purísima de un idilio.

—María Teresa es el tipo de la belleza europea.

—Lupe aduna á la belleza europea la atractiva expresión de la gracia criolla.

—Aquella es un ángel.

—Esta un querubín.

Tales ó semejantes frases oíanse entre el numeroso grupo de los aristocráticos jóvenes.

—Son bonitas, pero no portentos de hermosura.

—Conocí en San Luis Potosí, una señorita incomparablemente más hermosa que ellas.

—Eso dices porque estás en Zacatecas;

dirías lo contrario si estuvieras en San Luis.

—Es mejor la rubia.

—No, es mejor la morena.

—Sobre gustos no hay nada escrito, y á mí no me agrada ninguna de las dos.

—Son dos muñequitas primorosamente ataviadas.

—¡Cuánto vienen á decir los trajes y las galas!

—Y dirán que encargaron las telas á París, y no será remoto que sean de la "Ciudad de Londres" y que haya hecho los trajes una modista de aquí.

—A mí no me parecen muy bien cortados.

—Y si están bien cortados no son de la última moda.

—Sí son, ví el último figurín de "La Moda Elegante" y está igual, exactamente igual.

—La rubia es orgullosa.

—La morena hipócrita.

Todas éstas saetas cruzaban por el salón lanzadas por los labios de las guapas que, á su pesar, eran también atraídas por el imán de aquellas bellezas.

Dos jóvenes atravesando ansiosos por entre la concurrencia, corrieron á bailar el primer valls con María Teresa y Lupe: Guillermo ofreció el brazo á aquélla y Al-

fonso á ésta· Ernesto que también se dirigía presuroso á la rubia, al ver que Guillermo se le había adelantado, detúvose hosco y mohino.

Ernesto era un jóven abogado de no mala presencia y de regular talento.

Había heredado de sus padres un capital que algunos ponderaban mucho, mientras que otros consideraban menos que mediano.

Este decía que tenia fuertes depósitos en los Bancos; aquél, por el contrario, que numerosas deudas. El caso es que Ernesto Cortés gastaba lujo y esplendor y hallábase bien relacionado con la flor y nata de la sociedad zacatecana. La clientela del jóven abogado, bien por su carácter, por su inexperiencia, por falta de dedicación, ó bien porque los negocios hallábanse en su mayor parte en manos de abogados ya conocidos y acreditados hacía muchos años, eran pocos, y en lo general de escasa importancia. Ernesto era servicial y lisonjero con los ricos y los poderosos é indiferente ó altanero con los demás. Sabía la vida y milagros de todo el mundo, y era en extremo falso. El joven abogado contempló por algunos instantes á María Teresa asida del brazo de Guillermo hasta que vió que empezaron á bailar; entonces, inflando

los carrillos, arrojó una bocanada de aire y salió á dar vueltas en el corredor, tarareando, quizá por despecho, una canción popular.

—También de rabia se canta, dijo un jovencito pizpireta á otro que estaba cerca de él, contemplando á las numerosas parejas entregadas á los encantos del baile.

—¿Lo dices por el abogado?

—Sí, ¿no viste qué muecas hizo porque Guillermo le dejó con un palmo de narices?

—Aquí no valen códigos.

—Se me hace que este truhán corre desalado tras la fortuna del viejo.

—Y mata dos pájaros con una piedra, porque la rubia está guapa.

—¡Divina!

—Pero en resolución; el abogado, ¿tiene dinero ó no tiene?

—A mí me parece que no tiene gran cosa.

—Pero vive espléndidamente, ¿de dónde saca dinero?

—Es un misterio.

—Mira, mira, dijo otro: hay que vivir para ver.

—¿Por qué?

—Guillermo en casa de Sifuentes. La víctima en casa del verdugo.

—¿Lo dices por aquel pleito? Todo lo borra el amor.

—Es decir que.....

—Sí, el joven arruinado por Don Antonio es pretendiente de María Teresa.

—Puede ser que quiera restituir sin que la sociedad se dé cuenta de ello, permitiendo y aún procurando el matrimonio de María Teresa con Guillermo.

La emoción de Guillermo anudaba su garganta; María Teresa, que hacía tiempo había leído en los ojos del joven el amor que le profesaba, turbóse también; deseaba y á la vez temía que se rompiese aquel silencio. Guillermo no le era indiferente, y tanto por ésto, como por satisfacción de su amor propio, debían sonar muy gratas en sus oídos las amorosas frases de su pretendiente; pero, por otra parte, las aspiraciones de la seductora rubia eran muy altas y no las llenaba todas el amante joven.

—Señorita, dijo al fin Guillermo, con trémula y dulce voz: ¿Me dá usted permiso para hacerle una íntima confidencia?

—Soy mala, muy mala, para guardar secretos.

—Usted en nada puede ser mala.

—Y, ¿por qué ese empeño en confiar

un secreto á una mujer, á quien por primera vez habla usted?

—No, no, dijo Guillermo dominado por la más honda impresión, no es la primera vez que hablo con usted.

—¡Cómo no!, jamás hemos conversado, señor Fernández.

—Mi boca nunca le ha hablado, pero mis ojos, exclamó el joven con apasionado acento, le han dicho, muchas veces que la quiero, que la amo con todo mi corazón.

María Teresa, que estaba segura de lo que su pretendiente iba á decirle, no levantó los ojos; pero sintió que aquellas dulces palabras vibraban dentro de su pecho.

En aquel instante terminó la pieza. Guillermo condujo á su compañera hasta el más próximo asiento. Con voz apenas perceptible, díjole: ¡Gracias! María Teresa fijó en el rostro de Guillermo una intensa mirada que electrizó á éste. Aunque la rubia no desplegó los labios, el corazón había contestado ya.

—Primera pieza y primera conquista, dijo Lola á María Teresa, palmeándole zalamera una rodilla.

—Nada me ha dicho.

—Me engañas, observé bien los semblantes de ambos.

—¡Maliciosa! Galanterías y nada más.

—Si tu pretendiente habla con los ojos. Y ¡qué hermosos los tiene!

—¿Verdad que sí? Y tú, ¿con quién bailaste?

—Con Pimpollo.

—Y ¿quién es Pimpollo?

—Aquel jovencillo finchadito y zangandungo que viste correctamente y anda siempre perfumado.

—¿Por qué le dicen Pimpollo?

—Su nombre de pila es José, pero un día, ocurrióseele á uno de los traviesos jóvenes que se reúnen en la peluquería del Fénix, decirle á sus colegas, que casi siempre están de guasa: presento á ustedes, á mi excelso amigo Pimpollo, y aquel día fué el del solemne bautizo de Pepe: Pimpollo fué para todo el mundo, y Pimpollo ha seguido siendo, y con el nombre de Pimpollo le llamarán á cuentas el día del juicio final.

—Mira á la rubia sonriéndose ya con Guillermo, dijo Concha á su vecina. Por una casquivana perdemos todas.

—Y ¡qué guapo es él!

—Y ¡qué presuntuosa es ella!

—La reforma monetaria, decía Don Antonio á un colega suyo barbicano y algo más que semicalvo, es un pavoroso problema, la resolución del cual se impo-

ne á la nación. El señor Limantour, nuestro hábil Ministro de Hacienda, dá sobradas garantías para confiar en el buen éxito de tal reforma; no obstante, los naturales temores de cambio tan trascendental, lejos de desaparecer, aumentan cada día.

—Las opiniones están divididas, para mí es este asunto tan complexo, que no he podido comprenderlo y he acabado por no estudiarlo.

—Es un jardín el salón, pero entre todas descuella la hija de usted. Está primorosa, y cuánto resalta su belleza con ese traje rojo, decía á Doña Carmen una jamona respetable por su gordura. ¡Ah! si yo tuviera la airosa esbeltez de su hija!

Doña Carmen contestó sólo con una sonrisa; estaba arelada contemplando á la rubia de su alma.

Guillermo no bailó la segunda pieza, necesitaba respirar libremente, y salió al corredor. Cuando se acercó á la puerta del salón para bailar la tercera, Ernesto daba el brazo á María Teresa. Guillermo conformóse con ver de lejos á su amada, quien de vez en cuando, por sobre el hombro del abogado, dirigía á aquel amorosas miradas.

—Nunca, dijo Ernesto á María Teresa, me he sentido tan feliz como ahora. No

puede usted imaginar el anhelo, el frenesí con que esperaba esta noche. Desde que Alfonso bondadosamente me invitó, no he pensado más que en el dichoso instante de encontrarme cerca de usted para contarle mis ilusiones, mis esperanzas, para abrirle con lealtad mi corazón.

—Bien se conoce que es usted abogado, dijo la jóven riendo de buena gana, me ha dirigido un alegato en toda forma.

—Sí, María Teresa porque la amo: es usted mi único pensamiento, mi felicidad única, y estoy dispuesto á dar á usted todas las pruebas que de mi amor exija.

—Vamos, Ernesto, conversemos como buenos amigos, pues no pienso aún en tener novio.

Ernesto suspiró y puso una cara tan compungida, que María Teresa, si su educación se lo hubiera permitido, habríase reído á grandes carcajadas. Cosa singular, pensó la jóven, las frases de este abogado suenan á mi oído muy distintas de las de Guillermo. ¿Por qué no percibo el aroma de esta alma como percibo el de aquella? ¡Dios mío, si le amaré!

El Lic. Cortés después de su declaración exabrupto se moderó un tanto; pero no dejó de hablar: deshízose en elogios para Don Antonio, Doña Carmen y Al-

fonso. y de vez en cuando dirigía frases galantes á su compañera. Cuando sonaban los últimos compaces del "two step" dijo á María Teresa con solemnidad:

—Piense vd. en lo que le he dicho: Una palabra suya é inmediatamente solicitaré la mano de vd. Espero la respuesta. María Teresa nada contestó y volvió á sentarse junto á Lola.

—Cero y van dos, díjole ésta. Y Ernesto parece más atrevido que el otro. ¿Qué te dijo?

—Tonterías.

—¿Que eres hermosa?

—Sí.

—Dijo la verdad.

—¿Y que te amaba?

—Sí.

—Mintió, el que te ama es el otro

—¿Qué dices?

—Que soy perspicaz. Al Lic. Cortés le gustarás mucho, porque, sin lisonia. eres bonita; pero me parece que el corazón del abogado está marchito

—¿Marchito?

—Mejor dicho endurecido

—¿Endurecido?

—Sí, por la codicia.

—¡Qué cosas tienes! ¿Y Pimpollo te ha dicho algo?

—Ha zumbado como un abejón junto

Guillermo dos chispeantes ojos, que como los de un felino brillaban en la obscuridad. Eran los del Lic. Cortés. Guillermo comprendió que tenía en él el más terrible enemigo.

Poco después de la media noche terminó la alegre fiesta que dejó profundas y diversas impresiones en los concurrentes, y en la cual empiezan á proyectarse los acontecimientos que forman esta historia.

IV

El día siguiente fué domingo, el almacén donde trabajaba Guillermo no se abrió, pero éste estuvo un rato en el despacho con el objeto de contestar algunas cartas que urgía salieran para los Estados Unidos á la mayor brevedad. Terminada la correspondencia, oyó que llamaban tocando suavemente con los dedos los cristales de la entornada vidriera. Levantó la cabeza y vió á Alfonso.

—Adelante, madrugador, le dijo. ¿Al siguiente día de un baile sales á la calle á las once de la mañana cuando ordinariamente dejas el lecho á mediodía?

—Desperté á las nueve y ya no pude

conciliar el sueño; creo que si dormí algunas horas fué debido al "cognac y champagne" que anoche tomé en abundancia. No pude desayunarme, pasé por aquí, te ví y quise invitarte para que vayamos al "Paraíso Terrestre" á tomar un aperitivo y charlar un rato. Estoy tan impresionado que necesito desahogarme.

—Espérame, pero te advierto que sólo pocos minutos estaré contigo, pues voy á comer en casa de Lupe.

—Chico, ¡quién fuera tú! Estoy enamorado, perdidamente enamorado de ese ángel.

—No lo creo.

—Te lo juro.

—Dispensa mi franqueza; tu corazón está muy gastado, para que se deje subyugar por un grande y noble afecto.

—He sido calaverón, no lo niego; pero precisamente nosotros, los calaveras. conocemos mejor que nadie á las mujeres de mérito. Comenzamos por admirarlas y acabamos por quererlas. Creo que cambiaría completamente de vida si me casara con Lupe.

—Sólo por verte dedicado al trabajo y al cumplimiento de tus deberes. te deseo buen éxito en la empresa.

Mientras los dos amigos conversaban, Guillermo, que acababa de arreglar algu-

nos documentos, tomólos, y se dirigió hacia la caja de fierro, que estaba en el lado opuesto al del escritorio. Alfonso cogióse familiarmente del brazo de Guillermo y le acompañó. Este hizo girar de derecha á izquierda por tres veces el botón del resorte de la caja, deteniéndose un momento en cada vuelta al llegar á determinados números, debajo de una rayita colocada en el centro superior de la circunferencia del círculo de metal que rodeaba el botón. Alfonso maquinalmente se fijó en estos movimientos y avergonzóse de haber aprendido el secreto de la caja. Iba á hablar para decírselo á su amigo, pero contúvose, quizá persuadido de que éste no le había observado. Guillermo alzó los documentos, cerró la caja, púsose el sombrero y dijo á su amigo:

—Estoy á tus órdenes.

Minutos después los dos jóvenes entraban á la elegante cantina francesa de la esquina de las calles de Zapateros y Merced Nueva, cantina concurridísima los días de fiesta, desde las once de la mañana hasta después de medio día.

—Hélos aquí, gritaron varias voces á la vez.

—En hablando del Rey de Roma....

—¿De qué la toman vds?....

—¡Pícaros! Anoche se adueñaron de

las dos más guapas señoritas de Zacatecas, dijo Pimpollo levantando el índice de la diestra é irguiéndose en académica actitud.

—Ven acá, Alfonso, cuéntame ¿qué tal estuvo el baile? Aunque no me invitaste, no te guardo resentimiento ninguno. ¿Es verdad que eres ya novio de Lupe Figueroa?

—Ojalá.

—No lo niegues, chico, no lo niegues. Te felicito. Es una hermosura.

Alfonso, Guillermo, Pimpollo y Perico, el mozalvete que acababa de interpelar á Alfonso, y que habíanle trocado el nombre de Pedro por el de Perico, sentáronse al rededor de una mesita de mármol.

Era Perico escribiente de un juzgado municipal, juez en ausencia, y frecuentemente hasta en presencia del propietario, á quien su subalterno había completamente dominado, dominio que el anciano juez encontraba agradable por la holgura en que le dejaba. Perico ganaba sólo cuarenta pesos, pero gorrón pertinaz é incorregible, sabía como pocos aprovecharse de la prodigalidad de otros, y además, en el juzgado municipal acechaba diligente la propicia ocasión de explotar á los litigantes.

—¿Qué toman vds?, preguntó Alfonso.

—Cerveza, contestó Guillermo.

—¿Y tú, Pimpollo?

—"Brandy-cocktail."

—Yo tomo "cognac," dijo Perico.

—Cerveza, "brandy-cocktail," "cognac" y ajenjo cargadito y con poco jarabe, dijo Alfonso al cantinero.

Otro grupo de jóvenes jugaba dominó en la mesa contigua, y muchos parroquianos, en pié unos, otros recargados contra el mostrador, jugando la copa á los dados, hablaban, reían y con frecuencia libaban sendas copas.

—Salud, dijo Alfonso levantando la copa y chocándola contra la de sus amigos.

—Salud y pesetas, contestó Perico, y apuró de un trago el "cognac," y aun sacudió la copa para que en ella no quedase ninguna gota.

—¡Qué rico está! exclamó entre regüeldos.

—Vamos, Pimpollo, dijo Alfonso, cuéntanos, ¿qué tal va la conquista? Ya se rinde al poder de tu elocuencia esa Lola, que, en honor de la verdad, vale un potosí?

—Lolita me quiere, me adora; pero delante de mí esfuérzase por disimular su pasión.

—¡Quizá tu cuñada y suegro futuros te hagan guerra sin cuartel.

—¡Cabal! Y tal es la causa porque la pobrecita de Lola no me dice á gritos que me quiere; pero en todo se le conoce que me adora. El otro día me dijo compungida y casi llorando: Pimpollo, Pimpollito de mi alma. ¡Qué tonto eres!

—Y dijo la verdad.

—Pero esa palabra tonto, dicha con la expresión y la ternura que ella la dijo, equivalió á la más fina galantería. Y luego aquella frase: Pimpollito de mi alma. Es decir, del alma de Lola, lo que hay de más grande y noble sobre el haz de la tierra. Ya no se pide más.

—Primero sacas un ojo á tu suegro que te dé la mano de su hija.

—Llévese el diablo al suegro, á la suegra, á la cuñada y á toda su parentela habida y por haber, que yo con mi Lola tengo, me basta y aun me sobra hasta rebosar y derramarse la medida de mi felicidad.

—Bien, bien, pues por los suegros, quiero decir, por Lola, otra copa, gritó Perico golpeando la mesa.

El cantinero le miró pero no se movió.

—Otra copa, volvió á gritar Perico.

—¿Quién las pide? preguntó hosco el cantinero.

—Sírvalas vd., dijo imperiosamente Alfonso.

—¿Toman vds. lo mismo? preguntó en el acto el cantinero con mucha amabilidad.

—Sí.

—Sirva usted solamente tres, dijo Guillermo, aún tengo aquí parte de la anterior para acompañar á los señores.

—Por Lupe, exclamó Alfonso, por ese ángel á quien jamás podré olvidar.

Perico volvió á beber con el mismo furioso ímpetu, y apuradas las copas se levantó Guillermo.

—Dejo á vds., les dijo.

—Falta aún la copa que yo ofrezco, repuso Pimpollo.

—No puedo detenerme, agradezco mucho el obsequio. Esto diciendo tendió la mano á Alfonso, y viendo que Pimpollo y Perico á dúo y con vehemente instancia le invitaban á tomar otra copa, salió por entre los concurrentes diciendo desde lejos á sus amigos:

—Hasta la vista.

—Se fué el truhán, exclamó Pimpollo.

—Mejor que mejor, murmuró Perico; estas reuniones no son para maricas, sino para hombres como nosotros. Guillermo tiene vocación de cartujo.

—Es cosa de su carácter, repuso Alfon-

so. Por eso no le insté, le conozco bien.

Al salir Guillermo del "Paraíso Terrestre" entraba el Lic. Cortés. Los jóvenes se miraron un momento y volvieron el rostro sin saludarse.

Ernesto fué recibido por los parroquianos con grande algazara.

—¿Cómo estás, ilustre abogado?

—Sírvanle una copa á Ernesto.

El abogado saludó afectuosamente, tomó una cerveza, y poco después, al divisar á Alfonso, se dirigió hacia él.

—Mi buen amigo, díjole zalamero, estrechando con efusión la mano del joven. Pimpollo, Perico, ¿cómo están vds.?

—Bien venido seas, contestó Alfonso. Que te sirvan una copa.

—Acabo de tomar.

—No importa, repites.

—Sí, otra copa, otra copa, gritó Perico, cuyos brillantes ojos delataban el primer período de la embriaguez.

—Repítanos las copas, dijo Alfonso al cantinero, golpeando con fuerza el mostrador, que estaba al alcance de su mano, pues la general algarabía gradualmente aumentaba, como si un diablillo locuaz moviera la lengua de todos.

—¿No has leído "El Zacatecano?" Habla de la tertulia de anoche, dijo Ernesto.

—¿Qué dice?

—Aquí lo traigo.

—¡Veamos, veamos!

—Que lea el abogado.

—Oigan vdes, "Aristocrática tertulia."

—La noche de ayer tuvo lugar en la casa del honorable banquero Don Antonio Sifuentes, una animada tertulia que duró hasta poco más de la media noche. Asistieron á ella las más distinguidas familias de nuestra sociedad y los más notables caballeros de la banca, de la minería y del comercio. Recordamos entre las jóvenes á las hermosas señoritas María Teresa Sifuentes y Lupe Figueroa, que rivalizaban en gracia y belleza; aquella, vestida de rojo, parecía el sol circuido de arreboles, y ésta, de blanco, semejaba la casta luna iluminando la noche de la vida. La simpática Lolita Jiménez, airosa y festiva, como siempre, y su hermana Concha espiritual y atractiva; Mercedes y Anita Minjares, encantadoras, y tantas otras que nos sería imposible mencionar. Entre los jóvenes recordamos á Alfonso Sifuentes, hijo del rico banquero, al Lic. Cortés abogado de gran porvenir, á Guillermo Fernández, al festivo "Pimpollo," etcétera, etcétera. La familia del Sr. Sifuentes y el mismo Don Antonio con la finura que les caracteriza, hicieron los honores de la casa de

una manera irreprochable. El menú fué espléndido y hubo verdadero derroche de exquisitos caldos, abundando el "champagne". La música del señor Antonio de la Rosa tocó las mejores piezas de su repertorio. La típica del inteligente profesor zacatecano cada día se acredita más por su dedicación al estudio. Fiestas como la que se verificó en la casa del honorable Sr. Sifuentes se necesitan en Zacatecas, y ojalá que las tengamos con más frecuencia. Enviamos nuestras entusiastas felicitaciones al inteligente banquero, pues la tertulia que dió á sus amistades ha dejado muchos gratos recuerdos en la buena sociedad zacatecana y todos elogian la esplendidez y finura de los anfitriones."

—Revistilla campanuda, repetida "mutatis mutandis," por la millonésima vez en la prensa, dijo Alfonso.

—Mira, dijo Pimpollo, fijándose en un párrafo de gacetilla de "El Zacatecano" y leyó á sus amigos: "La nota sobresaliente de la velada ordinaria que dió anoche la sociedad Científico-Artístico-Literaria, en nuestro gran Teatro Calderón, fué la Plegaria de "Tosca" cantada por la hermosa "dilletanti," Srita. Toña Flores. La linda Toñita rayó en lo sublime, y la selecta concurrencia aplaudió con frenesí,

—Un dominó, gritó Ernesto, jugaremos las copas.

Perico vació la caja de las fichas sobre la marmórea mesa, agitólas con la palma de la estendida diestra, y tomó las que le correspondían. Jugáronse varios partidos y Alfonso y Ernesto los perdieron todos.

—Es muy tarde, dijo Perico, jugaremos el almuerzo é iremos á comer al "Hotel Zacatecano."

—Dices bien, repuso Alfonso.

Jugaron el almuerzo y después el vino para la comida y Ernesto perdió ambos partidos.

La concurrencia había ya disminuido considerablemente, sólo quedaban diseminados, aquí y allá, algunos bebedores empedernidos. Su gozo habíase trocado en melancolía, su verbosidad en taciturno silencio; comenzaba el alcohol á cobrar el precio de la falsa alegría de algunos minutos. Los cuatro jóvenes pusiéronse en pie, Alfonso arrojó sobre el mostrador un billete de cincuenta pesos diciendo al cantinero que cobrara todo lo que habían pedido, y salieron luego de la cantina. Todos, menos Ernesto, habían tomado bastante; pero la acción del alcohol había sido más eficaz contra Perico, cuyo paso empezaba á ser vacilante. Asióse del bra-

zo de Pimpollo, Alfonso del de Ernesto y se dirigieron al Hotel Zacatecano.

La comida fué suculenta, pues á los platillos ordinarios agregáronse algunos especiales pedidos por Alfonso: la alegría, la expansión y la confianza fueron la mejor salsa. Pimpollo estuvo graciocísimo: disertó sobre el amoroso culto que tributaba á su Lola, volvió á anatematizar con enérgicas frases á su cuñada y suegros. Perico habló muy poco; pero comió mucho y bebió como ninguno; Alfonso y Ernesto estrecharon una amistad que hasta entonces no había tenido los honores de la intimidad.

Concluido que hubieron la comida, Ernesto invitó á sus amigos á la Alameda que debía de estar muy concurrida por ser día de fiesta, y hallábase ávido de contemplar la hermosura que le tenía cautivo entre las blandas prisiones de sus encantos.

La movible silueta de Lola dibujóse al punto en la imaginación de Pimpollo.

—Te acompaño, exclamó, allí ha de estar mi idolatrada Lola.

Perico paróse con dificultad, dió un paso y avanzó tambaleándose, y hubiera caído de bruces, á no sostenerle oportunamente el vigoroso brazo de Ernesto.

—Tú, le dijo éste, duerme un rato.

—Y yo también, repuso Alfonso.

Ernesto fijó una observadora mirada en Alfonso, quien se había puesto en pie: el rostro del joven estaba encendido, hinchados los párpados, vidriosos los ojos. precipitado el aliento.

—Da unos pasos, añadió Ernesto.

El paso de Alfonso, aunque no tan ágil y regular como de costumbre, era aún seguro.

—Es mejor que también duermas, al me nos una hora, allá te esperamos. Y tú, Pimpollo, agregó dirigiéndose á éste, ¿cómo estás?

Pimpollo, por única respuesta, dió un salto y un berrido y colocóse junto á Ernesto, como cabrito junto á la cabra madre.

—Estás bien, y con un poco de aire y de ejercicio estarás mejor. Vámonos, y dirigiéndose al mozo, díjole:

—Un cuarto para los señores.

V

Muy concurrida estaba la Alameda: las sillas de alquiler que ordinariamente lleva al paseo una empresa particular, porque no bastaban los bancos de fierro, con

asiento de madera, colocados á uno y otro lado de las banquetas, hállanse en su totalidad ocupados.

En el paseo vespertino de los domingos, generalmente, vénse en la alameda muy pocos coches. No es la ciudad de Zacatecas para vehículos de ninguna clase; la irregularidad del piso la angostura de la mayor parte de las calles y el declive, más ó menos pendiente de muchas de ellas, formadas en las faldas de las colinas, inutilizan el uso de las elegantes carretelas, que adornan los paseos públicos en otras ciudades de la República y aumentan el movimiento y el lujo. Hay pocos coches de familias acomodadas y éstas prefieren ir á pie á los paseos.

La tarde está hermosa: al través del espléndido follaje de los árboles que forman anchas calles, resplandece el límpido cielo; los rosales se inclinan cargados de flores; las fuentes, en artísticos juegos de agua, arrojan en alto el líquido en cristalinos hilos, que en la cumbre se deshacen en lluvia de brillantes gotas iluminadas por los rayos del sol poniente. El aire refrescado por la humedad del recién regado suelo, esparce el suave olor de la tierra mojada, y el murmullo de la festiva multitud, apagado unas veces, tumultuoso otras, vibra en las aereas on-

das. Los chicuelos alborozados corren aquí y allá; éste arrastra un diminuto ferrocarril; aquel rueda un aro, el de más allá contempla sonriente un rojo y esférico globillo de goma que atado á un hilo sostiene en la mano contra el impulso del viento. Esta chiquilla va en un cochecillo que por detrás empuja la niñera, asida al respaldo que sobresale en forma de trapecio, y mientras ésta luce airosa el nacional rebozo y el blanco delantal, aquélla ensaya desde la infancia las maternales ternuras, arrullando en el regazo un rorro casi del tamaño de ella. Aquella otra niña, rizada y primorosamente vestida, adivinando por instinto su belleza y alta jerarquía social, aprende desde los albores de la vida la altiva actitud de las reinas de la moda y de la hermosura. Grupos de elegantes señoritas, con la animación de la juventud y la alegría de las ilusiones, descuellan entre la abigarrada concurrencia, los caballeros dan vueltas por las calles del paseo en contraria dirección á la que lleva el bello sexo, ora gozando de la común alegría, ora contemplando la variedad de hermosuras, ora, en fin, buscando solícitos la que aprisionó su corazón en la red de los femeninos encantos.

Ernesto y Pimpollo, cansados de dar

vuelta, han ocupado dos sillas frente al kiosco, donde la banda del municipio toca una pieza cada quince minutos; un poco más adelante está Guillermo, también sentado, en compañía de un caballero de más que mediana edad, barba espesa y gris; al través de sus anteojos de barillas de oro resplandecen las escudriñadoras miradas de unos ojos negros. Es Don Germán Olivares, abogado de gran reputación. Este y Guillermo habíanse visto varias veces en el almacén del señor Minjares, con motivo de algunos negocios y habían simpatizado. Era Don Germán hombre docto y de experiencia: en el ejercicio de su profesión había visto tantas y tan extrañas cosas, que se hizo desconfiado y semiescéptico, pero tenía un fondo de bondad que todos menos él conocían. Casóse muy jóven con una señorita de humilde linaje, pero de sólida piedad y no escasa belleza. Nególes Dios la ventura de tener hijos, y aunque se amaban con el firme cariño de buenos esposos, sentían un vacío en su hogar. D Germán había enriquecido; pero como no tenía vicios, ni gastaba lujo, ni frecuentaba los espectáculos, ni se sabía que fuese caritativo, tachábanle generalmente de codicioso. No faltaba, sin embargo, alguno que otro que asegurase que cuanto ganaba

dábalo á los necesitados, especialmente á los pobres vergonzantes, pero que nunca aparecía él como autor de los beneficios que prodigaba, sino que valíase de un virtuoso sacerdote, á quien encargaba el más absoluto silencio acerca de las dádivas que por su conducto hacía. La generalidad no creía en tales aseveraciones, y si alguna vez llegaba á los oídos del abogado el público rumor que acusábale de avaro, jamás se defendía: callaba ó se sonreía ligeramente. Su pasión por el estudio era vehemente y reconocida por todos su erudición y talento.

La banda tocaba una rumbosa pieza del maestro zacatecano Don Fernando Villalpando, cuando Lupe y María Teresa aparecieron en la entrada del paseo, seguidas de Don Antonio y Doña Carmen.

Dos hombres de la plebe que charlaban cerca de la banqueta, quedáronse contemplando á las bellas jóvenes.

—Mira, "valedor," dijo uno al otro señalándolas con los ojos, ya se salieron los "manequises" del "Correo de México."

—Y tú, contestó el otro, que ni "huaraches" tienes.

Don Antonio y Doña Carmen celebraron la galante y oportuna ocurrencia pues en aquellos días, la casa mercantil

de "Dokhelar Sucesor," había puesto en los elegantes escaparates de su almacén, dos primorosos maniquíes lujosamente ataviados: una bellísima morena y una encantadora rubia.

Ernesto y Pimpollo se levantaron al divisar á las jóvenes y cortesmente las saludaron al encontrarlas. Pimpollo se desconsoló mucho: no iba allí su Lola ¿Dónde estaría?

—Probablemente el ogro, dijo al Lic. Cortés, no la ha dejado salir, temeroso de que en el véntigo de la pasión fuera á abrasarme delante de la gente.

—¿Y quién es el ogro?, dijo Ernesto riendo.

—Claro está, hombre, mi suegro.

—Mira, allá viene tu Lola, con su hermana y Mercedes y Anita Minjares.

Pimpollo abrió más los ojos y la boca, como si de ella necesitara para ver mejor y lanzó una exclamación de júbilo.

La nerviosa y traviesa jóven se secreteó con su compañera tan luego como divisó á Pimpollo y sonriéronse ambas.

—Ya me miró, ya me miró, exclamó Pimpollo: y ya me presentó verbalmente con su amiga.

En esos momentos los jóvenes llegaron frente á Lola y las Minjares y las saludaron. Pimpollo hizo una reverencia

que puso en peligro su espina dorsal y casi tocó el suelo con el sombrero. Lola contestó, como siempre, guiñando un ojo y sonriendo con afabilidad.

—¿Ya leíste "El Trabuco?" preguntó Mercedes Minjares á Lola.

—Sí, me han dado la "gran lata" con ponerme en primer lugar; pero veo en esto la mano de Pimpollo.

—A mí me pusieron en el sexto, dijo Concha, pero ya escribí un recado al editor del periódico para que en el acto suprima mi nombre; no quiero andar en letras de molde, ni para bien, ni para mal.

—Y aquella señorita tan linda, dijo Mercedes, que vive cerca de casa, y que llama la atención de cuantos la ven, ni siquiera figura en la lista, y debía ser, si no la primera, por lo menos una de las primeras.

—Pero esa señorita, dijo Concha, es pobre y modesta, y los concursos de belleza no se hicieron para esa clase de jóvenes.

—Si será cierto lo que dijo una vez en el púlpito el padre Basurto.

—¿Qué dijo?

—Que los concursos de belleza fueron inventados en satánico conciliábulo por los demonios de la vanidad, la envidia y el rencor.

—¡Qué padre Basurto tan falto de mundo! bien se conoce que él jamás obtuvo un voto en los concursos de belleza. Yo estoy entusiasmada, con los cuarenta y cinco que he obtenido, dijo Anita con la ingenua vanidad de la niña que pisa ya los linderos de la juventud.

Cuando María Teresa pasó junto á Guillermo, fijó en éste los ojos, y ambos sostuvieron por algunos momentos una intensa mirada, que no pasó desapercibida para Lupe. Don Antonio apenas saludó á Guillermo, éste se levantó y despidióse de Don Germán, con el objeto de dar vueltas.

María Teresa había invitado á Lupe al paseo, la amistad de las jóvenes, habíase estrechado más desde la tertulia de la víspera, y naturalmente expansivas por la edad, hablábanse con cariño y confianza.

—¿Le quieres mucho?, preguntó Lupe á María Teresa

—Me agrada para novio, le contestó, tiene para mí un misterioso atractivo que no acierto á explicarte; pero no me decidiría á aceptar su mano.

—No te comprendo.

—Papá ha sabido darnos una posición muy elevada, y los matrimonios desiguales, casi nunca son felices.

—Guillermo es de buena familia, y aunque pobre, es honrado, trabajador y tiene mucho talento.

—Es, sobre todo, muy simpático; pero yo quiero por mi esposo á un hombre de ilustre cuna, de título profesional, de fortuna é influencia, que pertenezca á nuestra clase, á la "creme" de la sociedad; todo ésto sin dejar de ser muy guapo, como sin duda lo es Guillermo.

—Pero tú eres rica.

—Precisamente porque lo soy no hay igualdad.

Lupe bajó los ojos, y se quedó un rato pensativa.

—¿Por qué no prefieres, pues, á Ernesto? Tiene las cualidades que buscas.

—Pónle el alma de Guillermo, ó dá á éste las prendas sociales de aquél y el problema está resuelto.

—Crees entonces que Guillermo es muy bueno?

—No lo sé, ni he pensado en ello; pero él ve, habla y sonríe, como no ven, ni hablan, ni sonríen los demás hombres.

—¡Es verdad!

—¿Tú también lo has notado?

—Sí, contestó Lupe, con aparente indiferencia, temiendo que su amor la vendiera.

Ernesto y Pimpollo volvieron á encon-

trar á María Teresa y á Lupe, que pasaron junto á ellos sin mirarlos.

—Qué indiferente está la rubia, dijo el pollo; si no comprenderá que sólo por ellas has venido.

—¡Tonto! Las mujeres tienen una vista más perspicaz que la nuestra, y miran mucho más cuando parece que no ven.

—Cierto, muy cierto: A mí me dijo una vez mi Lola que leía en el fondo de mi alma, y tres veces seguidas me adivinó lo que estaba pensando; y en otra ocasión, que ella contemplaba las chucherías del escaparate de la mercería de "La Palma," creí que no me había visto, y al día siguiente me refirió lo que iba diciendo á mi acompañante, y hasta la clase de perfume que llevaba en mi pañuelo. No cabe duda, abogado; las mujeres ven, oyen y huelen como nosotros no podemos ver ni oír ni oler. ¡Esto es una maravilla!

—Al Lic. Cortés le agrada María Teresa, dijo Doña Carmen á su esposo.

—¿Te parece?

—Estoy segura.

—Ilusiones.

—Así se empieza. Y creo que también á Guillermo.

—Es natural: no ha de desagradarle la

fortuna de nuestra hija, formada en m
chos años de asiduo trabajo.

—Ese joven no me parece interesab

—Tanto peor para él si lo es. Conoz
el carácter de mi hija, sabe estimarse
sí misma. Por condescendencia con A
fonso he abierto á Guillermo las puert
de mi casa; pero es necesario no depo
tar en él toda nuestra confianza. Acu
date de su padre; fué un perverso q
amargó los mejores años de mi vida,
si no hubiera sido por la justicia de
pleito, me hubiera arruinado.

Alfonso y Perico entraban á la alan
da, aturdidos aún, ostentando en los r
tros las señales de la intemperancia.

—¿Qué tánto dormiríamos?, pregun
Perico á su amigo.

—Calculo que serían dos horas, pu
obscurece ya: la música toca las danz
de despedida. Fíjate mucho, y avísame
descubres á Lupe primero que yo.

—Allá viene con tu hermana.

—Voy con ellas, espérame.

—No seas imprudente, van con tus p
dres y éstos pueden conocerte que has
mado.

—Tienes razón, me contentaré con v
la de lejos.

Al pasar Lupe con la familia Sifue
tes, cerca de Alfonso, éste fijó la vista

aquélla; la joven casi sin levantar la suya, saludó con una ligera inclinación de cabeza.

—Tu novia es orgullosa ó demasiado fría, dijo Perico, apenas dígnase de saludarte.

—Es que no se rinde aún; pero ya verás si triunfo: el dinero lo puede todo.

—¡Ah, ya lo creo, lo puede todo; absolutamente todo!

Había ya obscurecido, y los paseantes se desbandaban en grupos por las calles contiguas á la alameda.

—¿A dónde vamos?, preguntó Alfonso á Perico. ¿Vamos al teatro?

—Si quieres que nos divirtamos un rato, volveremos al Hotel: reúnense allí las más noches varios jugadores de "pokar," juego que tanto te agrada. Cenamos, tomamos algunas cervezas, porque tengo una sed devoradora, y jugamos hasta las doce de la noche.

—Acepto, no podías haberme propuesto cosa mejor.

—¿Cómo estás de dinero?

—Bien, ¿y tú?

—Muy mal; préstame veinte pesos.

Alfonso sacó la billetera henchida de billetes, dió á su amigo uno de veinte pesos, y dirigiéronse presurosos al "Hotel Zacatecano."

VI

Al rededor de una mesa cubierta con verde carpeta, hállanse sentados Alfonso, Perico y dos hombres más: Esteban y Lorenzo, cuyo aspecto no inspira ninguna confianza. Uno de ellos, chico de cuerpo, carirredondo y panzudo, ha sido tallador desde los primeros años de su juventud; y el otro, viejo, de adusto ceño y cínica sonrisa, ha vivido siempre del juego. La atmósfera del cuarto es pesada y asfixiante por el humo de los cigarros, y está impregnada de fuerte olor alcohólico. Cada jugador tiene á la derecha, sobre la mesa, montoncitos de fichas blancas y rojas, y en el centro está un plato de metal con algunas de ellas, pues el ganancioso, en cada mano en que la ganancia no es pequeña, tiene que contribuir para los gastos del vino y pago de la casa, y al recoger la ganancia, quítanle sus colegas alguna ó algunas de las fichas para el plato. La ficha blanca representa un valor de diez centavos y de un peso la roja, y la apuesta mayor no puede exceder de veinte pesos. El viejo y el panzudo han reunido la mayor parte de las fichas.

La baraja en esos momentos está en

manos de Lorenzo, quien, mientras que reparte las cartas, dirige á Esteban una mirada de inteligencia. Toca hablar á Alfonso, saca un billete de cincuenta pesos, que cambia á Lorenzo por fichas, y sin disimular la emoción, exclama:

—Antes de pedir cartas, entren ustedes con cinco fichas rojas.

Todos aceptan.

—Cartas, dijo Alfonso.

—¿Cuántas?

—Una.

—¿Y tú, Perico?

—Dos.

—¿Tú, Esteban?

—También dos.

—Y yo tres, dijo Lorenzo.

—Cinco fichas más, exclamó Alfonso.

—Las quiero, y cinco más.

Todos juegan aquella interesante mano. Perico agotó sus fondos y recurrió á los de Alfonso. Cerrado el juego con el máximum de la apuesta, Alfonso gritó:

—"Poker" de reyes. Había ganado.

—Mira con qué he perdido, dijo Perico mostrándole cuatro sotas.

Todos lanzaron una exclamación de asombro.

Era la primera apuesta de importancia que ganaba Alfonso; pero no le desquitaba ni de la cuarta parte de lo perdi-

do. Con aquella ganancia animóse mucho. Eran ya las doce de la noche, hora con anterioridad fijada para retirarse.

—Vámonos, le dijo Perico.

—No, contestó Alfonso: es necesario aprovechar el cambio de la suerte.

—Como quieras.

Alfonso volvió á ganar la mano en que tocó repartir las cartas á Esteban; pero la ganancia fué insignificante. Después, todo fué pérdida para el rico joven que estaba jadeante, excitado, colérico.

Cuando por las hendeduras de la ventana entraba el resplandor primero de la matutina luz, la billetera de Alfonso estaba completamente vacía. Todos los billetes habían pasado á las carteras de Lorenzo y Esteban.

—Me voy, dijo el viejo, poniéndose en pie.

—Y yo también, dijo Esteban.

—Por mi parte, murmuró Alfonso, no estoy fatigado, y aunque he perdido cuanto dinero traía, si ustedes gustan continuaremos jugando: hoy mismo pagaré cuanto me ganen.

—Aceptaría de muy buena gana, dijo Lorenzo: pero tengo un negocio urgente para el arreglo del cual estoy citado á las siete en punto y son ya las seis y me-

dia. Si ustedes gustan, nos veremos esta noche á las nueve.

—¿En dónde?, preguntó Alfonso.

—Aquí mismo.

—Muy bien, entonces, hasta la noche.

—Antes de retirarnos, tomaremos por mi cuenta la última copa de hoy, dijo Lorenzo, y palmeando llamó al mozo.

—Liquida, le dijo, allí tienes en el plato lo del consumo y lo de la casa, trocado ya en dinero; ahora cámbiame las fichas por los lotes depositados. Esto para tí, añadió, poniendo en manos del mozo un billete de cinco pesos, y sírvenos unas copas de "cognac."

Poco después, Lorenzo y Esteban despidiéronse de Alfonso y su amigo.

—Esta noche les daremos á ustedes su desquite, les dijeron. Adiós.

—Hasta la noche.

Perico, que se sentía medio asfixiado por el humo de los cigarros aglomerado en la estancia, durante la noche, abrió de par en par las puertas del balcón, y la pieza se inundó de aire y de luz

—¿Cuánto perdiste, Alfonso?

—No sé con exactitud, porque no recuerdo lo que había gastado en el día: pero calculo que serían dos mil pesos aproximadamente.

—Ya obtendremos el desquite.

—¡Por supuesto! No siempre ha de estar la suerte al lado de esos malditos coimes.

—¿Qué hacemos ahora?

—Voy á casa: papá baja al despacho á las nueve; no vaya á ocurrírsele asomarse á mi cuarto. Son las siete.

—Vámonos, pues, puedo aún dormir dos horas antes de ir al juzgado.

Alfonso dirigióse á su casa, sentía la cabeza pesada por la fatiga y el alcohol; estaba intensamente pálido, los ojos enrojecidos y cargados de sueño, las ojeras verdinegras, los párpados hinchados los carrillos caídos, la boca seca y los ajados labios habían perdido el vivo color y la frescura.

Al llegar Alfonso á su casa, sólo el portero estaba en el zaguán; pero acostumbrado á ver al señorito entrar y salir á la hora que le parecía, casi no se fijó en él.

Alfonso, nervioso y pensativo, dió unas vueltas en el corredor.

—Es preciso, se dijo, reponer las cantidades que he tomado, y reponerlas antes del balance, que ya se aproxima, y no tengo otra esperanza que sacarme la lotería ó ganar en el juego. He comprado treinta billetes. ¿Cómo no ha de to-

car el gran premio á alguno de ellos? Ea, adelante.

Dirigióse al despacho de Don Antonio, que estaba ya abierto y que en ese momento sacudía Benito, el mozo de toda la confianza de la familia. Alfonso entró silbando una cancioncilla, bien para disimular la angustia y turbación de su espíritu, bien para no infundir sospechas á Benito, á quien dijo con la mayor naturalidad posible:

—Benito, pídele á la cocinera una taza de café muy cargado.

Benito obedeció, y apenas había salido del despacho, Alfonso corrió á la caja, abrióla precipitadamente y sacó seis billetes de quinientos pesos cada uno; pero tuvo cuidado de tomarlos de distintos paquetes, anteriormente contados, para que no se notase la falta en el corte de caja que diariamente se practicaba. Púsolos violentamente en su billetera, cerró la caja, procurando no hacer ni el más leve ruido, encendió un cigarro, sentóse en un sillón, cruzó la pierna, y cuando volvió Benito, el joven mecíase suavemente en el sillón austriaco, con la cabeza echada hacia el respaldo y contemplaba las espirales de humo que arrojaba en grandes bocanadas.

—Ya le dije, señor, murmuró Benito.

—Bien, si pregunta papá por mí, estoy en mi cuarto.

Benito, por única contestación, inclinó la cabeza.

Alfonso vertió un chorro de "cognac" en la taza de exquisito café de Uruápan, que le sirvió un mozo y concluído que hubo aquel irritante desayuno, desnudóse y se metió en la cama.

VIII

Lupe, fatigada, deja de tocar el piano y va á sentarse cerca de su madre.

—Hija mía, le dice Doña María, no me has contado aún tus impresiones en el baile, lo que me parece muy extraño. Cuando yo tenía tu edad, al siguiente día de una fiesta estaba perezosa y locuaz. Todo mi gusto era hablar de cuanto había visto y oído; ó iba á la casa de algunas amigas ó éstas venían á la mía, con el único objeto de comentar la fiesta de la víspera. Nuestras conversaciones no versaban sobre otra cosa, y aunque seguramente no siempre acertadas y juiciosas, nos proporcionaban horas de agradable entretenimiento.

—Y, ¿nunca tuviste pensamientos tristes?

—Algunas veces estuve mortificada y sufrí; pero tú no conoces aún lo que son hondos pesares.

—Pues bien, mamá, yo estuve muy mortificaba en esa fiesta.

—¿Por qué?

—Primero por lo que nos había dicho Guillermo respecto del señor Sifuentes; temí que no le recibiera con afecto.

—No le recibió mal.

—Es verdad; pero al través de su afectada cortesía, había algo más que frialdad, animadversión.

—Preocupaciones tuyas.

—No, mamá. En segundo lugar, mortificáronme mucho las galanterías de Alfonso, y su tenaz empeño en que le correspondiera un amor en el que no creo.

—Y ¿por qué no crees en su cariño?

—Porque quien ama el dinero y la posición social sobre todas las cosas, no puede amar á una mujer sin dinero y sin posición social.

—¿Qué dices? Es verdad que no somos ricas; pero nuestra estirpe puede competir con la de Alfonso y con la de otros más encumbrados que él. Tu padre, tu noble y virtuoso padre, perteneció á la flor y nata de la sociedad zacatecana,

y entre sus antecesores cuéntanse muchos sobresalientes en virtudes y letras, y según el árbol genealógico, que antaño me sabía de memoria, descendía en línea recta de uno de los más ilustres linajes de España. Por otra parte, ¿por qué juzgas codicioso y soberbio al hijo único de Sifuentes?

—Hoy, mamá, la noble estirpe, si halaga la vanidad de muchos, nada puede contra el poder del oro, creador de la más temible, aunque ordinariamente falsa aristocracia; la virtud, vive escondida en el hogar, porque su sola presencia zahiere á los adoradores de la mundana soberbia. En la casa del señor Sifuentes, al través de una cultura que abrillanta la riqueza, crece y se desarrolla el orgullo con su salvaje poderío; quizá me equivoque y seré yo la primera en alegrarme de tal equivocación; pero esa es la atmósfera que se respira en esa casa, y la verdad mamá, no quiero que Alfonso me ame.

—Sí, esa es la verdad, se te conoce; y yo te diré, para tu bien, que no me disgusta que te quiera. Nuestro exíguo capital consiste en fincas, y cada día está más depreciado en esta ciudad, el valor de la propiedad urbana; no me gusta que trabajes tanto, y temo mucho por tu porvenir. No

soy codiciosa, lo sabes bien; pero el dinero, hija mía, si no constituye la felicidad, ayuda mucho á ella. Estoy vieja, por razón natural deben quedarme pocos años de vida, y mi más ardiente deseo es verte bien establecida antes que el soplo de la muerte apague la luz de mis ojos.

—Mamá, mamá; no me digas esas cosas, porque sufro mucho. Dios velará por nosotras.

Doña María fijó los ojos en su hja, y notó que una lágrima rodaba por sus mejillas.

—Dejemos este asunto, le dijo conmovida; vamos, distraete, toca algo.

Lupe hubiera deseado estar sola para desahogarse, pues hasta la presencia de las personas más queridas suele á veces ser dique contra el refrenado dolor. Paróse, se enjugó aquella lágrima de un aroma que no percibe el olfato; pero que aspira el espíritu, y sentóse al piano ya tranquila.

—¿Qué quieres que te toque?

—Los Silvanos, de la Chaminade.

Las diminutas y suaves manos de Lupe pulsaron el teclado con seguridad y destreza, y el instrumento vibró con dulcísimas notas.

Oíase, ya el canto de los genios de los

voz tranquila y firme, leyó á su madre la respuesta.

"Alfonso:

Las bondadosas palabras de usted obligan mi gratitud; pero el deber me impone mayor obligación, la de ser sincera. No amo á usted, ni creo poder amarle; le estimo, y ofrezco á usted lo único que ofrecerle puedo, mi amistad.

Guadalupe."

Lupe, sin mirar á su madre, puso la carta en el sobre ya rotulado y timbrado, llamó á Paula, y le dijo:

—Pón esta carta en el buzón.

Doña María observó cuidadosamente los movimientos de su hija, y exhaló un profundo suspiro.

VIII

Es el quince de Septiembre, víspera del gran día en que se celebra la independencia de México. Reinan en la ciudad la animación y la alegría. Inunda el jardín Hidalgo la luz de los focos eléctricos, tremolan las tricolores banderas enarbola-

das por todas partes, y la música toca una rumbosa marcha militar. La Plaza de Armas es muy pequeña para contener á la entusiasta multitud, y la gente que inunda las banquetas trabajosamente puede andar. En la calle de "Tres Cruces" hasta frente á la Catedral, agítase una masa compacta por sobre la cual sólo se distinguen sombreros de petate y cabezas cubiertas con rebozos. Vénse, aquí y allá, gendarmes de á pié y algunas parejas de la gendarmería montada, todos despliegan mayor vigilancia que en los dias ordinarios. Los balcones del palacio del Poder Ejecutivo están totalmente ocupados por elegantes señoras y señoritas, tras de las cuales distínguense los caballeros que las acompañan. De vez en cuando, uno que otro "viva" sale de la multitud: ya vitorean á Hidalgo, ya á México; ora á la Virgen del Patrocinio, ora al Gobernador. Una voz juvenil, de alguien, quizá más impresionado con la femenina belleza que con las glorias patrias, grita con todas sus fuerzas:

—¡ Vivan las bellas!

En el balcón del centro del palacio, entre un grupo de aristocráticas jóvenes lujosamente ataviadas, y en cuyas gentiles cabecitas la caprichosa moda ha colocado sombreros de extrañas y artísticas

campanas de todos los templos lanzan un repique á vuelo que alegra y entusiasma los corazones,- y- la música toca el hermoso himno nacional que los concurrentes escuchan en pie y con la cabeza descubierta.

Poco después el pueblo se desborda en pelotones por las calles, corriendo, silbando y gritando impelido por feroz alegría.

Pimpollo, arrastrado por una ola de aquel encrespado mar humano, puede difícilmente llegar á la puerta de Palacio, sube corriendo la escalera, ávido de entrar al salón y hallarse cerca de su Lola.

El moreno semblante de Lupe, de exquisita suavidad y frescura, y siempre bañado por la inefable luz de aquellos ojos negros, está ahora ligeramente pálido: es más suave el purpúreo color de sus labios, y el correcto busto, aprisionado bajo irreprochable talle, podía servir de modelo al más diestro pincel. Al entrar del balcón con paso tranquilo y majestuoso, que revela un carácter lleno de nobleza y dignidad, Guillermo, que conversaba con otros jóvenes, corre á ofrecerle el brazo que Lupe acepta dándole las gracias con una sonrisa.

—Sentaré á usted junto á su mamá, le dijo.

—Sí Guillermo.

Apenas se había sentado Lupe, sentáronse junto á ella dos jovencitas, más graciosas que bellas, una de las cuales ese mismo día, por primera vez se había vestido de largo: eran Mercedes y Anita Minjares, hijas de Don Ignacio, el dueño del almacén donde trabajaba Guillermo. Saludaron cariñosamente á Lupe, á quien conocían bien aunque no la visitaban, y luego trabaron conversación con ella.

—He estado contentísima, dijo Anita ¡Cuánta animación, cuánto regocijo! Y hoy me vistieron de largo, Lupe.

—Y está usted muy simpática con su primer traje de señorita.

—¿Le parece á usted que me sienta bien?

—Perfectamente.

—Todo el día, dijo Mercedes, se ha visto en el espejo esta locuela. Antes de salir de casa la sorprendí de espalda al tocador, dando pasitos hacia adelante y volviendo por sobre los hombros la cabeza hacía uno y otro lado para mirarse el traje que tocaba al suelo.

—Es muy bonito vestirse de largo. He observado que los jóvenes me miran más, mucho más que antes.

Doña María sonneía y contemplaba con ternura á Anita, recordando quizá el

aquél señor de anteojos que platica con el Gobernador?

—Don Germán, un abogado notable, según dicen; pero muy avaro.

El Lic. Cortés al lado del Gobernador, con la copa en la mano y rodeado de varios de los concurrentes, pronunciaba un brindis, en que cada palabra era una lisonja para el gobernante, que no hacía más que sonreírse, pues tan grande es el poder de la adulación, que aún á los hombres de juicio y de talento arranca una sonrisa de placer. Lo saben bien los aduladores y aprovechan á las mil maravillas este conocimiento.

Pimpollo fué el primero en aplaudir á Ernesto, y éste, agradecido, ó quizá por decir algo comprometió al joven á que brindara por el Gobernador. El pobre de Pimpollo, que en presencia de su Lola solía ser locuaz y hasta chispeante, y que delante de sus amigos algunas veces no carecía de elocuencia, sintióse turbadísimo. ¿Qué iba él á decir á un Gobernador? pero no había excusa posible, era necesario decir algo, y después de gesticular y tragar saliva, levantó en alto la copa:

—Brindo, dijo, por el digno Gobernador del Estado, á quien todos queremos mucho, mucho..... muchísimo; y es

tan cierto que yo soy su sincero admirador, como es verdad que en este solemne momento le tiendo mi mano derecha. Dijo Pimpollo y tendió la mano izquierda, pues en la derecha sostenía la copa que apuró luego, mientras reían en coro los circunstantes, con excepción del Gobernador que conservó toda su gravedad.

—Lupe, preguntó Anita; ¿pasan mañana por su casa los carros alegóricos?

—No, dijo Mercedes, por la nuestra, que es la de ustedes, sí pasan. Tendremos el gusto de que los vayan á ver ustedes allá.

—Sí, sí, dijo Anita; pues es imposible que dejen ustedes de verlos. Las esperamos.

—Gracias, con gusto iremos.

—Vámonos, mamá. Guillermo se despidió ya; con él venimos y es seguro que viene ya por nosotras.

—Buenas noches, dijeron Doña María y Lupe, despidiéndose de las Minjares.

En esos momentos, Guillermo, que había hablado mucho con María Teresa, se despedía de ella. El semblante del joven irradiaba de alegría y brillaban sus ojos como si el fuego del corazón se derramara por ellos.

—¿Qué pasa? ¿qué tiene usted? preguntó Lupe.

—¡María Teresa me ha correspondido!

IX.

La "kermesse" preparada en la Alameda por la Junta Patriótica para la tarde y noche del 16 de Septiembre, está en su apogeo. Bajo la frondosa copa de los fresnos elévanse, artísticamente compuestos é iluminados por torrentes de luz, los puestos destinados á las vendedoras. Una de las fuentes ha servido para formar con musgo, rosas y follaje, un enorme cesto: en su fondo, y entre montones de preciosos ramilletes, están cuatro elegantes jóvenes vestidas de color de rosa, y entre las cuales, sobresale Lupe: en la otra fuente álzase un kiosco japonés, decorado con pinturas orientales y muebles de "bambú," es el puesto del "confetti" á cargo de Lolita y otras guapas señoritas vestidas de colores varios. Otro grupo de jóvenes, entre las cuales se halla María Teresa, todas vestidas de blanco, y con lujosos delantales, hállanse en la nevería. La cantina, bien provista de vinos y licores, está á cargo de Mercedes y algunas amigas suyas, todas vestidas de azul. Concha háse trocado en banquera, y Anita, que henchida de júbilo acaba de dejar el lozano campo de la pubertad para entrar en la

florida frontera de la juventud, hace su estreno de señorita en compañía de otras de su edad, trocada en gendarme que conducirá á la cárcel á los pollos tercos ó poco obsequiosos, ó que por lo menos tengan el imperdonable delito de ser guapos. La cárcel es una torre con ventanilla de rejas y en la cúspide abre las grandes alas un buho colosal de ojos de fuego. La entrada muestra en negros guarismos el fatal número 13. La lotería ó "tómbola," como se dice ahora robando sin necesidad al italiano, está encargada á aristocráticas damas; descúbrese entre ellas la nevada cabeza de Doña Carmen, donde esplenden los brillantes como los reverberos del sol en la nevada cima de las montañas. Bandadas de chicuelas, alegres y parleras, con canastillos de flores colgados al brazo, acechan á los jóvenes ó á los ricos de edad madura, rodeándolos, y con ladina algarabía, como abejas en torno de la flor que guarda en su cáliz rica miel, ofrécenles con instancia y á subido precio, gardenias, camelias y orquídeas. El puesto del atole de leche y tamales fué encomendado á varias señoritas, entre las cuales distínguese Toña, una joven rechoncha y rozagante, de eterna sonrisa y vivarachos ojos. Sobre el dintel de la puerta de este último puesto háse fijado un

rótulo que dice: "Santa Anita," aunque no hay ni agua ni lanchas como en el célebre paseo de la capital de la República.

Escúchase sin cesar el rumor de la fiesta, y la vista se desvanece ante aquel variado conjunto; de la movible multitud que hinche el paseo y en continuo movimiento da vueltas por las calles de la Alameda, por un lado el bello sexo, y por el otro el feo, en dirección contraria á la de aquél, ambos en apretada columna, desprendense grupos que cruzan en todas direcciones é invaden los puestos. Aquí va erguida y arrogante la aristocrática señora luciendo sus mejores galas y su traje cortado conforme á la última moda de París; allá la pollita cursi que lucha en vano por igualarse con las elegantes; acullá la improvisada rica que antaño portaba airosa la humilde falda, y hogaño hállase atrojada y molesta bajo el apretado traje de fina tela, y quiere con afectados movimientos imitar el gentil donaire que no se compra con oro sino que viene desde la cuna. Aquí va con paso grave y majestuoso el letrado de luenga levita y sombrero de seda, apoyado siempre en el bastón como si fuera ya parte de su cuerpo; allá el joven risueño y juguetón para quien la vida es un jardín de lozanía y fragancia perennes; acullá

el arrogante charro de angosto pantalón con botonadura de plata, y de fino y galoneado sombrero ancho, caído hacia atrás.

Las batallas de "confetti," sucédense sin interrupción por todas partes, y las músicas de cuerda de los puestos túrnanse con la banda del municipio, y el pueblo todo únese al regocijo general.

En el puesto japonés aumenta repentinamente la algarabía, y óyense en intervalos los guerreros gritos. Los rusos y los japoneses han trabado descomunal batalla. Los japoneses son las lindas vendedoras, capitaneadas por Lolita, que han retado á los jóvenes compradores apostrofándolos con el epíteto de feroces cosacos. Pimpollo, que aunque nada tiene de cosaco, empezó á pelear con brío, en una imprudente abierta de boca, introdújosele tal cantidad de proyectiles, que perdió completamente el uso de la palabra. Reían estrepitosamente las japonesas; los rusos agotaron las municiones y huyeron; Pimpollo fué hecho prisionero, y sin misericordia entregado por Lolita al gendarme, para que le condujera á la cárcel.

—Marche vd. al número 13, dijo Anita cuadrándose ante el prisionero, y llevándose la diestra á la boca, hizo ademán de

Ernesto taciturno y mal humorado observaba de reojo á Guillermo; el adusto ceño del abogado suavizóse un tanto al dirigirse á él María Teresa.

—Buenas tardes, Ernesto, díjole sonriendo y tendiéndole la mano. Saludó después á Perico con una ligera inclinación de cabeza; ¿qué toman ustedes? Hay nieve de limón, fresa, piña, mamey; mantecado de vainilla y de canela.

—Lo que usted guste, María Teresa, servido por usted todo es bueno.

—Pero no sé lo que á ustedes agrada.

—Dice bien Ernesto, murmuró Perico. Nos gusta lo que usted traiga.

—Entonces voy á traer á usted nieve de fresa.

—¡Magnífico!

Ernesto atusándose el bigote veía de soslayo á Guillermo.

—Eh, ¿qué mosco te ha picado? preguntó Perico. Estás sombrío.

—Aquel empleadillo, dijo el abogado en voz baja, me revuelve el estómago.

—¿Quién, Guillermo? Entre él y tú no hay competencia posible. ¿No ves cuán afable está contigo la angelical rubia?

—Aquí está la nieve de fresa, dijo María Teresa.

—Gracias, repuso el Lic. Cortés, y usted, ¿no nos acompaña?

—¡ Ernesto, por Dios! Si voy á acompañar á todos los que vengan á tomar nieve, ¿qué va á ser de mí?

—¡ María Teresa, María Teresa! gritaron varias voces femeninas.

—Voy, voy. Con el permiso.

Pimpollo, puesto en absoluta libertad, mediante el pago de la multa impuesta por la inflexible autoridad femenina, había vengádose de su Lola invitándola á tomar tamales; de paso por la cantina convidaron á Mercedes para que los acompañara, pues el excosaco temió sentir en las espaldas el bastón de su futuro suegro si le encontraba solo con aquel hacesillo de nervios. Para Pimpollo era Don Leandro Jiménez un terrible anarquista.

Al entrar al puesto de los tamales, Lola, señalando al joven y abriendo y cerrando el ojo derecho, dijo á Toña:

—Presento á usted al más tierno de los Pimpollos.

—Que viene en medio de dos hermosas flores, dijo Toña riendo.

—Gracias.

—Servidor de usted, señorita.

—¿Qué sirvo á ustedes? Hay un atole tan bueno que es para alabar á Dios;

ro casi ahogóle el rabioso rugido que no pudo salir por la boca.

Cuando un ardiente anhelo se estrella contra el desengaño, el corazón del bueno sufre, pero se resigna y aquilata su bondad; el del perverso se desespera y se hunde en el infernal abismo de la venganza. Ernesto juró vengarse. En aquellos instantes el odio que le inspiraba Guillermo, azotábale el corazón con candentes varillas de hierro

Alfonso y Lupe juntáronse con Guillermo y María Teresa y entraron todos al salón de la lotería. Ernesto quedóse fuera, dando vueltas, preocupado é inquieto, y de vez en cuando se asomaba á la puerta lanzando furibundas miradas sobre los felices novios.

Mientras Guillermo pedía tablas, sentábanse frente á ellos Lola, Mercedes y Pimpollo.

—¿Qué tal, qué tal? gritó éste á sus vecinos, ¿se han divertido ustedes mucho?

—Hemos estado muy contentas, repuso María Teresa; ¿y ustedes?

—También.

—Ya se conoce, murmuró maliciosamente Mercedes.

Lola guiñó un ojo á la linda rubia.

—Vamos, Lolita, exclamó Pimpollo, elija usted tablas.

—Esta.

—Tome usted otra.

—Esta otra.

—Faltan sólo dos tablas, ¿quién las quiere? dijo el que corría los números. Son de á veinticinco centavos.

—Tráigalas usted.

—¡Cooooooorre! dijo el gritador agitando con la mano la caja que contenía los números.

—Ciiiiinco..... Sesenta..... en donde hasta los ratones caen....

—Aguarde usted, aguarde usted, interrumpió Pimpollo. ¿Qué es eso?

—El cuatro, hombre, dijo Lola; ya se lo apunto á usted, y colocó un grano de maiz sobre el cuatro de la tabla de Pimpollo.

—Veintinueve.... El año de la constitución.

—¿Qué? dijo Pimpollo.

—No lo tiene usted, adelante, contestó Lola.

—Cuando vinieron los americanos.

—Pero este hombre no conoce los números. ¡Vaya un modo de gritar!, murmuró otra vez Pimpollo.

Los concurrentes, con la vista fija en las tablas, estaban silenciosos. De vez en

en mi alma, y hoy, de tal manera la imagen de esa jóven está impresa en mi corazón, que juzgo imposible olvidarla. Le he hablado de mi cariño, de mis ilusiones, de mi felicidad, y aunque con exquisita finura ha rechazado mi amor, no me abandona ni me abandonará la esperanza. Quizá ella, que tiene singular talento, ha adivinado mis extravíos y por eso me rechaza; pero quizá me abrirá los brazos, cuando me vea trabajador, honrado, virtuoso.

Doña Carmen escuchaba con placer á su hijo, sin perder ni una sola de sus pala bras, y la luz de la alegría brilló en los desmayados ojos de la bondadosa dama. Tenía tan alto concepto del hogar, que siempre lo había considerado como seguro puerto de las almas contra las tempestades de las pasiones.

—¡Ah! exclamó con entusiasmo: si Lupe fuese tu esposa, mi regocijo sería inmenso; hallarías en ella, no sólo una digna esposa, sino otro ángel de tu guarda que te apartara para siempre del camino del vicio.

—Lo creo, mamá, lo creo, dijo Alfonso con fuego; pero ¿qué hago para obtener su amor?

—Ser constante y esperar. Hablaré á Antonio de tus proyectos, le diré cuán

arrepentido estás del disgusto que le has dado; bien sabes que tu papá, aunque de enérgico é iracible carácter, tiene un corazón de oro, él te perdonará y recobrarás, hijo mío, el consuelo y la dicha.

Aquella misma noche tuvieron Don Antonio y su esposa una larga conferencia.

—Ha hecho mal Alfonso, decía Doña Carmen; pero es preciso convenir en que nosotros hemos descuidado la educación de nuestro hijo. No le hemos enseñado á amar á Dios y al trabajo. Tú, casi ahogado en el cúmulo de tus negocios, y yo, extasiada con la felicidad de que me has rodeado, no pensamos jamás que el primero de nuestros deberes era formar el corazón de nuestros hijos.

—No les hemos dado mal ejemplo.

—Es verdad, gracias á Dios; pero es necesario, además, llevar de la mano á esos seres débiles, mientras no pueden andar solos.

—Jamás me habías hablado como me hablas hoy.

—El dolor ha dado á mi vista la penetración y alcance que no pudo darle el amor.

Don Antonio quedóse largo rato pensativo: las palabras de su esposa habían-

fe impresionado hondamente. Doña Carmen lo comprendió.

—Y bien, ¿qué quieres que haga?

—Primero, que perdones á Alfonso, y después, que le des trabajo.

—Le doy mi perdón; pero no quiero, ni puedo, ni debo devolverle mi confianza.

—Tu perdón me basta por ahora; su arrepentimiento y buena conducta le granjearán lo demás.

—¡Dios lo quiera!

—Pero ¿qué va á hacer Alfonso encerrado aquí y sin trabajar?

—Irá á trabajar de meritorio á la casa donde le mande.

La madre creía sinceramente en la enmienda de su hijo, el padre desconfiaba; pero ambos se forjaban ilusiones y los consoló la esperanza.

XI

La dulce melancolía de Lupe, si algo marchita la frescura de su rostro, realza las virtudes y fortalece el carácter de la joven. Casi ha perdido la esperanza. ¿Qué va ella, pobrecita, á turbar tanta felicidad? Antes pedía á Dios, con el fer-

vor de una alma enamorada, que la quisiera Guillermo; hoy sólo le pide que le dé resignación y fortaleza; y ha llegado su abnegación hasta pedirle por la ventura de los novios

Alfonso no era antipático á Lupe, pero tampoco había sentido por él especial afecto, y estaba segura de que no lo sentiría. Guillermo era su primero y único amor, y hubiera afirmado, ante la presencia de Dios mismo, que no había sobre la tierra un hombre que igualara á Guillermo. ¿Cómo había de querer á otro? ¿Por qué, pues, á Doña María le gustaba para esposo de su hija, otro que no era Guillermo? Doña María pensaba que su hija no había sentido aún las fuertes impresiones del amor. Jamás le hubiera hablado de Alfonso si ella hubiera sabido que Lupe amaba á Guillermo; más no, no lo sabrían nunca, ni ella, ni Guillermo, éste menos que nadie. En esto pensaba Lupe, mientras el ganchito moviase rápido en sus manos y trocaba las hebras de hilaza en círculos con una estrella realzada en el centro; de vez en cuando, la joven veía á su madre que, junto á ella leía, sentada en cómodo sillón. Doña María cerró el libro y se quedó contemplando á su hija.

—¿En qué piensas, mamá?

—En tu felicidad.

—No somos desgraciadas. Es cierto que desde la muerte de mi padre hay un vacío en casa; pero me parece que su sombra paternal vela por nosotras. Yo, como si le tuviera cerca de mí, hablo con él todas las noches.

—¿Y qué le dices?

—Que nos cuide desde el cielo; que te dé paz y alegría, y á mí.... pues.... y á mí.... que se cumpla en mí la voluntad de Dios.

—¡Ay, hija mía! el día que yo te falte, y presiento que ha de ser pronto, te quedarás sola en el mundo.

—Dios no falta á nadie.

—Es verdad; pero quiere que seamos previsoras. Quizá tienes ahora una buena aportunidad de asegurar tu porvenir, oportunidad que en lo futuro puede no presentarse tal vez.

—¿Lo dices por Alfonso?

—Precisamente por él lo digo.

—Bien, mamá; estaba enteramente resuelta á no corresponder á su amor; pero, por tí, únicamente por tí lo pensaré.

—Yo represento, hija mía, para ti, la autoridad de Dios sobre la tierra: has sido siempre dócil, amante, buena, y una vez más te bendigo en el nombre del Se-

ñor; y de su parte te prometo la felicidad en el tiempo, en cuanto es posible obtenerla en esta tierra de donde por providencia de Dios está casi siempre desterrada, y sobre todo, la perdurable felicidad en la verdadera vida cuya entrada es el sepulcro.

En ese momento, Paula anunció una visita.

—¿Quien es? le preguntaron á la vez Doña María y Lupe.

—Doña Carmen ha preguntado por usted.

—¿Por mí? interrogó Lupe.

—No, por la señora su mamá.

—Entonces vaya usted, mamá; yo iré á saludarla después. Mientras me pondré otro traje y me arreglaré un poco el peinado.

Doña María alisóse las grises hebras de la cabeza, y fuése á la sala.

—Buenas tardes, le dijo á Doña Carmen, esperaba ya con ansia el cumplimiento de su promesa.

—No estaba yo menos ansiosa, repuso la aristocrática señora, correspondiendo al afectuoso saludo de Doña María.

—¿No vino María Teresa?

—Las jóvenes necesitan mucho tiempo para arreglarse antes de salir á la

—No ví, hermanita, no ví. Dispense usted, Pimpollo.

—No es nada, dijo Pimpollo, haciéndose fuerte contra el dolor.

Anita saltaba anhelosa de que á ella tocara la gloria de romper la piñata.

—Véndenme á mí, gritaba, véndenme á mí.

—Ahora Anita, dijo Don Antonio á Alfonso.

Mientras el joven vendaba á Anita, ésta le dijo al oído:

—Alfonsito de mi alma, que vea yo un poco, nada más que un poquito.

Alfonso, bien fuera por complacer á la niña, bien por el ansia de que diese principio la velada organizada para esa noche, obsequió el deseo de Anita. Esta avanzó con seguro paso y dió tan tremendo bastonazo al desventurado chino, que cayó hecho trizas, y el suelo se regó de confites, colaciones, cacahuates, nueces, tejocotes, manzanas, limas y naranjas. Una parvada de chiquillos, y muchas señoritas, entre gritos de júbilo, lanzáronse sobre aquellos dulces despojos, y á dos manos, con febril ansiedad los recogieron

Poco después la concurrencia, reunida en el salón, oía la primera pieza. María Teresa, con donaire y expresión, aunque no con maestría, tocaba en el piano el

vals de salón "Toujours," de Elorduy. Un nutrido aplauso resonó cuando la gentil rubia hubo concluído. Se levantó satisfecha, y Guillermo corrió á ofrecerle el brazo para conducirla á su asiento.

—Has tocado perfectamente.

—¿Te gustó?

—Mucho, mucho.

—Si acaso toqué bien, fué porque estuve pensando que tocaba para tí. ¿Qué cara ponían los demás, no me criticaron?

—Todos te escuchaban con atención.

—Estos novios, dijo Concha á Mercedes, ya no respetan á la concurrencia.

—Y mira qué cara pone el abogado sin pleitos, contestó Mercedes, señalando á Ernesto con los ojos.

Sirvióse un ponche caliente, aromático y suave, y en seguida, Anita en pie, en la cabecera del salón, en correcta actitud, posesionada del sentido de la composición, con voz dulce y vibrante, oportunamente modulada, recitó los versos de Gutiérrez Nájera: "Para entonces." No sólo fué aplaudida la simpática niña, sino que algunas de sus amigas la abrazaron, y su papá, satisfecho y orgulloso, le acarició una mejilla.

No cabía en sí Anita, de gozo, y hasta su paso al volver al asiento, del brazo

de Alfonso, era más majestuoso y arrogante.

—¿Te gustó? dijo en voz baja Concha, á Lola; que la manden á México á estudiar declamación.

Lola no respondió, le tocaba su turno y ya Lupe le dada el tono en el piano. Levantóse, aceptó el brazo que Guillermo le ofrecía, y moviendo suavemente la cabeza, colocóse al lado de Lupe, que iba á acompañarla. Luego cantó la sentimental romanza: "Si tú me amaras," con voz dulce, aunque no voluminosa, con irreprochable escuela, y sobre todo, con profundo sentimiento. Cuando en la garganta de la joven se apagó gradualmente el sonido de la última nota, estalló nutridísimo aplauso, sólo Pimpollo, boquiabierto y conmovido, no podía moverse: las lágrimas surcaban sus mejillas, y no se percató de ello hasta que Toña, compadecida de aquel dolor, le ofreció un pañuelo, poniendo una cara muy compungida, pero sin abandonar la sonrisa, que parecía estereotipada en aquella monísima boca.

Guillermo estaba inquieto, las anteriores noches había hablado á María Teresa respecto de matrimonio: quería ya dar el paso formal que fijara su dicha; pero la hija del banquero había cautelosamente evadido la contestación, lo que impresio-

nó amargamente á Guillermo; éste, aprovechando el momento que le pareció más oportuno, se acercó á su novia y le dijo:

—María Teresa, nada me resuelves aún de lo que te he dicho.

—¿Qué? Guillermo.

—Necesito tu consentimiento para pedir tu mano.

—No, Guillermo, ¡Dios me libre! dijo asustada, escapándosele por irreflexión una frase, que si acaso tenía en el corazón, por nada hubiera deseado que saliese á su labios. Quería á Guillermo, le amaba tal vez, pues en él pensaba con mucha más frecuencia de lo que ella quería; pero era tan feliz en la opulencia, que Guillermo por entonces no podía darle; gozaba de tantas consideraciones en la alta jerarquía social, que acaso no sostendría al lado del joven, que aquel carácter superficial, aunque en el fondo bueno, tembló ante la pretensión del enamorado doncel.

Guillermo sintió un terrible golpe en el corazón; parecióle que la sangre se agolpaba á su cerebro, y con inseguro paso se retiró y sentóse en un ángulo del salón.

Concha estaba ya en su puesto, y con gracia y buena voz recitó el monólogo

de aquella voz que cantó la romanza: "Adiós á una paloma," del maestro mexicano Melesio Morales.

La ovación fué ruidosa: pero las más calurosas felicitaciones que recibió Toña, fueron las del Lic. Cortés.

Era ya la media noche cuando terminó la fiesta. El señor Sifuentes invitó para la noche siguiente, que á él tocaba, y sería digno remate de aquellas posadas, pues tal noche haría época en los anales zacatecanos.

XIV.

Guillermo vivía en dos cuartos que había rentado en casa de una honrada señora de edad más que madura, cuyo único patrimonio era la finca que habitaba; esta tenía algunos cuartos independientes con vista á la calle, generalmente rentados. Con esas rentas y la de los dos cuartos interiores que rentaba Guillermo, tenía la buena señora para pagar las composturas y contribuciones de la finca, vestirse y vestir á una antigua y fiel criada, á quien veía y trataba como de la familia: además asistía á Guillermo, y lo que éste pagaba por sus alimentos y el aseo de su

ropa, bastaba para el sustento de los tres, razón por lo cual aquellas buenas mujeres querían mucho al joven, que por otra parte, no las molestaba absolutamente en nada.

Uno de los cuartos servía á Guillermo de dormitorio y el otro de estudio, y en él también recibía á sus amigos. Para habitación de soltero la casa de Guillermo estaba magnífica: los muebles, aunque pocos, eran todos buenos y reinaba el orden y la limpieza en todo.

Muy preocupado salió el joven de la casa del banquero el penúltimo día de las posadas; poco á poco aquella preocupación trocóse en mortal tristeza, y cuando llegó á su casa dió rienda suelta al reprimido llanto.

—María Teresa no me ama, exclamaba con angustia. Y yo que en ella he puesto toda mi dicha. Y soy solo en el mundo; no tengo padres, no tengo hermanos, no tengo íntimos amigos con quienes desahogarme. ¿Qué haré, Dios mío? y rompía á llorar como un niño.

Después de largo rato de abatimiento, rectificó sus anteriores ideas.

—Sí, tengo una amiga, dijo, Lupe; y el recuerdo de aquella amistad de su infancia fué una gota de almíbar que se per

dió en la inmensa amargura que ahogaba su corazón.

Guillermo tenía claro talento, y á pesar de su amor, que como toda pasión suele obscurecer los más despejados entendimientos, comprendió que María Teresa no le juzgaba digno de ella, y sintió en toda su fuerza el peso de la humillación. Tenía también el enamorado jóven sólida virtud, pero ni ésta, á no ser por maravilla de la gracia, cura completamente del amor propio al hombre, por virtuoso que sea: la soberbia, generadora de todos lo males, es más sutil que el aire que respiramos, nos cerca, nos acosa, y logra penetrar, aunque sea en tenuísimas ondas, y hasta á los más buenos corazones, desde la cuna tiénelos impregnados del mortal olor de la vanidad. Sintió, pues, Guillermo, erguirse pujante el amor propio, herido por tremendo golpe. En vano quería buscar otros motivos que racionalmente fundasen la negativa de su amada á ser su esposa, todos parecíanle improbables ó fútiles, y aquellas palabras "Dios me libre," vibraban constantemente en su oido

Quizá, pensaba algunas veces, el rencor que el señor Sifuentes tuvo para con mi padre alcance hasta mí, y María Teresa tema disgustarle; pero jamás me ha

dicho nada de esto, y si me amara, aun contra su voluntad, algo se le hubiese escapado, porque tal circunstancia hubiérale hondamente impresionado. Tal vez espera que mi laboriosidad y buena conducta me grangeen fortuna y posición social, y quiera deberlo todo á mis propios esfuerzos; pero no, cuando una mujer se forja ilusión tan hermosa, forzosamente habla de ella con el singular encanto que para la joven amante tienen las ilusiones, y María Teresa nunca me ha hablado de esto. ¡Oh, cuánto hubieran aumentado mis fuerzas si alguna vez me hubiese hablado de tal manera! Su dulce y cariñosa voz hubiérame dado incomparable energía. Y si el recuerdo de mi amado padre, que siempre me enseñó, con la palabra y el ejemplo, el amor á Dios y al trabajo, ha sido mi salvaguardia contra los vicios, ¿no hubiera aumentado mi fortaleza si también la tierna voz de mi amada hubiera sido eco dulce de la santa voz de mi padre?

¿Acaso María Teresa correspondió á mi cariño con la ligereza de algunas jóvenes, sólo por la pueril vanidad de tener novio? No, no; el Lic. Cortés la pretendió también, y sin embargo, fui yo el preferido por ella.

Agitado por estos ó semejantes pensa-

éstos, al verse por primera vez repelidos, atacaron con más vigor, y de nuevo vencieron y sojuzgaron á su víctima, quien con más furor que antes, volvió á sus malas costumbres. No pudo ahogar la voz de la conciencia, que resonaba siempre en su corazón y le atormentaba sin cesar con extraña amargura, que se revelaba en lo exterior por tenaz melancolía; especialmente cuando estaba sólo, aumentaba la intensidad de aquel dolor, que es el infierno en la tierra. Aturdióse, corriendo sin freno por la pendiente del vicio, buscando en él, no sólo la satisfacción de sus deseos, sino el olvido de sus hondísimas penas; pero ¡ay! tras de aquel pasajero aturdimiento que parecía detener la rueda de la tortura, ésta giraba de nuevo con mayor rapidez y precisión, y estrechaba más y más el corazón de su víctima.

El desventurado joven juzgó imposible retroceder, y decidióse á engañar á sus padres; buscó el antifaz de la hipocresía para ocultar las faltas. Todo su afán, su vigilancia toda, empleábalas en cuidar de que sus padres ignorasen las recaídas.

El cariño que tenía á Lupe conteníale algunas veces; pero seguro ya de la posesión de su amor, celebró una transacción con las pasiones, resolviendo darles

rienda suelta hasta el día en que se casara, fecha desde la cual empezaría una nueva vida, laboriosa, honrada y hasta de rigurosa penitencia, si así era necesario, pues Lupe, decía él, era capaz de convertir al mismo Satanás, si de ella se enamorase.

"El Paraíso Terrestre" y las demás elegantes cantinas, volvieron á contar entre sus asiduos parroquianos al rico heredero que gastaba con su acostumbrada esplendidez el dinero arrancado á la debilidad de una madre que no había aprendido á corregir oportunamente á su hijo.

Pocos momentos hacía que Alfonso estaba en "El Paraíso Terrestre," acababa de tomar la primera copa, cuando llegó Pimpollo.

—Te buscaba, Alfonso, y me dirigí aquí con la seguridad de encontrarte.

—¿De qué la tomas, chico?

—Que me sirvan una cerveza.

—Y bien. Me tienes á tus órdenes.

—La Junta patriótica nos ha inspirado una feliz idea que ya hemos lanzado á los cuatro vientos.

—¿Cuál? dijo Alfonso, pidiendo otra copa, para acompañar á Pimpollo.

—Hemos organizado una corrida de aficionados, cuyos productos se destina-

desabrochóse el chaleco, que le oprimía el elevado vientre, y con aguardentosa voz, gritó:

—¡Cóoorre!

Alfonso y Perico, vistos sólo por Esteban y Lorenzo, sentáronse en dos asientos, únicos que estaban desocupados en una de las cabeceras. Esteban esperó unos momentos y miró á Alfonso, como diciéndole: falta la apuesta de usted.

—Al caballo contra el cuatro, dijo Alfonso, y puso al caballo un billete de veinte pesos.

—El caballo en la puerta, gritó Esteban.

Alfonso recogió la ganancia, mermada por el descuento de la puerta, y á instancias de Esteban sentóse junto á él. Perico se llevó luego, en calidad de préstamo nunca reembolsable, la mitad de la primera ganancia de Alfonso.

Una hora después, Alfonso, sojuzgado por satánico frenesí, lo había olvidado to do: padre, madre, mujer amada. Jugab con desesperación, y perdía sin cesar.

Habíanle abierto cuenta, y ésta subí rápidamente.

El matutino crepúsculo se anunció c sus primeros flébiles esplendores, cua do Esteban, dando un golpe en la me avisó que se levantaba la partida.

La luz, que parece traer en sus brillantes ondas perfumes de alegría; que es saludada por las avecillas con aleteos y jubilosos cantos; que regocija el universo, y hasta sobre el abatido corazón de los enfermos y de los desdichados arroja un rayo de esperanza, fué para los perdidos jugadores, y especialmente para Alfonso, un terrible rayo del infierno. Todos instaron á los coimes á seguir jugando; pero éstos, que habían ya asegurado magnífica ganancia, fueron inflexibles.

Poco á poco se despejó aquella antesala del averno, espantosa cuna de lágrimas, miserias y crímenes sin cuento, hasta que Alfonso y Perico quedaron sólos con los talladores.

—¿Cómo está mi cuenta? preguntó Alfonso.

—Son cuatro mil pesos justos, dijo Lorenzo; usted dirá á qué hora mando por ellos.

—No, no; replicó Alfonso visiblemente conturbado. Yo se los traeré á usted.

—¿Hoy mismo?

—No, hoy me es imposible.

—¿Mañana?

—Tampoco.

Lorenzo y Esteban se dirigieron una mirada de inteligencia; expertos, como

do con el objeto de reconocer la propiedad y firmar la respectiva escritura.

Alfonso alegróse de la para él tan oportuna ausencia de su padre, y aunque Doña Carmen se afligió hondamente de la recaída de su hijo, éste desplegó tan mentirosa elocuencia, y prodigó á su madre tantas caricias, que la tierna señora lo creyó, ó al menos fingió creerle.

—¡Mamá, mamá! le decía, quiero casarme á la mayor brevedad posible. Ya verás cómo el matrimonio es para mí, remedio, fuerza y felicidad.

—Hablaré á tu padre tan luego como vuelva. Sabe tus relaciones con Lupe y las aprueba, y no rehusará proporcionarte medios para establecerte, y él mismo pedirá para tí á Doña María, la mano de su hija.

Madre é hijo convinieron, pues, en emplear todos sus esfuerzos en pró del proyectado matrimonio, para que éste se celebrase á la mayor brevedad.

Alfonso, á pesar de las malas costumbres adquiridas en el ocio, y fomentadas con las riquezas, creía en la regeneración por el cariño. Amaba de verdad á Lupe, y anhelaba unirse para siempre con ella; pero preocupábale más, por entonces, la deuda que había contraído, y forjóse la ilusión, propia de la inexperiencia, de que

en llegando su padre, daríalo sin demora sobrado dinero para establecerse y casarse. De allí tomaré, pensaba, lo que necesito para cubrir esa malhadada cuenta, y no me hará falta lo que tome, porque economizaré mucho en los gastos de boda.

No podía, para pagar, ocurrir á su madre, porque necesitaba revelarle la procedencia de la deuda, lo que, á todo trance, quería ocultar; por otra parte, la caja de Doña Carmen estaba anémica, por las frecuentes y abundantes sangrías que le había aplicado el disoluto hijo.

Con estos pensamientos, acabó por creer firmemente que pagaría el crédito á su vencimiento, y fuése tranquilo al almacén. Asistió puntualmente por varios días seguidos, lo que asombró á sus colegas, que le examinaban de pies á cabeza, como si le desconociesen.

A medida que pasaba el tiempo, aumentaba la inquietud de Alfonso: su padre había regresado ya, había ido respetuoso á saludarle, recibióle con afecto y aun con ternura, conversó con él familiarmente, como en mejores días, pero nada le dijo de lo que tanto interesaba á Alfonso. Doña Carmen habíale hablado ya de los proyectos de su hijo, y por única contestación le dijo:

—Todo arreglaré personalmente.

Alfonso estaba desesperado, era domingo y al siguiente día vencíase aquel terrible documento cuyo recuerdo le atormentaba constantemente. Había intentado conseguir una prórroga, habló á Lorenzo y á Esteban, rogóles, suplicóles con las mayores instancias; pero todo fué en vano:

—Si usted no paga, le respondieron, ocurriremos al señor Sifuentes, y si él tampoco paga, procederemos judicialmente contra usted; al efecto, hablamos ya con nuestro abogado.

Lorenzo y Esteban tenían también su abogado: un joven descarado y tramposo, anticipadamente viejo, para el cual estaban cerradas las puertas de las casas donde se tienen en alto aprecio la honradez y el decoro; sabíalo muy bien el abogadete, pero reíase del desprecio de los hombres de bien, pues no vivía de ellos, sino de los perversos. Muchos me necesitan, se decía. ¿qué me importan los otros? Tenía razón: el malvado no busca al bueno para sus iniquidades.

Alfonso pensaba acertadamente que todo lo perdería si su padre sabía la existencia de aquella maldita deuda. Era, pues, preciso, evitar tamaña desventura.

A medida que ahondaba estos pensa-

mientos, crecía la desesperación del joven, quien ya tenia fatigosa la respiración y acelerado el pulso.

Latió con fuerza el corazón del contristado deudor, cuando Doña Carmen mandó hablarle y vivamente emocionado se presentó ante ella.

—Alégrate, hijo mío, le dijo: todo está arreglado. Ayer pidió tu papá para tí la mano de Lupe Figueroa que te fué concedida. Fijóse el ocho de Junio para la ceremonia civil y el diecinueve para el matrimonio eclesiástico.

—¡Ay, mamá! murmuró Alfonso con profundo desaliento, está lejos, muy lejos: faltan más de cinco meses.

—Paciencia, hijo mío, cinco meses pasan con asombrosa celeridad.

—Pero entretanto papá me dará dinero para todas mis compras.

—No te dará nada; ha dispuesto que vivas en la planta baja de la casa que arreglaremos y amueblaremos convenientemente.

—Pero qué ¿voy á ser toda la vida hijo de familia? ¿con qué trabajo?

—Antonio ha dispuesto también que desde el siguiente día de tu boda, lleves la correspondencia de la casa, pues dice que es lo único de que eres capaz; tendrás un sueldo decente y nada más. En-

tretanto, aprende cuanto puedas en la casa donde te ha puesto, de tí depende ascender con rapidez. ¿Crees que tu padre, si te ve laborioso y bueno, no te dará cuanto quieras?

Alfonso se dejó caer abatido sobre el sofá.

—Pero, ¿qué tienes, hijo mío? ¿Cuándo pensaba comunicarte la nueva más feliz para tí, te entristeces y aun te abates?

El contrariado joven creyó que su dolorosa actitud podría venderle, hizo un esfuerzo y repuso:

—La emoción, mamá: está bien cuanto ha dispuesto papá.

Volaba el tiempo y Alfonso no sabía qué hacer. Resolvióse á solicitar un préstamo. ¿Ocurriría á los prestamistas? No, pues tal paso parecíale muy peligroso; por otra parte, ¿querrían prestarle? ¿Qué garantías les daba? ¿Valía algo la firma del hijo del banquero? Pensó luego en sus amigos. Pimpollo gastaba todas sus rentas y no podría facilitarle la cantidad que necesitaba. Además, era muy tonto y poco discreto, iría á contarlo á todo el mundo. ¿Ernesto? Quizá; pero no ignoraba Alfonso que era pretendiente de su hermana y solicitar de él un préstamo le era bochornoso y humillante. En las mis-

mas condiciones estaba respecto de Guillermo; pero no había remedio, tenía que elegir entre uno de los dos. El carácter bondadoso y discreto de Guillermo le decidió á preferirle y salió en busca del joven. Hoy es domingo, se dijo, y suele ir al despacho cuando hay correspondencia importante; pero si no está allí, le buscaré en su casa.

Durante el camino, Alfonso sentía toda la amargura de la humillación. Era orgulloso aún en medio de las bajezas del vicio. Había nacido y crecido en la opulencia y en el lujo, y la vanidad encontró en el rico banquero y su familia, bien abonado terreno para prosperar, pues aun la bondadosa Doña Carmen era orgullosa sin siquiera sospecharlo ella misma.

—¿Está aquí Guillermo?, preguntó Alfonso al portero de la casa del señor Minjares.

—Sí, señor, está en el despacho.

Alfonso iba á llamar á la puerta, pero vióla cerrada por fuera con candado. El portero que le observaba, le dijo:

—Debe estar abierta ó entornada la puerta que da al corredor.

Alfonso pasó el zaguán, volteó por uno de los corredores y se acercó á la puerta que le indicó el portero: estaba entre-

músicos, á paso veloz, con los instrumentos debajo del brazo, suben las gradas de sombra para ocupar el lugar á ellos destinado. De trecho en trecho, aquí y allá, destácase un gendarme de negra polaina, y uniforme azul con blancos alamares al pecho, palo y pistola al cinto y recto como un poste. Oyese de repente un grito unánime, regocijado y agudo; y después de él, entre algunos ¡bravos! nutridísimo y prolongado aplauso. Todos vuelven la vista al regio palco, acortinado, y sobre cuyo arco tremolan enhiestas banderitas tricolores. La regia comitiva marcha arrogante embalsamando las aéreas ondas con el perfume que exhala. Los "chambelanes," entre los que se encuentran Guillermo y el Lic. Cortés, visten de rigurosa etiqueta, y las reinas, traje semicorto que deja ver los diminutos pies primorosamente calzados y aún algo de la media de vivo color, en armonía con el riquísimo traje. Ostentan las soñadoras cabecitas juveniles ramos de flores y enormes peinetas de teja de fino carey, y lucen la española mantilla artísticamente caída hacia la espalda. Toman asiento aturdidas por el entusiasta clamoreo de los espectadores y las dianas de la banda, y tras ellas, en pie, como pajes reales, permanecen los "chambelanes."

Ocupan los asientos del centro Lupe y María Teresa; aquélla vestida de amarillo y negro y ésta de azul y blanco: dos hermosuras enteramente distintas y arrebatadoras las dos. A la derecha, Anita con brillante traje blanco, y Lola con traje rojo y negro, y á la izquierda Mercedes y Toña, vestidas de color de rosa y verde esmeralda respectivamente. A la derecha del palco, en la grada contigua á él, un soldado de infantería, en pie y clarín en mano, con la cara semivolteada hacia el palco, espera órdenes.

—¡Toooro! grita el público. Guillermo, que acompaña á Anita, le dice que dé la señal. Anita no cabe en sí de júbilo; el placer colorea sus mejillas é ilumina sus ojos. Créese reina de verdad. ¡Qué bello es el mundo para Anita! ¿Por qué, piensa, le llamarán valle de lágrimas? ¡Insensatos!

—Toque usted, dice con voz de mando, al soldado.

La sonora voz del clarín dominando los aplausos y los clamores, vibra en el aire. La música toca una transcripción de "Carmen," y la cuadrilla, arrogante y alineada, aparece en el redondel. El alguacil, con pantalón corto de terciopelo, media de seda, choclos con dorada hebi-

sobre ésta, y vuela por los aires, salvándola y burlando al encolerizado "bicho." Perico le provoca luego; el toro ruge, olfatea y cava la tierra alternativamente con las pezuñas de una y otra mano, y mira irritado á Perico, que azota á su rocín, y garrocha en ristre, reta á la fiera á singular combate; el cornúpeto vacila, un peón le pasa la capa por la cara, obligándole á dar media vuelta, y queda frente á Perico, contra quien arremete con furioso ímpetu, y caballo y jinete caen en tierra; mientras aquél, á los golpes de la fiera se levanta despavorido y corre al rededor del redondel, y tras de él un "mono sabio," lazo en mano, para detenerle, Perico, ayudado de los peones, trabajosamente se levanta empolvado y cojeando, métese en el burladero, el cual, apenas entra el picador, truena al furioso golpe que contra él acestan las astas del enardecido "bicho." Gritos, risas, silbidos y aplausos, óyense por todas partes con infernal estrépito, como si acabaran de dar libertad á centenares de hambrientas y enjauladas fieras.

Entretanto, el otro picador, á media plaza, desafía al toro, que embiste luego iracundo y decidido, levanta con las astas por el encuentro al caballo, y por

unos momentos permanece éste casi enhiesto, y el feroz empuje del toro es contenido por la garrocha del jinete, que asido de ella á dos manos y encorvado y firme sobre los estribos, resiste la tremebunda embestida. La fiera, al fin, quebrantada por el dolor que le causa la punta de la garrocha, retrocede y huye vencida, y el picador, al faltarle el apoyo, suelta la garrocha y tiene que abrazarse del cuello del caballo para no caer. Entre bravos y vítores se desencadena una tempestad de aplausos y los sombreros caen de todas partes al redondel, mientras que la banda toca dianas una tras otra.

El afortunado picador, jadeante aún, á una señal de las reinas, sube al regio palco, quítase el sombrero de charro, hinca una rodilla y las suaves y aristocráticas manos de María Teresa, cíñenle una banda de ancho listón azul con primoroso ramo de flores artificiales prendido en el centro, y la concurrencia repite el estrepitoso aplauso.

Aprovechando el entusiasmo y la ocasión de que Guillermo se acerca á María Teresa para darle la banda y las flores, dícele al joven.

—¿Por qué estás tan serio, Guillermo?

llermo, que notó la precipitación del joven, no le contiene, asiéndole de un brazo.

Animado otro banderillero con el público entusiasmo, llama á la fiera, aquí y allá, ora abalánzase, ora retrocede, hasta que logra componerla, corre á su encuentro, y pónesele en frente, y el mismo "bicho," al embestir, se ensarta las banderillas y el diestro rehuye el cuerpo, mientras el toro, cabriolando, busca con el espumoso hocico á uno y otro lado del cuello las banderillas en él clavadas.

Toca á muerte el clarín. Alfonso, que, en pie, cerca de la valla, con la muletilla y la espada en la mano, esperaba tan solemne momento, avanza hacia el palco de las reinas, detiénese frente á él, descúbrese, y, puesta en alto la diestra, dice:

—Brindo por las guapas zacatecanas, reinas de verdad, que se han dignado presidir la fiesta.

Arroja á lo alto la cachucha, y animoso y resuelto, dirígese hacia el toro. Siéntele el animal y vuélvese contra él. Alfonso, después de dos magníficas vueltas, coge con la diestra la espada, saca aún otra vuelta, que prepara al toro, y tiende la espada. La fiera vacila un momento y lánzase resuelta contra el diestro; hún-

dele en el cuerpo parte de la espada, ruge, se tambalea y cae en tierra convulsa. En el acto un peón remata al toro hiriéndole de punta en medio de la cerviz.

El popular entusiasmo llega al frenesí, y entre aplausos y vítores sube el afortunado capitán al palco real, donde la encantadora Lupe le ciñe la más hermosa de las bandas.

Los "monos sabios" atan de las patas á la muerta fiera, afiánzanle en las argollas de la polea, azotan á las mulas, que al son de los cascabeles, parten al galope, arrastrando el cuerpo del cornúpeto, que deja un ancho surco en el redondel, y tras ellos corre el muchacho con la carretilla, donde ha recogido la ensangrentada arena.

Cuando la luz del vespertino crepúsculo empezó á recoger su áureo manto y se anunciaron las primeras sombras de la noche, concluyó la corrida, sin que, durante ella, decayese, ni el brío y arrojo de los aficionados, ni el popular entusiasmo. Los elegantes "landeaus," situados á la salida de la plaza, reciben de nuevo en sus mullidos cojines la valiosa carga de las reales bellezas, acompañadas de los galantes "chambelanes." Los briosos corceles con la cabeza erguida, moviendo

indudable. Guillermo, entretanto, pensativo, ya daba vueltas en el despacho, ya se sentaba. No podía ni siquiera imaginarse quién se había apoderado de tal suma.

La hora de cerrar el despacho había con exceso pasado.

—¿Y bien, dijo Don Ignacio, con áspera voz y sañudo semblante, qué hacemos? usted es el responsable de ese dinero.

—No he dispuesto de él; pero lo pagaré. Hace tiempo que sirvo con laboriosidad y honradez en su casa, y no tiene usted la más leve queja de mí. Las gratificaciones anuales que mis compañeros han recibido, no las he recibido yo; dejándolas siempre en la caja de usted, con objeto de recogerlas por junto. Esas gratificaciones, anualmente fijadas por usted mismo, deben de ascender, por lo menos, á la cantidad que falta, abónelas usted á la caja.

—Este es asunto delicado que necesito meditar.

Guillermo, ofendido por la desconfianza de su patrón, no contestó ni una palabra. Tomó el sombrero y dijo con sequedad:

—Buenas noches, y salió del despacho, irguiendo con dignidad la cabeza, como

el hombre que está seguro de su buena conducta.

Don Ignacio quedóse un rato reflexionando.

El Lic. Cortés, por bien combinadas intrigas, había logrado ser el abogado consultor de la casa del señor Minjares; éste mandó hablarle inmediatamente.

Don Ignacio, caviloso ya por lo sucedido, temió ser víctima de una gran estafa, y alarmado, continuó revisando libros y papeles. En esta tarea encontróle el joven abogado, quien saludóle sonriente y con el mayor afecto.

—Dispense usted que le haya molestado, le dijo Don Ignacio, pero me urge hacerle una consulta.

—Me tiene usted á sus órdenes.

—La caja de mi casa, como usted sabe, está confiada á Guillermo Fernández; hoy le han faltado cinco mil pesos, de cuya pérdida no dá ninguna explicación.

Los ojos de Ernesto brillaron con siniestro fuego.

—¿Y bien, murmuró, nadie más que Guillermo, maneja los fondos?

—Nadie más.

—Entonces no hay aquí nada que inquirir, sino un delito que castigar. Guillermo Fernández ha robado á usted.

—¿Lo cree usted así?

—Sin duda alguna. Y es necesario revisar la contabilidad, no sea que el desfalco sea mucho mayor.

El señor Minjares palideció, helósele la sangre. El pensamiento del abogado coincidía con el que también á él habíale ocurrido.

—¿Qué le parece á usted conveniente hacer?, preguntó.

—Presentar sin demora la acusación al juez en turno, del ramo penal.

—Mas hay la circunstancia de que á Guillermo, por gratificaciones anuales desde que está á mi servicio, correspóndele aproximadamente la cantidad que falta.

—Y de sus sueldos mensuales, ¿le debe usted algo?

—No, señor, los pide mensualmente, pues creo que le bastan apenas para vivir, según su posición. La mejor remuneración para mis dependientes, consiste en la gratificación que se les dá después del balance anual, la que varía según las utilidades de la casa.

—¿Y tiene usted obligación de darles tal gratificación?

—Obligación estricta, no; costumbre á la cual no he faltado jamás, sí.

—Bien, pero tal gratificación merécen la los empleados fieles, de ninguna manera los que abusan de la confianza en ellos depositada; por otra parte, no es imposible que el desfalco sea mayor y esté encubierto por hábil combinación de cuentas, y para descubrirlo, necesita usted calma y tiempo. No hay, pues, que tomar en consideración, para nada, las gratificaciones que usted menciona, tanto más, cuanto que no tiene usted estricta obligación de darlas.

—Tal vez tenga usted razón.

—Además, si Guillermo es inocente, lo que dudo mucho, pues le conozco bien, se justificará No existen los tribunales para castigar á los inocentes, sino á los criminales, y para depurar la conducta de los que han dado lugar á que se sospeche de ellos.

El señor Minjares se quedó pensativo: aquella frase del abogado: conozco bien á Guillermo, le hizo temblar de piés á cabeza. La exaltada imaginación del banquero presentóle su casa quebrada, sobre él la ruina y la familia en la miseria.

—Proceda usted, dijo á Ernesto, como lo crea más conveniente, y á la mayor brevedad posible.

—En el acto, contestó Ernesto, y allí

de su patrón por gratificaciones anuales no recogidas.

Esta defensa de Guillermo había sido hábilmente contada desde la acusación, por el Lic. Cortés, quien arteramente negaba la existencia de tal depósito. El juez indicó á Guillermo se fijara en tal circunstancia; éste, vibrante de indignación, habló con tal espíritu de verdad, que el juez, á pesar de su juventud, no dudó de la inocencia del acusado. No obstante, creyó necesario depurar la verdad por medio del proceso, y mandó á Guillermo á la cárcel, detenido é incomunicado. No había necesidad de tal incomunicación, pero el novel abogado, siguió la tiránica práctica de la cual jamás se había apartado ninguno de sus antecesores.

Al entrar Guillermo á un estrecho, sucio y antihigiénico calabozo de la cárcel de Zacatecas, situada en la plaza de Santo Domingo, y sentir que tras él cerrábanse las puertas de la prisión, dos ardientes lágrimas rodaron por sus mejillas.

—Amor, felicidad, honra, todo lo he perdido en un momento, exclamó. ¡Bendito sea Dios! ¡y lloró, lloró mucho pagando el tributo á la humana flaqueza; pero sobre ella, dominante, triunfador, levantábase el espíritu creyente. La fe es la misteriosa, la única, la invencible fuerza en

los grandes dolores. Cuando todo en derredor nuestro flaquea, cae y se hunde, sobre aquel montón de ruinas iérguese impasible la imagen de la fe, señalando el cielo. Cuando las sombras nos envuelven y el seductor panorama de la vida desaparece ante nuestros ojos, en el fondo de las almas buenas brilla la luz de una esperanza que no apaga el soplo del más terrible huracán. Cuando todas las personas queridas nos abandonan, el amor, que es luz, vida y fuerza, concéntrase en nuestro corazón, como los esplendores en el foco que los producen. para elevarse á las regiones sobrenaturales.

Guillermo, envuelto en aquella tremenda é inesperada catástrofe, que sepultaría bajo sus ruinas hasta el amor de María Teresa, buscó refugio en la justicia eterna.

La cárcel es un antiguo y vasto edificio, en otro tiempo convento de dominicos; las celdas se han convertido en calabozos, y allí, donde antaño la piedad de los religiosos elevó á Dios fervientes plegarias, hogaño Guillermo eleva una oración cuyo perfume era igual ó tal vez superior al de aquellas. Dentro del término de la ley, el juez dictó auto de formal prisión contra Guillermo, y levantóle la

incomunicación. Inmediatamente presentóse ante él Don Germán Olivares, el docto abogado en quien antes que el procesado, pensó Lupe, y le rogó fuese á ver á Guillermo y le defendiese.

A la primera hojeada comprendió el Lic. Olivares la inocencia del acusado, la enemistad del Lic. Cortés, la causa de ella y el amor que Lupe profesaba al reo, y con interés y entusiasmo tomó á pechos la defensa del joven.

El primer paso del defensor, fué promover la libertad del procesado, bajo caución. Para obtenerla, había el grave inconveniente de encontrar fiador idóneo para Guillermo. Alfonso espontáneamente se ofreció, pero no tenía bienes propios y no podía, por ende, ser aceptado.

Don Germán no quiso perder tiempo y resolvióse á constituir de sus propios fondos, el depósito que se le exigiera. El Lic. Cortés concurrió á la audiencia y se opuso con todas sus fuerzas á la libertad de Guillermo, y, ora fuera por pusilanimidad del juez, ora por las influencias hábilmente movidas por Ernesto, ora porque, en efecto, el juez, creyese improcedente la libertad solicitada, la negó, á pesar de las sólidas razones alegadas por el Lic. Olivares.

Con este incidente aumentó la eferves-

cencia del clamor general. Los linderos entre lo justo y lo injusto no están siempre tan bien determinados, que en algunos puntos no se mezclen y confundan, y tal confusión origina diversas opiniones. Ya no había duda: Guillermo Fernández era un estafador, peor que los salteadores de camino, pues éstos, al menos, exponen su vida antes de apoderarse de lo ajeno.

No era el señor Sifuentes de los menos exaltados en contra del procesado. Hasta entonces había notado, no sin disgusto, la recíproca simpatía de Guillermo y María Teresa. y había disimulado creyendo firmemente que no pasarían de tiernas palabras y platónicos amores: pero cuando con motivo del ruidoso proceso hubo adulador indiscreto ó malicioso que le dió el pésame por la aflixión en que debía de estar María Teresa por la prisión de su futuro esposo. desbordóse la ira del orgulloso banquero.

María Teresa había sinceramente sentido la desgracia de Guillermo, creía en su inocencia con plena seguridad, y no pudo jamás la difamadora elocuencia de no pocas de sus amigas, arrojar en su espíritu ni la más leve sombra de duda.

—Es inocente, decía siempre; es inocente.

No salió de su casa en varios días, y aun

nada puede haber ya entre María Teresa y yo, y de ella me he despedido para siempre. Fué su cariño una página dorada de mi vida, y era conveniente, para que la dicha no me embriagara, que viniese después esta página negra. Sí, Alfonso, la embriaguez de la dicha suele ser la peor de todas, por eso la paternal Providencia no hace dichosos en el mundo.

Aquellas palabras de Guillermo, pronunciadas con tan profunda convicción y en tan solemnes momentos, impresionaron mucho á Alfonso y no las olvidó en toda su vida.

—Y bien, amigo mío, dijo Guillermo, nada me dices de tí, de tu boda, de tu felicidad.

Alfonso suspiró tristemente y repuso:

—Guillermo, Lupe es buena, muy buena; pero cuantas veces hablo con ella de nuestro porvenir, del amor puro y grande que me ha inspirado, no siento que su corazón se dilate henchido de emoción. Paréceme que se esfuerza por quererme, que busca en mis ojos una luz que logre fascinarla y una alma á quien estrechar con el vigoroso impulso de la suya; pero que á pesar de sus heróicos esfuerzos no la encuentra. ¿Me engañaré? ¿Será que todo le parece poco á mi cari-

ño? Tú que la conoces bien, dime, ¿qué juzgas?

Las palabras del jóven impresionaron profundamente á Guillermo: su fantasía presentóle á la dulce morena, incesantemente procurando amar á quien ya iba á darle su nombre, y se arrepintió una y mil veces de no haber sido él el primero en hablar á aquel corazón y en no haber conquistado un amor que entonces tenía en alta estima. En ese momento sintió hasta celos y no pudo resignarse á ver los esfuerzos de Lupe para amar á Alfonso. Púsose en pie, agitó la cabeza como para ahuyentar tal imágen, y respondió con sequedad:

—No sé.

—¡Victoria! dijo Don Germán entrando.

—¿Qué hay? repuso Alfonso.

—El Tribunal ha revocado el auto del juez de primera instancia: declara procedente la libertad bajo caución.

Todavía necesitáronse algunos trámites; pero debido á la actividad del Licenciado Olivares, Guillermo quedó en libertad ese mismo día.

La anciana y criada que asistían á Guillermo le recibieron con tales muestras de alegría que éste se conmovió ante la gratitud de aquellas sencillas almas. La

Muchas honorables personas, entre ellas algunos banqueros, habían hablado á Don Antonio Sifuentes en presencia de su hija, del brillante porvenir del Lic. Cortés. Había empezado por vencer dos veces seguidas en atlética lucha al Lic. Olivares, que era, según el parecer general, el más docto y acreditado de los abogados zacatecanos. Además, Ernesto había heredado una fortuna, que, aunque la envidia rebajaba mucho, no había que hacer el menor caso de los envidiosos. ¿No vivía el joven abogado con esplendor, sin contraer jamás deudas?

María Teresa siguió creyendo en la inocencia de Guillermo .Yo he aspirado, decía, el perfume de su alma, y es muy buena; así es que no temía que fuese interrumpida la libertad provisional de que gozaba, mientras que en el proceso se pronunciaba la última palabra. Por esto, casi no le impresionó la condenación de Guillermo en primera instancia. Alguna vez había suplicado á Ernesto que no patrocinase á Don Ignacio Minjares, porque la acusación de éste era injusta.

—Ni él, ni yo, contestaba siempre el joven abogado, queremos la deshonra y la ruina de Guillermo; pero Don Ignacio está obligado por el buen nombre de su casa, el interés de sus negocios y el escar-

miento de sus empleados, á procurar con todas sus fuerzas el esclarecimiento de la verdad; y yo á ayudarle, por mi honor profesional, por mi buen crédito para lo futuro y por el mismo triunfo de la justicia. Esté usted segura, enteramente segura, de que si Guillermo es inocente, al fin saldrá absuelto.

Como María Teresa estaba segura de tal inocencia, creía firmemente en la absolución, y se tranquilizaba.

Ernesto, siempre afable y cortés en la casa de Don Antonio Sifuentes, habíase ganado poco á poco la voluntad de todos, y acabó por conquistar también la de María Teresa. Galante con ella algunas veces, discreto otras, tierno y expansivo las más, la joven acostumbróse al trato del abogado y concluyó por quererle, según decía ella; pero costóle mucho trabajo corresponder á su amor. Después de algún tiempo de cuotidianas instancias, Ernesto triunfó, y pudo un día oír de los dulces labios de la altiva rubia el "te amo," ganado con más bajezas que sacrificios

Cuando Guillermo tuvo noticia por Lupe, de las relaciones de Ernesto con María Teresa, aunque se indignó contra aquél por los reprobados medios á que había ocurrido para obtener lo que por el recto camino jamás hubiera alcanzado, no sin-

tió la menor pena por la ligereza de la aristocrática rubia. Quedóse mirando á Lupe con infinita ternura y le dijo:

—Lupe: no hay ya para mí ni luz en aquellos ojos, ni aroma en aquel corazón. Me había engañado: ni María Teresa nació para mí ni yo para ella.

Lupe le escuchaba con indecible emoción. Quedóse un rato silencioso, y luego prosiguió:

—Yo....

Detúvose y añadió trémulo y turbado:

—No sé lo que iba á decir. Adiós.

—Adiós, respondió Lupe, oprimiéndose el pecho con ambas manos y conteniendo las lágrimas; pero cuando el joven se alejó, dió rienda suelta á su llanto

---

XXIV

Celébrase con pompa en el templo de Santo Domingo, de la ciudad de Zacatecas, el mes de Mayo, consagrado por la piedad católica al culto de la Santísima Virgen, y el día primero de Junio dedícase á la acción de gracias; es uno de los más espléndidos días de tales fiestas religiosas. El párroco invita á varias familias para que cada una ofrezca un "aparador"

de los siete que es costumbre ofrecer, y representan las siete virtudes. Todos son de distintos colores: blanco, verde, rojo, rosa, azul, morado y amarillo

Consisten dichos "aparadores," en cuatro velas con artísticas escamas ó brillantes adornos, ramilletes de flores naturales, y cuatro de ellos más grandes que los demás, de flores artificiales, colocados, ora sobre jarrones de porcelana ó de cristal, ora sobre primorosas macetitas. Escamas, adornos, flores, jarrones, son del color elegido; y cuatro niñas, préviamente invitadas y vestidas del respectivo color, ofrecen á la Virgen los objetos durante cada misterio del Rosario.

Las tres naves del magnífico templo de correctas y severas líneas de arquitectura toscana, están henchidas de fieles, especialmente la del centro. Resplandece el altar con multitud de cirios colocados entre un jardín de ramilletes; cubre el fondo, trasparente cortina blanca sembrada de áureas estrellas, que cae desde la alta bóveda. A la derecha, en altar especial, espléndidamente adornado, sobre la gradería rebosante de flores, elévase una pequeña estatua de la Guadalupana. Esta imagen, que se venera en el histórico convento de la cercana Villa de Guadalupe, es conocida con el nombre de la "Prela-

dita;" visita anualmente, después del día de la Ascensión del Señor, todos los templos de la ciudad de Zacatecas, y celébrase en su honor un triduo ó novenario, según los recursos de cada templo, para implorar la intercesión de la Guadalupana en pró del buen temporal. En esta vez, coincidió la visita de la venerada imagen con la acción de gracias por el mes de Mayo, motivo por el cual, la devota concurrencia aumentó considerablemente.

Frente al presbiterio del altar mayor, formando ancho semicírculo, están colocadas las mesas de los "aparadores," que sobresalen de la multitud mostrando las ofrendas en artístico conjunto.

Lupe había tomado el "aparador" rojo y la acompañaba Lola, para ayudarla á distribuir las ofrendas. Entre el grupo de niñas vestidas de blanco, con el pelo suelto y rizado y coronadas de azahares, que esperan ansiosas el momento de ofrecer flores á la Virgen, distínguense las de los "aparadores" vestidas del color de éstos.

Vibran en las torres del templo las sonoras campanas dando el último repique, y cuando muere en el aire la postrera vibración, los niños del Asilo del Sagrado

Corazón de Jesús, cantan desde el coro el himno guadalupano:

"Mexicanos volad presurosos
del pendón de la Virgen en pos;
de la lucha saldréis victoriosos
defendiendo á la patria y á Dios.

Una nube de niñas, tras de las cuales váse el alma de sus padres, que las miran extasiados, sube las gradas del presbiterio con luces, flores y pebeteros en las manos, y la inocencia resplandeciendo en sus límpidas miradas, arrodíllanse y varios sacerdotes les recogen las ofrendas, que colocan ordenadamente en el altar.

Suben también algunos niños y niñas que conmueven hondamente á los fieles, porque representan una raza rica y viril en otro tiempo, dueña y dominadora del Anáhuac; raza que cayó sojuzgada por el ibero conquistador, y poco á poco desaparece fundida en una nueva raza. Estos niños son inditos, que en devota actitud, van también gozosos tras del imán guadalupano que atrae á todos. Recuerdan, quizá, el sencillo y conmovedor relato del feliz Juan Diego, á quien la excelsa Señora distinguió con sus bondades, y van llenos de esperanza á la fuente del consuelo y de la ventura. Visten calzon-

cito y camisa de manta corriente, blanca tilma con un cromito de la Guadalupana en el centro, los limpios piés calzan huaraches, á la espalda llevan un huacal con verdura por dentro, y por fuera, penden de los otates que lo forman, jarritos, cazuelitas, guajes y juguetitos de barro: en la parte superior un sombrerito chilapeño, y apóyanse en el cayado, que llevan en la diestra.

Las inditas portan rojo zagalejo con ancha pretina verde, escotada camisa bordada de rojo, y de manga corta, y alrededor del cuello cuentas verdes de vidrio; calzan sus diminutos y desnudos piés, bien cortados huaraches atados con delgadas correas, llevan también huacal á la espada, con verdura y juguetes, el sombrerito chilapeño y las dos trenzas de pelo muy negro, atadas con un lazo tricolor.

Escúchase alternativamente la voz tierna y devota del sacerdote, que desde el púlpito reza el Rosario, y después de ella el rumor grave y solemne de centenares de voces que responden en coro.

Lupe, de rodillas, enteramente abstraída, mientras Lola reparte las flores del "aparador," ora con intenso fervor.

—Madre, madre, dice á la Virgen: recibe mi dolor que es lo único que tengo

que ofrecerte. Por tu misericordia, cuando me una para siempre con Alfonso, arranca de mi corazón el insensato amor que tengo á Guillermo. No quiero, no debo amarle ya. Pero si he de ser tan desventurada que siga embriagada con este afecto que envuelve mi alma y la penetra por todas partes, dame la muerte, para mí más dulce, que la vida, sin él.

Poco distante de Lolita, estaba en pie Pimpollo, y á su pesar vuelve constantemente los ojos hacia ella; pero cuando Lola no distribuye ramilletes ó perfumes, ora en tan devota actitud, que Pimpollo, arrastrado por el ejemplo, cae de rodillas y reza con inusitado fervor. Desea por esa tarde ser indito y recibir de manos de Lolita un ramillete, subir las gradas y decir á la Virgen: aquí te manda conmigo mi dulce Lola, acuérdate de nosotros.

Después del Rosario hubo una plática, sin galas oratorias, sencilla y rebosante de unción. Pimpollo la escuchó con los brazos cruzados, y durante ella, hizo varias veces, mentalmente, el propósito de convertirse, de gran pecador que era, en un hombre, si no de heroicas virtudes, á lo menos muy bueno.

Concluida la función religiosa, varias

ra gastado una mínima parte del tiempo que ha empleado en atesorar, en educar para el bien este corazón, en vez de los amargos frutos que ha producido, los tendría hoy de virtud en plena sazón.

Estrechó á Alfonso con amor y suavidad, llevóle casi en brazos junto á él, y le dijo:

—No se avergüence usted de haberme confiado las graves faltas de su vida; viejo soy y he visto mucho, sé de lo que son capaces las pasiones desbordadas, y todos, aun yo que ya siento apagarse en mis venas el calor de la vida, expuestos estamos á las más lamentables caídas. Ahora, ya que tuvo usted la viril entereza de comenzar una obra de reparación debida á la justicia, es necesario concluirla. Ha hecho usted ya lo más difícil.

—La concluiré. ¿qué debo hacer?

—Aquí tiene usted recado de escribir. diríjame usted una carta en la que afirme lo que me acaba de descubrir.

—¿Y se salvará así Guillermo?

—Guillermo se salvará con la carta y sin ella: lo único que logra usted con su confesión, es anticipar la rehabilitación.

—Entonces la escribiré en el acto, y Alfonso, sin vacilación, trazó rápidamente algunas líneas en el papel, firmó y en-

tregó la carta á Don Germán. Este la leyó y dijo satisfecho:

—Muy bien. No crea usted que esta carta irá á los tribunales á publicar la deshonra de usted; yo le prometo que hasta donde mi deber profesional me lo permita, seré celoso guardián de su honor.

—Gracias, gracias, repuso Alfonso, estrechando las manos del anciano y derramando aún copioso llanto; pero aquel llanto no era amargo como el que tantas veces había calcinado sus mejillas y caído en gotas de hirviente plomo sobre su corazón, sino inefable, dulce, consolador.

Alfonso se tranquilizó: el peso que le abrumaba había desaparecido; aun su orgullo en esos momentos, parecía domado.

—¡Ah! pensó: si tal consuelo y resolución tan firme se sienten confesando un crimen ante un hombre de bien, ¿qué será confesarlo ante el Ministro de Dios y oír de sus labios el perdón?

En ese momento de arrepentimiento comprendió Alfonso lo que jamás había comprendido y casi nunca había practicado; pues su madre, ebria de felicidad y su padre, ávido de oro, no habían procurado imbuir en el corazón de sus hijos la santa fe de sus mayores. La educación

religiosa de los hijos del banquero era muy superficial: misa los domingos y demás días festivos, algunas veces á medio oír, y..... nada más. Doña Carmen, anualmente recordaba á sus hijos el precepto de la Iglesia. María Teresa obedecía, no siempre de buena gana, y Alfonso engañaba á su madre, quien crédula siempre, no investigaba la conducta de su hijo. En cuanto al señor Sifuentes, nada sabía de ésto: era fiel esclavo de los negocios. Es verdad que era espléndido siempre que le pedían para el culto ó para obras de beneficencia; pero daba por orgullo y no por sólida piedad.

Qué cosa tan rara, dijo Alfonso al salir de la casa del abogado; ayer, que solamente yo sabía mi delito, era el más desventurado de los hombres; ahora que lo sabe el Lic. Olivares, y puede saberlo todo el mundo, casi me siento dichoso. ¡Ah, la sombra de ese ángel, de mi dulce esposa que empieza á alumbrar mi alma con sus apacibles esplendores!

XXVII.

Hallábase el señor Sifuentes entregado á la fatigosa labor de sus complicados cálculos, cuando Perico, parándose en la

puerta del despacho, llamó suavemente. Don Antonio levantó los ojos y vió al joven.

—¿Qué se ofrece? le preguntó.

—Siento mucho distraerle de sus continuas y graves ocupaciones; pero un negocio muy urgente....

—Siéntese usted y permítame terminar esta cuenta.

Mientras el banquero concluía su cálculo, sentóse Perico, y empezó á reunir sus ideas para hilar las frases que debía dirigirle.

—Me tiene usted á sus órdenes, dijo Don Antonio luego que hubo terminado.

Perico miró sucesivamente á los dependientes entregados todos con tezón á sus respectivas labores, y dijo luego al banquero:

—Es asunto reservado.

—Vamos adentro, repuso Don Antonio, señalando á Perico el cuarto contiguo al despacho, cuya puerta de comunicación con éste, cerró después que hubo entrado. El banqueo se alarmó, pues sabia la amistad de su hijo con Perico, y presintió una mala nueva.

—¿Qué pasa? dijo al joven.

—Hay en esta ciudad, repuso Perico, con voz clara y pausada, en un callejón de apartado barrio, un garito clandesti-

jando sobre Perico una mirada despreciativa, que no pasó desapercibida para éste.

—Agradece el chisme, pero aborrece al chismoso, pensó Perico; no importa, me he vengado. Lorenzo y Esteban serán víctimas de este poderoso.

Apenas había salido Perico y hallábase aún Don Antonio en el cuarto contiguo al despacho, cuando un dependiente le anunció la visita del Lic. Olivares.

—Que pase, contestó Don Antonio, quien ya no cabía en sí de indignación. ¿De dónde cogió dinero Alfonso? pensaba.

Disimuló cuanto pudo su excitación, en presencia de Don Germán; pero el perspicaz ojo de éste, la notó desde luego.

—Vengo, le dijo el Lic. Olivares sin ningún preámbulo, á exigir una justa reparación.

—¿Reparación? preguntó Don Antonio, abriendo inmensamente los ojos.

—Lea usted esta carta, repuso Don Germán, poniendo en manos del banquero, la carta de Alfonso.

La ira del señor Sifuentes trocóse en pavor cuando acabó la lectura, y dejó caer la carta, que el abogado se apresuró á levantar y guardó en su cartera.

—Alfonso nos ha deshonrado, dijo Don Antonio, y lloró como un niño.

Don Germán dejó desahogarse á aquel afligido padre, que en esos momentos sólo inspiraba vivísima compasión, y después de un rato, le dijo:

—Aún no está perdido todo; Alfonso puede regenerarse y yo respondo de él. Ahora lo importante es salvar su honra y devolverla á quien por su causa la ha perdido.

—Y, ¿dónde está ese malvado?

Alfonso, por su desgracia, entraba en la casa en esos momentos. Vióle Don Antonio atravesar el patio y le llamó con descompuesta voz. Alfonso tembló al oír á su padre; pero ahora se sentía más fuerte que nunca.

—Aquí estoy, papá, dijo con humildad. Y al volver el rostro y encontrarse sus ojos con los de Don Germán, fijos en él como para inspirarle valor y confianza, lo comprendió todo.

—Tú has robado la casa del señor Minjares y has arrojado á Guillermo á la cárcel.

—Sí, papá; he tenido esa desventura, he cometido crimen tan grande, y quiero remediarlo en cuanto sea posible; que se me imponga el castigo que merezco.

—Malvado, gritó Don Antonio con los ojos inyectados y chispeantes. Y tienes valor para hundir en tu desgracia á una

infeliz joven que no ha cometido más delito que amarte; y esa desventurada es ya ante la ley tu esposa; pero no, miserable, no te unirás con ella, hasta que te regeneres, si tal regeneración es posible. Si quieres, pues, ser digno del amor de tu esposa y de algún día obtener mi perdón, que ahora te niego, ve inmediatamente á expiar tu culpa lejos, muy lejos, donde no tengas ni afectos de familia, ni el paternal amparo que desde ahora te retiro. Aléjate pronto, antes que la humana justicia castigue tu delito como mereces.

—¿Qué quieres que haga?, preguntó Alfonso con los brazos cruzados y la cabeza inclinada.

—Que inmediatamente te des de alta en el destacamento de la fuerza federal que está en la ciudad y sale mañana. ¿Lo oyes?

—Sí, señor, y obedeceré; Alfonso se inclinó, besó la mano de su airado padre, quien á pesar de su ira, se estremeció de dolor, y salió del cuarto. Iba á subir á la planta alta de la casa, cuando le detuvo la voz de su padre.

—¿A dónde vas?

—A despedirme de mi madre.

—No, nunca; matarías á esa santa. Véte, yo sabré lo que le digo.

Dos gruesas lágrimas rodaron por las

mejillas de Alfonso, y salió del paterno hogar con el corazón hecho pedazos. Luego, dirigiendo la vista hacia la casa de Lupe, exclamó:

—Adiós, alma mía, adiós, quizá para siempre.

XXVIII

Don Antonio Sifuentes, después de breve silencio, suplicó á Don Germán que le esperara; entró al despacho, sacó cinco mil pesos de la caja y volvió con el abogado.

La ira de Don Antonio desaparecía gradualmente para dar lugar al intenso dolor.

—Vamos á casa de Don Ignacio, dijo al Lic. Olivares.

—Vamos.

Durante el camino casi no hablaron. Don Germán adivinó desde luego lo que el banquero iba á hacer.

El señor Minjares recibió á su colega y al abogado con bastante afabilidad, y los condujo al cuarto donde arreglaba sus negocios particulares.

—Amigo Don Ignacio, le dijo el señor

Sifuentes, comienzo por poner á disposición de usted estos cinco mil pesos.

—¿De qué procede esta suma?

—Es una restitución.

—No comprendo.

Don Antonio vió á Don Germán como diciéndole: hable usted, para que sea menor mi tormento.

—Usted, señor Mínjares, dijo Don Germán, designó á su cajero Guillermo Fernández, como el responsable de un desfalco de cinco mil pesos, que hubo en la caja de usted. Guillermo es inocente; el verdadero culpable, arrepentido de su delito, devuelve á usted por conducto del señor Sifuentes, la cantidad que extrajo de la caja de usted. Es necesario rectificar ante los tribunales, el error de que ha sido usted víctima.

Don Ignacio miró á Don Antonio sin comprender aún bien lo que se le decía, y quizá hasta pensó en que se había tramado alguna combinación para salvar á Guillermo; quien, según la opinión del Lic. Cortés, debía salir irremisiblemente condenado.

—Es verdad lo que dice el Lic. Olivares, repuso Don Antonio.

—Y, ¿qué desean ustedes ahora?

—Primero, contestó Don Germán, que reciba usted la cantidad que se le entre-

ga, y después, que en un escrito manifieste al Tribunal, que Guillermo es inocente; que si bien, al principio, creyó usted en la culpabilidad del procesado, tiene hoy seguros datos para proclamar su inocencia.

—En este asunto, repuso Don Ignacio, nada puedo hacer sin consultar á mi abogado, pues aun se ofendería si yo diese un paso del que él no tuviera oportuno conocimiento

—Tenga usted la bondad de llamarle, dijo el señor Sifuentes, nosotros le esperaremos.

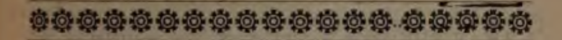
Veinte minutos después, estaba Ernesto en el despacho del señor Minjares Al ver allí al Lic. Olivares alarmóse, comprendiendo que se trataba del proceso de Guillermo. Cuando fué informado de las pretensiones de Don Germán, dijo á Don Ignacio:

—Usted no puede firmar tal escrito, porque se comprometería.

—¿Por qué? preguntó Don Antonio.

—Porque podrían seguir después el juicio de calumnia contra el señor Minjares.

—No, señor compañero, replicó Don Germán, porque Don Ignacio tuvo suficientes motivos para incurrir en error Todo depende de la redacción del escri-



I

Don Manuel de Avendaño da vueltas en su elegante despacho: adusto el ceño, sombría la mirada, pavoroso el semblante; sus pasos resuenan en la duela del piso, ora se detiene y respira con fuerza, como si á su pecho faltase aire, mucho aire; ora se deja caer con desesperación en la muelle poltrona. La rugosa faz, que en este momento infunde miedo, tiene rasgos de varonil hermosura: frente grande y prominente, donde las pasiones han abierto hondos surcos, ojos grises de penetrante mirada, que debe de haber sido burlona, pero que hoy despide fuego infernal; luenga y espesa barba semicana, constitución vigorosa, pero ya gastada, á juzgar por la densa palidez del rostro. Se halla en la tarde de la edad

del odio. Pero, ¿de dónde me ha venido este odio? ¡Ah!, de haberme amado sólo á mí, que soy tan indigno de ser querido

El más allá no le aterraba, porque rara vez pensó en ésto: el mundano placer había envuelto su existencia por todas partes, y saturado todo su sér. Aunque hombre de no escaso talento y de mucha lectura, no había dado rumbo fijo á sus ideas, y dejaba, sin preocuparse para nada, que la borrasca de ellas enturbiase el entendimiento. Sólo un principio había profesado y seguido siempre: que en la vida el hombre debe gozar cuanto pueda. Era el ateo práctico del siglo XX, ciego en medio de tanta luz, que repetía con los antiguos paganos: "La vida es breve, coronémonos de flores, antes que se marchiten."

En los momentos en que conocemos al señor de Avendaño, no vacilaba respecto de una resolución ya definitivamente tomada. No tenía en el mundo más afecto que el recuerdo de su madre, y anualmente visitaba el antiguo cementerio de "El Refugio," donde estaba sepultada, y sentía algo extraño, como una imperiosa necesidad de despedirse de aquel pedazo de tierra, de aquella silenciosa tumba que guardaba los despojos de la mujer que no había conocido, pero con cuyo caliente

regazo había soñado. Estuvo algunos instantes con el rostro hundido entre las manos é irguióse de repente, y sus ojos brillaron con siniestra llama: parecía que bañaba su alma una ráfaga de su ya perdido júbilo.

—Sí, se dijo, voy, y después todo terminará pronto.

Abrió un cajón de su elegante escritorio y sacó una pistola de bolsa de mango de concha y nácar, cercioróse de que estaba cargada y guardóla en el bolsillo del pantalón. Maquinalmente se fijó en el retrato de su padre, colgado en el centro de una de las paredes de la pieza, pero no sintió impresión ninguna; luego en el de su madre, que estaba cerca de aquél, y estremecióse ligeramente. Parecióle que aquella dulce mirada que no había tenido la ventura de contemplar, se fijaba en él suplicante; recordó que la única oración hecha por él en la vida, había sido por su madre; permaneció un momento pensativo, y luego sacudió la cabeza con violencia, como para alejar una idea, abrió la ventana del balcón, desde el cual se contemplaba el cerro de la Bufa de la ciudad de Zacatecas, con sus escarpados crestones y su manto de esmeralda, que empezaban á quemar las escarchas de Octubre. Su ciudad natal, donde habían

volado vertiginosos los años de su vida, no sólo no tenía encanto para él, sino que aumentaba su hastío. Sentía, con irresistible fuerza la necesidad de ver otros objetos, de pasar á otra vida, aunque fuese peor que la presente. Sucedíale lo que al enfermo atormentado por mucho tiempo con el mismo dolor, que desea trocarlo por otro, aunque sea más agudo. De un brusco golpe cerró la ventana, dirigióse al escritorio y, en pie, escribió con mano convulsa:

"A nadie se culpe de mi muerte; me quito la vida con plena y deliberada voluntad, porque es para mí una carga insufrible. Digo, para desengaño de muchos, que ni el oro, ni el amor, ni la gloria, ni los placeres, nada, en fin, en el mundo, puede dar al humano corazón la felicidad en la que, para nuestro mal, nos hacen creer, y que no existe en ninguna parte. La autoridad dispondrá de mi fortuna como mejor le plazca.

MANUEL DE AVENDAÑO."

Dejó encima del escritorio la carta abierta, púsose el sombrero y salió de su casa desolado, con dirección al camposanto del Refugio.

II

Concentrado Don Manuel en un solo pensamiento, no se detuvo en tomar el tranvía, y pasaba calles y más calles, sin ver á nadie, sin fijarse en nada. Mientras más andaba, era mayor la velocidad de su paso. ¡Admiraba la rapidez con que aquel desventurado corría hacia la muerte!

De improviso recordó haber leído que el suicidio era una cobardía.

—Mentira, se dijo interiormente con indignación, es una consecuencia natural de la desdicha: con una gota de la hiel que en este instante destila mi corazón, habría para envenenar los corazones de todos ¿Quién es el necio que no aparta de sí, con vigorosa mano el peso que le aplasta?

¡Ay, el insensato no tenía fe, ni brillaba para aquella ciega alma la luz de la esperanza, y cuando ésta se pierde para siempre, comienzan desde esta vida los suplicios eternos. Era, no obstante, lógico su raciocinio; pero falsas las premisas.

Sudoroso, jadeante, detúvose para tomar aliento en una de las empinadas calles que conducen á la estación del Central. Mientras respiraba con fuerza, y se limpiaba con finísimo pañuelo el su-

Doña Tula, de improviso, frunció el ceño, llevóse el índice á la boca, fijó pensativa la vista en el suelo, y después de breve silencio lanzó una exclamación.

—¿Qué tienes, mamá, interrogóle Eva.

—Pienso que si estará don Manuel enamorado de Consuelo, y nosotros vamos á hacer un papel.... vamos. nada airoso en verdad.

—Precisamente el haber buscado para abrigo de la desgracia una casa honrada como la nuestra, prueba su buena intención. Por otra parte, conocemos bien á Consuelo López.

—Tú, ¿qué dices, Juan?

—Que Eva está en lo justo.

Doña Tula no replicó ya, ocupábase en hacer mentalmente la distribución de la mesada, de modo que el nuevo miembro de la familia, no sólo no le fuese gravoso en lo más mínimo, sino que dejase pecuniaria utilidad, aunque fuese pequeña, pues la señora era económica y anhelaba el aumento de la conyugal hacienda.

—Consuelo es muy simpática, dijo Eva, me alegro mucho de que venga á vivir á casa; siempre he deseado tener una hermana, poco más ó menos de mi edad, y Dios me la ha concedido.

Mientras la familia del Río seguía comentando el extraordinario suceso, Don Manuel, con la actividad propia de su carácter, estuvo en la agencia de inhumaciones "La Casa Blanca," y dispuso que inmediatamente se buscaran dos mujeres honradas que velasen el cadáver de la madre de Consuelo, y arregló el entierro, encargando que se le pasase la cuenta de todos los gastos, y en seguida dirigióse á su casa. Hasta ese momento sintió el cansancio que le abrumaba; pero por la primera vez en su vida, extraña, íntima satisfacción mitigó su indecible amargura.

—Si esta acción, pensó, que nada tiene de grande ni mucho menos de heróica en un hombre hastiado de la vida, que odia cuanto le rodea, y abandona sin pena su fortuna, á la no muy acredita la equidad de la humana justicia, ha aligerado un tanto la pesada carga que aplastaba sin misericordia mi corazón, ¿qué sería si todas mis acciones hubiesen sido como ésta? No lo sé, pero sospecho que quizás no me habría cansado de una existencia que ha venido á ser mi mayor tormento. Mas, es demasiado tarde, para tales reflexiones; la vejez me echa ya su helada garra, y antes que debilite

claustros de la planta alta, por amplia y suave escalera.

—Aquí, le dijo su "cicerone," en el descanso de este primer tramo de la escalera, luchó con Satanás el V. P. Fr. Margil de Jesús, santo fundador de esta santa casa.

Don Manuel se fijó en el lugar señalado por el portero y fué más penetrante la burla de su sonrisa.

Concluida la escalera había una angosta galería, frente á las celdas cerradas, pues los pocos frailes que sobrevivieron á la exclaustración, no habitan en comunidad.

—En esta celda, dijo el portero, estuvo alojado Hidalgo, el héroe de la Independencia.

Don Manuel se fijó en aquella cerrada habitación, y en confuso tropel pasaron por su fantasía los principales caudillos de la guerra de independencia. En uno de los extremos de la galería estaba una puerta que conducía á cuatro amplios corredores, cuyos muros estaban cubiertos con magníficos cuadros de la Pasión; don Manuel, al fijarse en el diabólico semblante de uno de los sayones que azotaban al divino Redentor, creyó ver, como en un espejo, su propio semblanate y se estremeció. En aquel momento, Fr. Agustín,

con paso grave y majestuoso, los brazos cruzados, hundidas las manos en las anchas mangas del hábito y la cabeza inclinada, dirigíase á su celda. Salióle al encuentro el portero y le dijo:

—Este caballero desea hablar con su paternidad.

Levantó el fraile el venerable semblante iluminado por celestial alegría; clavó los penetrantes ojos en el señor de Avendaño, y díjole con exquisita suavidad:

—Pase vd., caballero.

Don Manuel entró á la celda. Estaba como embriagado con la dulce paz que se respiraba en aquel vetusto edificio.

—Cosa singular, se decía, aquí hay un aroma exquisito. ¿Existirá la santidad y habrá impregnado con su olor este recinto?

V

La celda de Fr. Agustín era un cuartito donde apenas había lugar para una tarima de madera sin colchón, una tosca mesita de pino sin pintar, un pequeño estante con libros y una silla; en las blancas paredes estaban clavadas algunas imágenes sin marco, y sobre la mesa hallábanse

un continuo tristísimo lamento: ricos y pobres, poderosos y débiles, niños y ancianos, hombres y mujeres, todos se quejan, todos lloran. Abro la Historia y resuena por todas partes y en todas las épocas, el mismo doloroso lamento; leo los eximios poetas y en el fondo de todos sus cantos, hay siempre el sombrío tinte de hondísimas penas. Pretendo matar mi hastío con las historias finjidas, y no encuentro en las mejores sino miserias, infortunios y lágrimas, hasta el celebrado Quijote, cuyas graciosas aventuras son inagotable venero de fina y delicada risa, tiene un fondo de infinita melancolía. Si hablo con los hombres, van siempre por el erial de la vida, fatigados y tristes, sosteniendo apenas el peso de graves cuidados y de continuas calamidades. La alegría del niño es nuevo dolor para la experiencia, porque sabe que es fugaz y que huye para nunca más volver. Los que como yo no han luchado cuerpo á cuerpo contra la desgracia, sino que han vivido conforme á los deseos de su corazón, bebiendo henchida y aun desbordante la copa de las mundanas delicias, se han cansado más pronto de la existencia. Yo, no sólo estoy cansado sino infinitamente hastiado; de aquí mi anhelo, grande, in-

menso por el reposo que espero encontrar en el sepulcro.

Don Manuel fijó sólo un momento la vista en el inalterable semblante de Fr. Agustín, y la bajó luego seguro de escuchar un sermón contra los vicios y contra la desesperación.

Levantóse Fr. Agustín, abrazó cariñosamente al señor de Avendaño y díjole con inefable dulzura:

—Muy amado hermano mío: como el pez muere fuera del agua, el corazón fallece fuera de la paz que es su dicha. Nada extraño hay en lo que vd. me acaba de referir, ni en las reflexiones que ha hecho. Todo es natural, lógico, horriblemente lógico; en la situación de vd., si yo no creyera en Dios y en la vida de ultratumba, obraría de la misma manera que vd.

Tan inesperada respuesta sacudió todas las fibras del corazón de Don Manuel y fijó con admiración los ojos en el semblante del fraile. Fr. Agustín lloraba, no era posible decir si de alegría ó de amor, pero forzosamente dominábale alguno de esos afectos, ó ambos, tal era la tierna expresión que resplandecía en su rostro.

—¿Qué me aconseja vd. hacer en la horrorosa situación en que me hallo? dijo Don Manuel.

chichean y la miran con significativa mirada, que aquella no quiere comprender.

—Mira, Consuelo, dice Doña Tula, es necesario que escribas la receta de las "mokas;" están magníficas.

—Sí, sí; clama Paquita, y la de los "huevecitos de faltriquera" que se han hecho según mis instrucciones, y que á Gustavo le gustan tanto, que come hasta chuparse los dedos.

—Y del turrón y de las frutas de almendra, agrega Eva, que de verdad están confeccionadas á las mil maravillas.

—¡Ay! grita Chole, este molino me pone nerviosísima. Figúrense ustedes que la loca imaginación me hace pensar que no estoy moliendo azúcar, sino vidrio y se me crispa el cuerpo y siento como escalofrío.

—Digan ustedes lo que quieran, clama Julia, los turroncitos de almendra están más dulces que las miradas de los novios.

—¡Que no!

—¡Que no!

Gritan varias voces á la vez.

—Hay de todo, hay de todo, dice Luisa; miradas que acarician, miradas que ofenden y miradas que asesinan. ¿No hay por allí quién me asesine? De antemano cuenta no sólo con mi perdón, sino con mi gratitud.

—¡Vivan los asesinos! contestan varias voces aquí y allá.

—¡Beberillo, Mimí! ¿Dónde andan esas criaturas? clama Paquita.

Mimí estaba afanosa trabajando por quitarse el otro zapatito, y sonprendida infraganti por su mamá, agárrase el pie á dos manos, para impedir que le eviten el placer de contemplar su calzado nadando en el agua del barril.

—¿Qué haces, hija? ¿Dónde está tu otro zapato, y la media? ¡Jesús, estás descalza, no vaya á darte una pulmonía!

Mimí movió la cabeza y refunfuñó!

—Vamos, responde ¿qué has hecho de tu zapato?

—Allí, contestó Mimí señalando el barril.

Paquita, haciendo mil aspavientos, saca el zapato de Mimí empapado en agua, y váse con ella á las piezas interiores para cambiarla de medias y calzado. Bebé entre tanto, jinete en el bastón de Don Juan, corre desaforado por en medio de aquellas laboriosas abejas, más dulces que las confituras que preparan, y rueda aquí un turrón, allá una pera cubierta y la punta del bastón atraviesa por la miel y sale empapado en ella, y las zumbantes abejillas, encolerizadas, espantan al inquieto Bebé, que no refrena su desbocado cor-

sonjeras, y hasta logró el placer de que Julia, á hurtadillas, pusiera en la boca del joven esposo un pedazo de turrón.

Paquita, con presuntuosa suficiencia daba órdenes por todas partes, que en lo general, eran obedecidas; pero casi siempre censuradas á "sotto voce." Cuando su fatigosa labor lo permitía, plantábase al lado de su esposo para servir de dique al desbordante torrente de sus galanterías.

VII

La calle, desde frente á Catedral hasta la mitad de la de "Tres Cruces," hállase rebosante de gente; el constante vocerío, ora apagado, ora fuerte, óyese por todas partes como si estuviese hirviendo inmenso crisol; junto al borde de las banquetas del Poniente, hay larga hilera de mesas de distintos tamaños, unas cubiertas de dulces, otras de juguetes; aquí suena un pito, allá una corneta, acullá vocife ran los chiquillos señalando con el índice a papá lo que quieren comprar.

—¡Mi muerto, mi muerto! dice aquella joven á su amiga, antes de saludarla.

—¡Mi muerto, dame mi muerto, toma

tu muerto! tales frases escúchanse por todas partes.

El día primero de Noviembre todos en Zacatecas piden su muerto, el cual consiste en un obsequio, y los dulces llévanse generalmente la preferencia. Los niños nunca lo perdonan, y el papá cargado de familia necesita sacrificarse, si es preciso, para comprar á sus hijos cualquier juguetito ó golosina, aunque sea de escaso valor. Las familias concurren á la calle de "Tres Cruces," donde mientras eligen los muertos, deléitalas la banda, que cada quince minutos toca en el kiosco de la plaza de Armas, frente á las mesas.

Da lástima en esos días y los siguientes—pues los puestos duran algunos—contemplar á los miserables granujas del pueblo, desheredados de la fortuna, sin un centavo que gastar, que miran con faz doliente y tristísimos ojos, los juguetes y dulces de que no pueden gozar. ¡Cuántos de esos infelices por la primera vez sienten que les muerde el corazón la serpiente de la envidia, ó en lo íntimo de su alma maldicen una existencia para ellos de constantes privaciones! Tales pensamientos vinieron á la mente de Don Manuel de Avendaño, que forrado en un largo sobretodo gris, observa con vivo interés á un chicuelo como de cinco años, que absorto,

convirtiendo á Don Manuel de Avendaño, ante quien, según pública opinión, el Don Juan de Lord Byron era un arcángel.

Más de una vez Consuelo desmintió las consejas inventadas por el ocio de los desocupados, por la imaginación de los curiosos y por las exageraciones de los buenos; pero ¡quiá! ¿quién iba á creerla? Era parte interesada, y su dicho nada valía para sus admiradores.

Algunas pollitas guardaban oculto rencor á la huérfana, porque los trovadores de aquellas alejáronse para correr desalados tras de aquellos ojos de cielo á la mitad del día, tras de aquel continente que aunaba á la majestad de reina la dulzura de ángel.

El más terco de los adoradores de Consuelo es César, joven alto, robusto, de enormes bigotes y de marcial aspecto. Es el primogénito de una familia rica y de ilustre prosapia. Cuando César, ginete en su magnífico potro de relumbrante negro, se pasea vestido de charro por las calles de la ciudad, vánse tras él las miradas de las niñas que quieren marido, ó siquiera novio, y no pocas veces á las pisadas del brioso corcel que truena en las piedras del pavimento las herradas pezuñas, responden los suspiros de las bellas

zacatecanas que contemplan al galán como las reinas de los torneos de antaño al caballero victorioso. César sabe el alto prestigio de que goza entre el bello sexo, y más de una vez la vanidad desequilibra aquella cabeza de no escaso juicio, y afemina aquel carácter impetuoso y varonil. No cree, no puede creer que Consuelo no le quiera. ¡Imposible! ¿No quererle á él, que es irresistible? No puede ser ¿Qué sucede, pues? Que la huérfana se hace del rogar para asegurar mejor su presa. Esto piensa César, qué ha de hacer, se dice, rogarle á la niña, su conquista tiene para mí inmenso atractivo. Además, ¿qué van á decir mis amigos si no venzo? Que hubo una hermosura que no se me rindió. Esto no, jamás. ¡Qué vergüeza me daría!

Angelito y César dirígense hoy domingo á la casa de Gustavo Vivanco, es el cumpleaños de Beberito, y van á felicitar á sus papás; pero esa atención de la amistad es el pretexto para buscar á las soberanas de sus corazones. Caminan por distintos rumbos, pero ambos soñando con la posesión del objeto amado.

—¿Y á mí otra rorra? clamó Mimí.

—Quietos, niños, murmuró con solemnidad Doña Tula. Ea, á sentarse y á tener juicio delante de la gente.

Gustavo reunió las prendas en su sombrero y lo cubrió con su pañuelo.

—Ven aca, Mimí, dijo á su hija, mete la mano en mi sombrero y saca una prenda; la dueña de ella pedirá un abrazo rogado.

—El anillo de mi prima Eva, dijo Mimí, levantando en alto el brazo con la prenda en la mano.

—¡Ay Dios! exclamó Eva; no, yo no pido abrazo, cámbienme la sentencia.

—A pedir el abrazo, clamó Julia.

—Sí, Eva, repuso Gustavo, las sentencias son irrevocables.

Eva miró sucesivamente á César y Angelito, que estaban á uno y otro lado de ella; aquél se atuzaba solamente el lado izquierdo del bigote y movía el pie de la cruzada pierna, como si estuviera llevando el compás de un "allegro;" éste se acariciaba con el pulgar y el índice de la diestra, la punta de la barba, y con los ojos bajos veía la alfombra sin mirarla.

—¿Me da usted un abrazo? le dijo Eva de repente.

Alzó Angelito trémulo los ojos, abrió los brazos y dijo emocionado:

—Si, Eva, con mucho gusto.

—No, no, clamaron muchas voces á la vez, si ha de ser rogado; y Julia, abalanzándose hacia Angelito, y poniendo las manos en los hombros del joven, le obligó á sentarse.

—Pues ¿qué digo? murmura Angelito desconcertado.

—Que no da el abrazo hasta que le rueguen mucho.

—Por Julia, dijo Eva.

Angelito miró á Julia, que había vuelto á sentarse, y ésta, levantando el índice á la altura de la boca y riéndose con coquetería, le hizo una señal negativa.

—No, contestó Angelito.

—Abajo Julia, gritaron varias voces,

—¡Válgame Dios! pues á quién querrá usted mucho, dijo Eva con dulzura, dirigiendo una tierna mirada al joven con la maligna intención de que rabiara Ricardo.

A la luz de aquella mirada, Angelito cegó por unos momentos y su corazón palpitaba con violencia.

—Pídeselo por mi tía Tula, gritó Mimí.

—Pues por mi mamá, dijo Eva.

—Sí, con toda mi alma, por su mamá, clamó Angelito abrazando á la joven antes que se lo impidieran, y no obstante su

turbación, pudo apenas murmurar al oí
do de Eva: Y por usted.

—Arriba Doña Tula, gritó Julia.

—Arriba su suegra, clamó Bebé, ave
gonzando á Angelito hasta un grado ta
que poco le faltó para caer de bruces
suelo, y provocando la hilaridad de lo
concurrentes.

—Malcriado, dijo Paquita á Bebé, q
comprendiendo que había caído en grac
repetía á gritos:

—¡Arriba su suegra, arriba su suegr

Sólo Ricardo guardaba silencio, arr
gaba el ceño y movíase de uno á otro
do de su asiento, como si en él encontra
espinas.

—¿Me das un abrazo? dijo Eva á J
lia.

—No.

—Por tu novio.

—No tengo.

—Por Gustavo.

—No.

—Por Paquita.

—Uno y mil, dijo Julia estrechan
con fuerza á Eva entre sus brazos, mi
tras Paquita le decía:

—Gracias.

—Viva mi mamá, gritó Bebesito, tir
do á lo alto la gorra de marinero, q
cayó ladeada en la cabeza de Angelito

Ricardo fué el único que lanzó estrepitosa carcajada, pues los demás supieron contenerse. Eva, para vengarse de aquella falta de Ricardo, quitó suavemente la gorra á Angelito.

—Aturdido, gritó Paquita á su hijo, váyase para el corredor.

Siguió Eva pidiendo y recibiendo abrazos con gran contentamiento de los circunstantes, y al llegar frente á Ricardo, vaciló un momento, y fingiéndose distraída, se sentó en el lugar que le correspondía.

—Te falta Ricardo, exclamó Julia, ¿le tienes miedo?

—Ah, sí, repuso Eva, levantándose, se me había olvidado. Dispense usted, Ricardo.

El joven ingeniero la veía de hito en hito, con una mirada de profundo cariño y de tristeza á la vez. Eva, al contemplar aquellos ojos que tantas veces habían hecho latir su corazón, sintió deseos de llorar.

—Ricardo, dijo conmovida, ¿Me da usted un abrazo?

—¿Por quién? le preguntó el joven.

—Por Luisa.

—Quiero mucho á mi hermana, pero...

—Por quien quiera usted más en el mundo.

da. Pero el asombro de la anciana lleg á su colmo, cuando el amo, ya en el comedor y después de pedirle con voz suave y aun zalamera, el desayuno, le dijo:

—¡Qué feliz soy, Felipa, qué feliz soy!

¿Dónde había ido su amo á encontrar una dicha de la que toda la vida había estado muy lejos?

D. Manuel sentíase rejuvenecido; admiró por la primera vez las obras de arte que adornaban su despacho; miró con inefable amor el retrato de su madre, y mientras extasiado lo contemplaba y sentía en toda su intensidad el cariño filial, dos perlas del alma brotaban de sus ojos y caían sobre aquella carta escrita por él hacía poco tiempo y que aún estaba abierta sobre su escritorio. Al mirarla Don Manuel vinieron á su mente de un sólo golpe los amargos recuerdos de aquel día de desesperación, y por un momento obscurecióse su rostro. Tomó nervioso la carta, hízola pedazos y volvió el semblante hacia el retrato de su madre, que parecía sonreirle, No pronunció ni una palabra, pero entre la madre, viva por el amor en aquella imagen y el hijo resucitado, hubo misteriosa comunicación, inefable corriente de afectos, íntimo abrazo de almas. Aquel diálogo mudo, tierno y hondo, muy hondo, terminó con un profund

suspiro de Don Manuel (y con una despedida rebosante de consuelo y esperanza; podía traducirse en esta frase: hasta el cielo.

Abrió el señor de Avendaño la ventana, como si buscase aire y contempló el mismo panorama que poco tiempo hacía creyó ver por la última vez: la árida colina de la Bufa desnuda ya de su escaso follaje, como conteniendo á la ciudad que trepa audaz sobre su falda; en la cumbre el templo de la Virgen del Patrocinio; en el crestón grande, la cruz, y en el chico, el observatorio meteorológico. En ese momento sonaron con alegre repique las campanas de la torrecilla de la iglesia, llamando á misa. Aquellas vibrantes voces impresionaron como nunca á Don Manuel. ¿Qué tienen los sagrados bronces que hablan hoy á mi alma con un acento al par tierno y solemne? pensó el señor de Avendaño. Escucharé esa voz, se dijo, y poniéndose el sombrero salió de su casa con dirección á la Bufa.

Unos cuantos fieles estaban en el templo, y al entrar el señor de Avendaño, todos clavaron en él la vista con asombro. Don Manuel nada observó, iba embebido en sus pensamientos. A la hora solemne de la consagración, mientras el sacerdote levantaba en alto la inmaculada Hostia, el

tenaz el pensamiento de huir de aquel
casa á donde nadie supiese jamás de ell
Don Manuel despidióse de Consuelo,
la niña se quedó sola con sus pensamie
tos y con su dolor. Yo, se decia, naci só
para sufrir: al lado de mi madre arrast
una existencia de constante trabajo y
miseria sin término; hoy casi vivo en
holganza y nada falta á las necesidad
de mi cuerpo, pero mi alma se muere
hambre, de voraz hambre de amor. ¡M
dre, madre, exclamó sollozando, llévan
contigo!

XIII

Al salir Don Manuel de la casa del s
ñor del Río vió á Eva en el balcón y
saludó cortesmente; parecióle que en
semblante de la joven se pintaban la i
quietud y la aflicción. Sintió pasos des
guales y apresurados, volvió el rostro
divisó á Ricardo que iba tras él. Compre
dió Don Manuel que el joven quería h
blarle y se detuvo. En efecto, Ricardo
acercó á Don Manuel, saludóle y díjo
con ronca voz.
—Señor Don Manuel, en busca de u

ted iba; tengo urgentísimo negocio de que hablar á usted.

—Me tiene usted á sus órdenes, voy para mi casa, es decir, para la casa de usted, respondió Don Manuel.

—Pues vamos, repuso Ricardo.

En ese momento notó el señor de Avendaño que Ricardo hallábase en el primer período de la embriaguez, pero no quiso retirar sus palabras. Sea lo que fuere, pensó, mejor es saberlo luego. Aquel carácter, prodigiosamente activo, por tantos años empleado en el mal, había cambiado de rumbo, pero no de modo de ser. Oyó Don Manuel con atención la entusiasta locuacidad del joven ingeniero; las palabras brotaban de sus labios henchidas de fuego; le hablaba de sublime amor, de inacabable felicidad, de Eva, del Sr. del Río, y hasta de Angelito. D. Manuel pudo fácilmente deducir de aquella explosión de enamorado semibriago, los deseos del joven, oyóle con calma y al llegar á la puerta de la casa, díjole cortésmente:

—Pase usted.

Ya en el despacho, la explosión de Ricardo se desencadenó con mayor ímpetu, y el joven acabó por suplicar al señor de Avendaño, que inmediatamente le pidiera al señor del Río la mano de Eva, pues te-

mía que la obligasen á casarse por fuerza con Angelito.

—Ya he prevenido de todo á Eva, añadió.

Entonces comprendió Don Manuel la angustia de Eva; sin duda había notado que Ricardo se hallaba exaltado por el alcohol y temió que aquél cometiese los mayores desaciertos.

El señor de Avendaño miró compasivo al joven Ricardo; cuántas y cuán graves faltas había él cometido, é hízose el propósito de salvar á Ricardo del abismo de los vicios hacia el cual corría á todo correr.

—Ayudaré á usted en todo lo que pueda, le dijo, pero antes de dar el paso que usted quiere, necesito tener con usted una conferencia que hoy no puede verificarse.

—¿Por qué, señor?

—Porque no es conveniente.

—Pero si entretanto Angelito.....

—Es injustificada la ansiedad de usted, y más aún su temor. Nos veremos mañana.

Ricardo, con la terquedad de los briagos insistió impertinente en sus pretensiones; Don Manuel sintió que su fogoso carácter se enardecía, pero, cosa verdaderamente maravillosa para un hombre acostumbrado á hacer triunfar siem-

pre su voluntad, supo dominarse, y él mismo, admirado, pensó: soy otro hombre.

A duras penas resignóse Ricardo á diferir la entrevista hasta el día siguiente, y después de despedirse repetidas veces del señor de Avendaño, dirigióse de nuevo á la casa de Eva con la resolución de apostarse todo el día frente á los balcones hasta recibir contestación de la carta que había enviado á su amada.

De paso tomó en la cantina "La Lonja," un ajenjo cargadito y continuó su marcha.

En vano esperó Ricardo largo rato la contestación, los balcones permanecieron cerrados y no tuvo el menor indicio que alentase su esperanza.

Si el amante joven hubiese penetrado á la sala, hubiera visto á su amada llorosa y afligida, desahogándose en los brazos de Consuelo, que unía sus lágrimas á las de aquélla.

—Todas mis ilusiones se desvanecieron para siempre, decía Eva á Consuelo. ¿Viste el estado en que andaba Ricardo? Joven, de buen talento, de carrera profesional, tiene abiertas de par en par las puertas del porvenir, y todo puede perderlo por su conducta. Mentira parece que el vicio tenga tal poder sobre los hombres! y más sobre los buenos, porque estoy se-

Aquellos ojos habían murmurado c
Paquita.

¡Vanidosa! habíanle dicho. Y en l
murmuración había verdad; creíase P
quita sin competidora en la confección c
ciertas especialidades culinarias, y
cierto era que sabía hacer algo, pero m
nos, mucho menos de lo que ella pres
mía.

—Siéntense ustedes. Me han sorpren
do y me han encontrado en una traz
que me da pena, dijo Paquita, alizándo
con la diestra la despeinada cabeza. Pe
tiene una tanto quehacer en casa. Vamo
¿qué saben de nuevo? añadió sentándo
cerca de sus amigas.

—¡Nada sabes tú! dijo Julia fingien
sorpresa.

—Nada, ¿de qué?

—Si hasta lo gritan por las calles

—Pero, ¿qué?

—Que Ricardo, el novio de tu prim
se embriagó, armó una bronca fenomer
en la casa de una actriz alegre, y le l
varon á la cárcel, donde pasó la noch
aseguran que, á no haber mediado la
fluencia de Don Manuel de Avendañ
consignan al escandaloso al Juzgado
turno del ramo penal.

—Yo ya le he dicho á Eva, añadió Ch
le, que le dé su pasaporte al ingenieri

Una muchacha tan guapa y tan buena como Eva, merece otra cosa. ¡Vaya si la merece!

—¡Claro! repuso Julia.

Paquita oía azorada á sus amigas.

—Y yo ya conocía á esa actriz, pues también se la llevaron á la cárcel, murmuró Chole. Estaba por casualidad en el balcón, cuando la ví pasar. Y si vieras, Paquita, es muy hermosa y muy joven, y ¡qué bien viste!

Chole mentía, pues no fué casual su salida al balcón, sino con deliberado propósito acechó á la actriz para conocerla, y una hora larga soportó pacientemente el viento que en aquella mañana era bastante frio.

—¡Válgame Dios! clamó Paquita, ¡qué vergüenza para la familia! Es necesario que mi tía Tula y mi tío Don Juan lo sepan todo, absolutamente todo.

—Precisamente por eso te lo referimos dijo Julia. ¿Qué se diría de Eva si sigue en relaciones con Ricardo?

—A eso hemos venido, agregó Chole.

En esto sí decía verdad la joven, pues desde la hora y punto que supieron el acontecimiento, desesperaban por la ansia de referirlo; ya lo habían contado hasta á las conocidas. Como el poeta halla placer en impresionar á los espectadores

jando el sombrero sobre una silla. El atundimiento de los niños paralizóse de improviso y quedáronse boquiabiertos al contemplar aquel primor de nacimiento.

—¡Qué bonito! gritaban entusiasmados, mientras Paquita devoraba á besos á sus hijos.

XVI

Muy de madrugada, abrigado con sobretodo color de avellana, pantalón y sombrero negros, guantes del color del abrigo y bastón de plateado puño, salió de su casa don Manuel de Avendaño con dirección á la casa de Ricardo. El magno escándalo dado por éste había sido de fatales consecuencias; á la media noche fué llevado á la cárcel y de ella salió al amanecer del siguiente día, gracias á la influencia de D. Manuel. Ricardo fué á la casa de la actriz con un improvisado amigo de parranda de quien no tenía ningunos antecedentes; el tal amigo perdió con las frecuentes libaciones alcóholicas, la poca discreción que podía suponérsele—si es que alguna tenía—y dirigió á Ricardo groseras alusiones y chistes picantes que excitaron la ira del joven ingeniero; colmó la medida

una galantería que el provocador amigo dirigió á la actriz, galantería que Ricardo juzgó ofensiva, y á las palabras siguieron las obras; hubo mojicones y aun empuñaron pistolas las ofensivas manos de los contendientes; pero la actriz se interpuso entre ambos y mientras con desaforados gritos llamaba á los gendarmes, contuvo á los rijosos, no sin recibir algunos golpes, que como no fueron en el rostro, no mostraban ninguna señal. Conducidos todos á la cárcel y calmados ya los ánimos, negaron que hubiese habido riña, y sólo fueron condenados por la autoridad política á treinta días de arresto. A instancias de Don Manuel, el Jefe Político conmutó á Ricardo en multa el arresto. Tales fueron los hechos; pero para el público habían sido mucho más graves, pues los que andaban siempre á caza de interesantes noticias, añadían algo al suceso, hasta desfigurarlo completamente.

Cuando don Juan del Río y su familia fueron enterados por Julia y Paquita de todo lo acaecido, ya tenían vaga noticia del escándalo. Eva era dócil y sus indignados padres no necesitaron esforzarse para persuadirla á que dejase para siempre unas relaciones que la conducían á su desdicha cierta.; pero más que la docilidad de carácter y el amor y respeto filia-

zaba esas faltas, que para sus subalternos, enseñados por codiciosos patrones y empedernidos por los malos hábitos, no eran tales, y para Angelito eran agudísimas espinas que frecuentemente turbaban la paz de su conciencia. En lo que jamás tuvo el joven patrón el menor escrúpulo, fué en engañar al Fisco. ¡Qué iba á tenerlo! Si yo digo la verdad en las ventas y manifiesto con sinceridad mi capital, pensaba, bien pronto los impuestos me obligarían á pedir limosna. Antaño el baluarte del comerciante estaba en el secreto de todas sus operaciones, hoy que nos han obligado á manifestarlo todo, absolutamente todo, nos han dejado por único baluarte la mentira. ¡Caiga sobre los legisladores fiscales tal pecado!

Y Angelito juzgaba que aquellas mentiras, no sólo eran necesarias, sino hasta meritorias, porque defendían la fortuna del hombre trabajador contra lo que él llamaba la insaciable avaricia del Fisco.

Los nombres de Eva y de Consuelo sonaban constantemente en la conversación, y á los suspiros de Angelito respondían las baladronadas de César.

—Yo, decía, no he encontrado hasta ahora, quién me desaire; he tenido muchas novias, y de las más encopetadas: Petra, Juana, Mariquita, Berta y Altagra-

cia. Muchas se me han insinuado antes que yo á ellas; pero esta huérfana vale más que todas juntas. Me parece más guapa y apreciaría su conquista más que las de las anteriores. Hasta le haría el honor de casarme con ella.

—Con el tiempo lo conseguirás todo repuso Angelito.

—Ya lo creo: se está dejando querer para asegurar el golpe. Hace perfectamente, por vida mía. Tengo bien ganada fama de loco, y es justo que desconfíe de mí.

—¡Quién pudiera esperar lo mismo! dija Angelito después de un prolongadísimo ¡ay! ¡He sido tan desafortunado en amores! No he tenido hasta ahora ni una novia, y he pretendido á siete, por lo menos; pero la verdad es que ninguna me ha fascinado tanto como Eva. ¿Verdad que es muy hermosa?

—Lo es en efecto, y ¿qué dices de Consuelo?

—Es también muy bella.

La verdad es que Angelito permanecía soltero porque, hombre de delicado gusto y de buen juicio, había siempre pretendido á jóvenes de positivo mérito; si él hubiese querido esposa á todo trance, hubiérale sobrado niñas interesables, desesperadas solteronas, guapas viudas enemigas de la soledad, y aun hubiera sido de-

—Tú triunfarás, le dijo á Angelito, tienes de tu parte á doña Tula y á don Juan.

Estupefacto se quedó el enamorado joven á quien, delante de Eva y de sus padres, más que la cortedad de carácter, le cegaba el aturdimiento del amor, y no había llegado ni siquiera á sospechar que sus pretensiones contasen con tan valioso apoyo. Dilatóse el corazón de Angelito con la esperanza; obligó á César á descender hasta los más insignificantes pormenores que fundasen aquella consoladora aserción, y locuaces y alegres, entraron en el jardín de las ilusiones, forjándose las más hermosas para la próxima cena de Nochebuena, que darían el señor Vivanco y su esposa á sus amigos y á la cual asistirían en pos de la anhelada ventura.

XVIII

La sala de la casa de Paquita está rebosante de luz, y el rumor de la alegría sale por las rendijas de los balcones y atrae á los curiosos que se agrupan frente á ellos. El piano, en el que, en otro tiempo recibió Paquita algunas lecciones, y que lo abandonó porque tenía música de sobra con

Mimí y Bebesito, había sido sacudido y afinado la víspera. Paquita había tocado mucho y muy bien, según ella decia; pero estaba algo empolvada, motivo por el cual invitó á Julia para que tocase aquella noche. Julia no era una profesora, ni mucho menos, pero tocaba lo suficiente para poder acompañar á los que esa noche dirigiesen sus tiernas estrofas al Divino Niño. Gustavo recibía á los invitados y Paquita daba la última mano al comedor, colocando en vistosos jarrones los exiguos ramilletes formados con las pocas flores de invierno que pudo conseguir, incluyéndose las de las macetas de casa. Julia dejó sola á Paquita, pues á la inquieta joven atraíanle las reuniones con invencible atractivo; aquellos ojos negros buscaban siempre, como por instinto, víctimas á quienes asaetear. Julia no era perversa, tenía excelente fondo, pero como todos los desventurados hijos de Adán y Eva, tenía sus flaquezas. Habíala Dios dotado de simpático rostro y de dos mortíferos luceros que podían dar al traste con la libertad mejor cimentada. Sabíalo ella con plena certidumbre, y había tenido especial delectación en esgrimir aquellas armas contra la humanidad masculina, particularmente contra la juventud, entre la cual contábanse algunas víctimas, á quienes la

¿No me ve usted á mí? Si estoy muerto... ¡Asesina! gritó Gustavo sonriendo.

—Allí viene un muerto, clamó Chole señalando al doctor Vélez.

Gustavo y Julia volvieron el rostro alarmados, mientras Chole corregía la frase, agregando:

—Digo, un muerto, víctima de los ojos de Julia.

El doctor Vélez saludando con una inclinación de cabeza y con un pausado y grave: buenas noches, señores, se presentó en la puerta de la sala. Gustavo corrió hacia él.

—¡Oh, señor doctor! díjole tendiéndole la mano, pase usted, pase usted. !Qué gusto de verle en su casa! Es una reunión de confianza; mi esposa ha preparado una modesta cena para ustedes que se lo merecen todo—aquí los ojos de Gustavo se volvieron á todas partes—Yo quería que fuésemos al Casino, pero Paquita opinó de otra manera, y yo sospecho que fué por tener ocasión de ofrecernos esos buñuelos que llama "soberbios" y "humildes," y que saben á gloria, digo, para mi gusto.

—Y que, aunque me esté mal el decirlo, interrumpió Paquita, que al entrar había oído las últimas palabras de su esposo en Zacatecas los han elogiado mucho.

—Estoy seguro de que merecen tales

elogios, murmuró el doctor saludando á la joven esposa.

Julia y Chole se miraban: la murmuración empezaba por miradas.

—Hijo, hijo, ¿no sabes que viene Luisa Ramos? le he mandado ya tres recados, y en el último accedió á mi súplica. ¡Pobre muchacha! que se divierta. ¿Por qué ha de pagar ella las faltas de su hermano?

—¿Oíste? le dijo Julia á Chole: va á venir la "muchacha."

—¿Qué te extraña? contestó Chole, mi papá tiene dos hermanas setentonas, y cuando las va á visitar nos dice siempre á mamá y á mí: Voy á ver á las muchachas. Y Chole y Julia se rieron alegremente.

Ahora la murmuración reía.

La concurrencia animase de improviso; Bebesito y Mimí, en unión de otros chicuelos, saltan jubilosos: la familia del Río acababa de entrar á la sala, y don Juan y su esposa eran los padrinos elegidos para acostar al niño.

—Ya llegan los padrinos, gritó Bebesito.

—¡Vivan los padrinos! clamó Mimí.

—¡Vivan! contestaron en coro los demás chicuelos.

Gustavo salió al encuentro de los que llegaban, ofreció un brazo á doña Tula y

do se le subió un poquito el vino, como á tantos se les ha subido, desde Noé, según he oído decir, que, como sabes, era un santo. Eso es muy disculpable. No te preocupes por esas pequeñeces.

En esos momentos, doña Tula y don Juan aparecieron en la puerta de la recámara; llevaba aquélla al Niño Jesús en un cojín de raso blanco bordado de oro. Julia corrió hacia el piano para acompañar al coro que cantaba:

"Aromas se quemen
de plácido olor:
delante del Niño
derrámense flores;
adórenle reyes
y pobres pastores,
y cantos entonen
al Dios Salvador."

En seguida, Julia con robusta voz cantó la estrofa:

"Son bellísimos tus ojos
Y rizado tu cabello,
Como alabastro tu cuello,
Pura tu boca infantil.
¡Qué agraciados son tus brazos!
Tus manos ¡qué delicadas!
Suavísimas tus miradas
Como las áuras de Abril."

Entre tanto, los padrinos, recorriendo la sala presentaban al Niño á los concurrentes para que le adorasen. Concluída la adoración, Doña Tula acostó al Niño, sobre el musgo preparado en el portalito del nacimiento y los pitos de agua, los panderos las castañuelas, las campanitas, sonaron á la vez acompañados de la jubilosa algazara de los chicuelos, que aumentó cuando doña Tula, tendiendo la diestra hacia una gran bandeja que le presentó Eva, empezó á arrojar puños de cacahuates y confites á los niños.

En esos momentos entró don Manuel de Avendaño; después de saludar, se quedó contemplando con inefable sonrisa á los regocijados chicuelos. Tenía para él poderoso atractivo la inocencia. Quizá, pensaba, como he sido tan malo, me encanta lo que perdí desde niño.

—Mira, mira al nuevo San Agustín, dijo á su vecina una jamona emperegilada de cuerpo y destartalada de juicio, que adelgazaba la voz como niña consentida, y en la imposibilidad de atrapar marido, aunque estuviese ya picado de la polilla de la edad, perseguía con suplicantes miradas á los jóvenes imberbes.

—Dicen que era muy malo, contestóle la vecina.

A cada comensal se le sirvió un jarro del atole elegido y un platillo de buñuelos de distintas formas, tamaños y colores; los había redondos, esponjados y lustrosos; pequeños, azules, rosa, verdes y blancos en forma de rombo; delgados como papel y revolcados en polvos de azúcar y canela; "taquitos" rellenos de crema ó cajeta, para la confección de los cuales era Paquita una notabilidad, á lo menos, por tal fué reconocida y unánimemente aclamada por los invitados.

Entre buñuelo y buñuelo y tragos de atole, César, Fausto y hasta Angelito, aunque con menos bríos, emprendían el asalto de las sitiadas fortalezas.

—Consuelo, dijo César, una reina estaría satisfecha de ser amada como amo yo; pero usted....

—Le agradezco su cariño, mas no puedo corresponderle.

—¿Tiene usted novio?

—No.

—¿Me prometeré siquiera esperar?

—No lo sé.

Y César suspira, atúzase el luengo bigote y quédase contemplando aquel rostro de atractiva suavidad.

—Julia, me haces sufrir mucho, dijo el doctor.

—¿Por qué? contestó la joven con son

risa que parecía traidora y fijando en Fausto aquellos triunfadores ojos.

—Porque... mas no quiero mortificarte; me conoces, soy egoista, y te amo tanto, que no quisiera que nadie me robase ni una mirada tuya.

—Eres celoso, ó lo que es lo mismo, tonto. ¿Qué, porque una tiene novio ha de cerrar los ojos para no ver á nadie?

—Si yo no exijo tanto; pero tus amigas te censuran, y yo.....

—Para la media noche estamos á mano; ojo por ojo, diente por diente, ó lo que es lo mismo: censura por censura. ¿Quieres que sea hipócrita como algunas de ellas? Te quiero, mi guapo, y me has de querer así como soy, con todos mis defectos. Dijo, y se quedó mirando á Fausto, como acariciándole con la vista. Este suspiró y correspondió rendido á la tierna mirada de Julia.

—Yo la quiero de verdad, decía Angelito á Eva.

—Gracias, Angelito.

—Pero ¿nada me dice usted?

—Ya se lo he dicho: agradezco ese cariño.

—Mas, yo quisiera.....

El joven no pudo continuar, anudósele la garganta, bajó los ojos, y de ellos se escaparon dos lágrimas. Eva enterneció-

dita y cree. Si yo siento placer en una sóla obra buena, piensa, el hábito del bien obrar, forzosamente tiene que regalarme con dulzuras para mí hasta hoy no sentidas. He aquí el camino de mi felicidad, que en vano busqué en otra parte. La gracia terminó la obra empezada y el señor de Avendaño gustó, en efecto, dulzuras que jamás había gustado.

Había probado una gota, una sola gota del manjar que hinche los corazones de los buenos, y aquella suavidad incomparable, no sólo curó el hastío, sino que le infundió hambre de sólidos y duraderos bienes. Tranquilo y feliz pensó que en el mundo nada podría ya turbar aquella ventura, ni arrebatarle la paz, valiosa recompensa de las buenas acciones. Mas ¡ay! olvidaba que la tierra es un campo de eterna lucha; que la tentación es la implacable enemiga de los justos y que sólo ciñe la inmortal corona el que sale victorioso hasta el fin de la jornada. Sintióse lleno de vigor y de vida, como si para él empezase una nueva juventud, y las malas pasiones empezaron de repente á erguirse pujantes y amenazadoras. Don Manuel recibió con despreciativa sonrisa las embestidas de aquellas fieras desterradas que volvían hambrientas al corazón donde fueron cebadas hasta el hastío. Confiado

dejólas acercarse mucho, y presto sintió el golpe de su enconosa garra. Los abandonados placeres le llamaban á gritos, y prometíanle, no el anterior desconsuelo y cansancio, sino perdurables delicias. Crecía gigantesca ante sus ojos la belleza de las jóvenes, á quienes miraba, y amorosas visiones arrullaban su intranquilo sueño. La tentación le perseguía por todas partes, le acechaba, le acometía impetuosa y casi le derribaba. Inconscientemente pensaba que no eran los placeres los que le habían hastiado, sino su falta de discreción en no gozarlos moderadamente; aun llegó á admirarse de haber creído que la satisfacción de sus gustos le hubiese conducido hasta las puertas de la muerte.

La lucha se prolongaba y había instantes en que don Manuel lloraba, y no sabía si aquel llanto era de temor, de pena ó de desaliento.

A su pesar presentábanse á su imaginación, sonrientes y provocativos, los hechiceros semblantes de jóvenes á quienes antaño había conocido; pero con insistencia tal, que algunas veces aquel carácter vivo y enérgico, ardió en ira por no poder alejar de sí las visiones que le conturbaban.

Huía don Manuel cautelosamente del

ocio y de la soledad; pero por la noche, apenas reclinaba la cabeza en la almohada, desfilaban ante su mente en seductora procesión, las beldades que había tratado. En voluptuoso adormecimiento estremeciase de placer, parecíale escuchar misteriosos cantos y aspirar arrobadores perfumes, y todos los recuerdos de una vida disipada, venían á su calenturienta imaginación despojados de su deformidad y revestidos de fascinador atractivo.

La astuta tentación murmuraba al oido del rico zacatecano: No supiste gozar, por eso te cansaste. A medida que la tormenta arreciaba, sentía debilitarse la resolución de ser bueno. El camino del deber parecíale áspero y triste; despertaba sudoroso, jadeante y se desahogaba en suspiros del peso que le oprimía.

Después de una de esas noches de combates más terribles que los de un poderoso ejército contra otro no menos fuerte; combates silenciosos, que harían llorar de lástima ó temblar de espanto al que los comprendiera, don Manuel sintióse completamente desfallecido.

Entraba la luz del matutino crepúsculo por la semientornada ventana de la alcoba y huían las nocturnas visiones, pero permanecían y aun se vigorizaban las impresiones por ellas producidas.

Don Manuel abstraído, malhumorado, no gozó del suave regocijo que en otro tiempo inundaba su espíritu al sentir el rumor de un nuevo día. Levantóse contrariado y mohino, se desayunó de mala gana y fuese á su despacho. No podía trabajar, su espíritu estaba inquieto. Levantó los ojos al cielo con visible desaliento, dejóse caer en un sillón, hundió la cabeza entre las manos, y quedóse en profunda meditación. ¿Parlamentaba con el enemigo, ó era el momento decisivo de la lucha? Forzosamente era una de las dos cosas. De repente iérguese, la faz está sombría, la mirada centelleante, quizá iba á sucumbir, cuando Fr. Agustín aparece en la puerta del despacho. Quedóse contemplando á don Manuel, cuyo semblante á la mirada sagaz y acariciadora del fraile, va recobrando la habitual calma.

—He llegado á tiempo, hijo mío, le dijo: es la hora terrible de la tentación. Velaba por usted, la esperaba; he contado los días, las horas, los minutos y hasta los instantes y Dios me ha dado acierto. Bendita sea su inagotable bondad! Ahora sí, es usted un héroe, ha vencido; leo en sus ojos la victoria; pero el peligro ha sido mortal. En lo sucesivo será usted más cauto.

—¡Ay, Padre, respondió don Manuel

XXI

Algunos días permaneció Ricardo encerrado en su casa, ocupado en arreglar todos sus negocios con escrupulosidad, como si fuera á morirse. A la ira sucedió la resignación interrumpida de vez en cuando por momentos de excitación violenta. La mirada de Consuelo habíase grabado en la mente del joven con imborrables caracteres. ¿Por qué me verá así Consuelo? se preguntaba; y aun llegó á pensar en un cariño, algo más que de amigo, pero desechó el pensamiento atribuyendo la ternura de la niña á caritativa compasión.

El dolor hizo admirar á Ricardo lo que no ignoraba, pero que no se había detenido á considerar: el cariño, la abnegación de su hermana, y al verla, lloraba como un niño.

—Luisa, hermana mía, decíale con ternura, nos vamos á separar, sólo Dios sabe cuánto tiempo, mas es preciso. Si tú no te quedaras aquí, daría mi adiós pa siempre á Zacatecas; pero sólo al pensar en tu ausencia, me duele el corazón.

—No, Ricardo, no nos separaremos; iré contigo á donde quiera que vayas: tus desengaños son míos también, y contigo

partiré gustosa los trabajos y las escaseces.

—Lo he pensado mucho, Luisa, y es una temeridad exponerte á las molestias de un camino largo y á los azares de un porvenir completamente incierto. Voy á Sinaloa en busca de trabajo; espero encontrarlo pronto é inmediatamente que lo halle, vendré por tí. Mis recursos ahora son muy exiguos, apenas podré reunir lo indispensable para el pasaje y gastos por pocos días, y dejarte para los tuyos por un mes; mas si por desgracia no pudiese oportunamente remitirte para lo sucesivo ocurrirás al señor de Avendaño, que generosamente me ha abierto su caja, pero hasta hoy no he recurrido á ella. Le hablé ya de mi viaje y lo aprueba, te he dejado muy recomendada con él; también opina que, por ahora, no debo llevarte.

—Tú has hecho buena carrera, dijo Luisa, hay en Sinaloa mucho trabajo para los ingenieros con motivo de varias concesiones de vías férreas y no batallarás mucho para encontrar lucrativo empleo.

—Es verdad que hay allá trabajo y los informes que acerca de esto he adquirido son fidedignos; mas hay que tomar en cuenta que de varios Estados de la República han salido ingenieros con el mis-

doctor no se ofendió. ¡Qué iba á ofenderse de aquel femenino anarquista que sin misericordia bombardeaba su corazón! Por el contrario, condescendiente como todos los novios, aceptó la broma, haciendo con la cabeza una señal afirmativa, y mientras, de la garganta de la amada niña brotaba espontánea la argentina carcajada que le era característica; Fausto, estrechándose las manos, señala con la vista al cura, y luego dirige á Julia una mirada interrogativa, como quien dice: Aquí está el cura ¿nos casamos ya?

Los ojos de Angelito y de César también hablaban, Clarito decían á Eva y Consuelo: Te amo, te amo; pero aquellas hechiceras niñas, ángeles por su hermosura y mujeres por su carácter, contestaban también, claro, muy claro: Nos dejamos querer y nada más.

A interrumpir esas mudas conversaciones, divinas para los novios, odiosas para los rivales, dignas de envidia para los jóvenes y divertidas para los viejos, vino un incidente que alborotó á la plebe é infundió el pánico entre las señoritas. De entre los cuadrúpedos acabados de bendecir salió una vaca, que en opinión de Luisa Ramos, estaba poseída del demonio que gusta mucho de los animales cornudos, y ya fuese porque el animalito era

vivo de genio y bravo é iracundo por paterna herencia, ó que los granujas, que se desternillaban de risa, le hiciesen alguna diablura, la vaca, sin que le importaran un bledo los adornos que llevaba en el cuello y en las astas, embistió á la multitud, que retrocedió espantada, lanzando gritos y repartiendo empellones á diestro y siniestro; y lo que para uno fué susto, para otros fué regocijo, pues los granujas extendiendo los sarapes, frente á la mal humorada res, gritaban: ¡Ea, toro! A las primeras provocaciones la vaca embistió, pero atemorizada con aquella turba de diablillos, siguió corriendo calle abajo por la senda que á toda prisa le abrían los azorados paseantes. Entretanto, la jaula que encerraba la cotorra de Julia, fué víctima, no de la vaca, sino de la criada que portaba aquella, quien al recibir un fuerte empellón, cayó al suelo sobre la jaula; que se hizo pedazos y de ella salió asustada la cotorra, abrió las alas y voló pesadamente hasta el brocal de un pozo donde trémula gritaba: ¡Mi alma, mi alma!

—¡Mi cotorra, mi cotorra! clamó Julia afligida.

No hay para qué decir que el doctor Fausto se encaramó en el pretil del pozo, aprehendió á la fugitiva, que sólo perdió

el sombrero, y triunfante, púsola en
nos de su dueña, quien pagó al méd
un picotazo que recibió en la diestra
la más amable sonrisa. Como la vaca
va trotaba ya pacífica frente á la plazu
de Jesús, la concurrencia trocó el pán
en jubilosa risa, y momentos después
cionales é irracionales regresaban ca
dos á sus hogares.

XXIII

Habíase verificado en don Manuel
Avendaño un cambio completo; él
mo estaba admirado de que el hom
fuese saneable, aun aquel del que no
ni la más remota esperanza. En vi
de ese cambio, casi todo fué transfor
do en la casa del señor de Avendaño.
la servidumbre sólo quedó Felipa, cr
apenas mediana, pero que tenía en
abono la antigüedad de sus servicios
dos los demás domésticos, algunos de
cuales habían sido cómplices en las
veradas de su amo, fueron inexorable
te despedidos, pues si cambió el amo,
siguieron tan perversos como siem
Cocinera hubo que con lo que ella ll
ba sus ahorros, formados en su total

n lo que sisaba del mandado y robaba
la despensa, tuviera ya casa propia y
ercancías para poner un tendajón. Don
anuel quiso que fuesen testigos de sus
enos ejemplos sin gastar el tiempo en
cursos, para los cuales, según él afir-
aba, le faltaba unción, y faltando ésta,
cía, las moralidades resultan frías y aun
sadas; pero los que fueron prontos pa-
seguir los malos ejemplos, fueron obs-
ados en contra de los buenos, y no pu-
lograr la corrección de uno solo de sus
vientes. A pesar de haberles aumentado
salario con el sólo fin de que no sisasen,
aban más, como si el aumento de suel-
avivase la codicia, y jamás desempeña-
n sus quehaceres ni siquiera mediana-
ente. Mucha de esta gente, decía, es na-
la y criada, entre la orgía plebeya y la
pina ignorancia de los deberes, y los
los hábitos son tan consistentes que no
y poder que á destruirlos baste. Hay
e compadecerlos: la niñez, he allí el
ico porvenir de la sociedad y dedicá-
se con empeño á arrancar del corrompi-
hogar á niños, peores que huérfanos,
los colocaba en planteles donde hallasen
z para sus inteligencias y sano amor pa-
sus corazones. La sociedad, que se ha-
a encargado de publicar, comentados y
mentados los criminales hechos del per-

antidiluviana; pinos que nacen de hondas cañadas, sobresalen de las montañas, y hay que echar la cabeza hacia atrás y elevar la vista al cielo para descubrir sus excelsas cumbres. Entre los animales de caza abundan los venados y el pavo silvestre de pesado vuelo, que más bien brinca de altura en altura ayudado de las alas. Entre los animales feroces, el único temible es el oso, que llaman plateado, por su piel de brillante gris. Al contemplar aquella vegetación exuberante y grandiosa, donde en lugar del vocerío de las ciudades, óyese el rumor del torrente y de las espesas copas de los árboles agitadas por el viento, se piensa en el poder infinito, prodigiosamente manifestado en la rica naturaleza. Allí, en aquella inmensa mole de tierra mexicana, esperan al progreso industrial inagotables tesoros.

Ricardo y los arrieros que le acompañan, acaban de rendir jornada, fatigosa por la lentitud con que se hizo, molesta por el intenso frío. Trabajo costó al joven ingeniero apearse de su cabalgadura: estaba entumecido, parecíale tener los pies de mármol ó de hierro; al respirar dolíanle los pulmones y el baho congelado había prendido gotas de hielo en el sedoso bigote de Ricardo.

—Estamos en el corazón de la Sierra

díjole un arriero, ésta es La Cumbre; mañana empezaremos á bajar á tierra caliente.

Esa noche fué deliciosa para el joven ingeniero: Mr. Anderson, un angloamericano dueño de la hacienda "La Cumbre," le dió alojamiento, mediante, por supuesto, el pago de una más que mediana remuneración. Introdujo á su huésped á un cuarto con gran chimenea provista de abundante fuego, que en breve tiempo tibió la atmósfera. El joven sentía ya repugnancia por las carnes de latas que habían sido su alimento los anteriores dias, así es que las calientes patatas, la carne seca y el pan esponjado que le sirvió Mr. Anderson, supiéronle á gloria. Acostóse temprano y pensando en "La Barranca," como él llamaba á Zacatecas, durmióse para soñar en su Eva; pero junto á ésta veía también á Consuelo, y la profunda y tierna mirada de aquellos límpidos ojos estaba como estereotipada en su mente. Pensaba, sobre todo, en la última que le había dirigido aquella noche, en que el desengaño trucidó todas las ilusiones de su alma. ¿Por qué le perseguía aquella mirada que parecía hablarle de amor? ¡Qué buena es Consuelo! exclamaba. "Si ella pudiera reconciliarme con Eva, lo haría, y si yo no me casase con

Eva, no podría amar á nadie, sino tal vez á Consuelo."

Tempranito despertó el viajero, restregándose los ojos, que cerrados, habían contemplado terrenales ángeles toda la noche, y se dispuso á continuar la marcha. El frío era crudísimo, pero duraría poco, pues iban ya á bajar á tierra caliente. El contraste en aquel punto es de un efecto sorprendente: de un lado la Sierra Madre con su grandiosa vegetación y sus seculares espesos bosques; del otro, la riquísima vegetación de tierra caliente con sus bosquecillos de naranjos y limonares y sus espléndidos platanares.

Blancas veredas serpean por los montes bajando sin cesar, y allá, á lo lejos, como una inmensa faja azul en el horizonte, el océano pacífico que besa las costas mexicanas.

Ricardo, arrobado en sus pensamientos, sobrellevó las penalidades del camino, y á la caída de la tarde del siguiente día, entraba, lleno de esperanzas, á la ciudad y puerto de Mazatlán. Alojóse en el Hotel Iturbide y costóle trabajo conciliar el sueño, más que por los pensamientos que le distraían por el sofocante calor y por los mosquitos, las picaduras de los cuales le era imposible evitar.

Al siguiente día estaba contemplando

el magnífico espectáculo que ofrecía á su vista el mar picado, cuyas olas lamían los muros del edificio y entraban orladas de espuma hasta la orilla de la calle, y los buques mercantes que se balanceaban sobre las aguas, cuando llamaron á la puerta de su cuarto: un caballero vestido con traje de holanda, sombrero de jipi y blanco calzado, saludóle cortesmente y anuncióle que estaba reservado para él un empleo en los trabajos de ingeniería de la vía férrea en construcción del puerto á la ciudad de Durango. Convínose en que el joven ingeniero descansaría un día para empezar su trabajo desde el siguiente.

No tardó mucho tiempo Ricardo en saber que debía su colocación á las influencias y recomendaciones de don Manuel, á quien desde luego, escribió agradecido.

Una tarde, en que Ricardo sentía más viva que nunca la nostalgia del suelo natal, que manifestaba en hondos suspiros por su amada Zacatecas y por los séres queridos que en ella había dejado, recibió una carta de su hermana Luisa, que abrió trémulo, como si temiese una fatal nueva

"Querido é inolvidable hermano, le decía Luisa:

Desde tu partida, nuestra casita está triste, y yo no podré alegrarla mientras

dure tu ausencia. Tan luego como asegures una colocación, pide licencia y ven por mí, que tengo la dulce obligación de cuidarte. Quiera Dios que esa tierra caliente, tan mala para los forasteros, sobre todo, para los que como tú han nacido y vivido en clima frío, no te pruebe mal. Si te enfermas de cualquiera cosa, por insignificante que te parezca, avísame luego por telégrafo, pues si no encuentro quién me acompañe, me siento capaz de irme sola. No seguiré la ruta que tú has seguido, pues me informan que es la más molesta; iré por el Central, tocando la frontera de los Estados Unidos. De recursos pecuniarios estoy bien y no te apures por eso.

Te voy á dar dos noticias tristes y una alegre, con la esperanza de que ésta mitigue el pesar de aquéllas. El señor de Avendaño está enfermo, y los médicos aseguran que su enfermedad es seria; ni ellos mismos saben lo que tiene, pues no han podido concordar en el diagnóstico. Espero en Dios que se aliviará, pues un hombre como don Manuel hace mucha falta. ¡Cuántas familias pobres viven á sus expensas, cuántos niños deben á él su educación!

La otra noticia, dolorosa para tus afectos, puede ser medicina que, aunque amarga, te cure de un amor que no debes ya

fomentar. Eva no se acuerda de tí. Angelito ha triunfado de la turba de adoradores que la asediaban. Convéncete, hermano mío. Eva no te conviene, no serías feliz con ella. En cambio, y ésta es la noticia alegre, he descubierto con certidumbre tal, que no deja lugar á la menor duda, que Consuelo, ese ángel de dulzura y de bondad, no piensa sino en tí, no vive más que para tí; en suma, que te ama como sabemos amar las huérfanas. Si al perder lo que soñaste que fué tu dicha, hallas un tesoro de mucho más valor, ¿no lo recogerás? Piensa en esto, querido hermano. la felicidad te sonríe, ven, y estréchala contra tu corazón.

Adiós, contéstame pronto. Tu hermana que mucho te quiere.

LUISA."

Estupefacto quedóse Ricardo al acabar de leer semejante carta; sus emociones eran tantas, que no podía descifrar si tenía gusto, pesar, ira, gratitud ó despecho. Dejóse caer en un asiento y sumergióse en honda meditación, y después de un rato pudo comprender que lo que en su corazón dominaba en aquel instante, eran los celos, hijos quizás, no ya del cariño, sino del amor propio, y á extinguir aquella enconosa herida no alcanzaba el afec

to de Consuelo, si bien la atenuaba; el fuego del cariño cuando encuentra combustible á propósito lo enciende rápidamente como el fuego material á la leña seca, y el corazón de Ricardo estaba insensiblemente preparado para recibir aquel fuego, así es que pensó en Consuelo con inefable placer.

XXVI

Angelito no estaba para perder tiempo: hombre trabajador, en edad casadera y locamente enamorado, parecióle que toda demora era merma de su dicha con tanto afán buscada y milagrosamente encontrada. Apenas fué correspondido de aquella Eva, que según la opinión del joven pretendiente, superaba en belleza á la del Paraíso, dió los pasos conducentes á su matrimonio. Don Manuel fué el comisionado para pedir á la novia, y su demanda fué favorablemente despachada. Gustavo, que á la sazón estaba presente, pronunció ante su tío político un elocuente panegírico del novio, panegírico que doña Tula escuchó con no disimulado regocijo, y don Juan, con la imperturbable calma que le era característica. Aquella

campanuda arenga no era necesaria para el buen éxito de la demanda, pero sí para desahogar la impetuosa verbosidad de Gustavo. Concluído que hubo las alabanzas de Angelito, comenzó las de Eva, y el sobrino dijo á sus tíos tales cosas de su hija, que el mismo novio no hubiera llegado á tanto, cosas que á doña Tula hicieron llorar de regocijo, de ternura y de maternal vanidad y convenciéronla de que era la madre de un ángel que casi, casi, podía competir con los del cielo. En cuanto á don Juan, sonrióse apenas, y aprovechando el primer momento en que Gustavo tomaba aliento para continuar su perorata, díjole pausadamente:

—Pues bien, Gustavo, que se casen.

Fué entonces doña Tula quien tomó la palabra con acaloramiento. Hizo ver á su esposo de cuán mal tono era semejante respuesta, pues la costumbre social, que tenía fuerza de ley, exigía un plazo para deliberar y resolver, y según la opinión de la señora doña Tula, ese plazo no podía ser de menos de seis meses.

—Ya que Dios nos ha concedido, decía entusiasmada la madre, una hija tan buena y tan hermosa, es absolutamente indispensable que ocupe en la sociedad el alto lugar que le corresponde, y para ello

Consuelo leía, como en un libro abierto, en el corazón de Eva y se regocijaba de aquel cambio. No se ofenderá ya, pensaba, si algún día sabe que mi primero y único amor ha sido para Ricardo. Y lo sabrá, no por mi boca, sino por la de él. La última vez que mis ojos se fijaron en los de Ricardo, al encontrarse los rayos de las miradas de ambos, había calor, intenso calor en los corazones de los dos. ¡Oh, día suspirado, día de mi ventura! ¿cuándo llegarás? Y la rubia virgen vertía lágrimas: eran el fragante jugo de una alma que ama y que espera.

XXVIII

Ricardo habíase dedicado con entusiasmo á sus labores profesionales; pero suspiraba por la tierra natal, cuna de sus ilusiones, amado albergue de sus afectos. No quiso comprometerse con la Compañía que le ocupó, sino por determinado tiempo, que estaba próximo á expirar, y contaba con indecible ansiedad los días que faltaban. El joven, á pesar de sus esfuerzos, no había vencido completamente los ímpetus de sus pasiones, pues nada hay más difícil de curar que una voluntad en-

ferma por los malos hábitos; pero ahora, caía para levantarse luego, mientras que antaño, caía para no levantarse en mucho tiempo. Había, pues, lucha y parciales triunfos, quizás precursores de completa victoria.

La carta de Luisa había logrado su objeto: Ricardo pensaba mucho en Consuelo, no sólo para olvidar á Eva, el recuerdo de la cual había herido tanto el amor propio del amante, sino con verdadera fruición, impresionado por la noticia de su hermana, que había sido el alambre conductor de la chispa eléctrica.

Absorto contemplaba Ricardo aquel semblante de angelical dulzura que tantas veces había visto sin mirar. Recordó la inefable expresión que para él tenía y creyó de fe á su hermana, y arrepintióse de haber sido tan poco perspicaz, que no había visto lo que vió Luisa con tan segura mirada. El cariño de Eva, pensaba, puso una venda ante mis ojos para todo lo que no fuera ella. ¡Insensato de mí! he perdido un tiempo precioso; pero iré muy pronto hacia el ángel que me espera.

Extasiado con estos pensamientos recorría la playa, tendiendo de vez en cuando la vista por la superficie del Océano, que semejaba inmensa sábana gris que se movía constantemente erizada de re-

ción y murmuró en lo íntimo de su alma:

—Huíd de mí, importunos recuerdos: entre Eva y yo se ha abierto insalvable valladar.

Quedóse algunos instantes silencioso y apareció á la mente del joven la imagen de Angelito: era él, él mismo en cuerpo y alma; con aquel andar grave y circunspecto, con aquella tosecita, disfraz perpetuo de su cortedad; con aquel mirar, á veces suplicante y á veces timorato, donde no brillaba jamás la enérgica fuerza de la audacia. Y ¡ qué Eva, pensó, me haya olvidado por este mentecato! Y Ricardo en aquellos momentos hubiera dado los mejores años de su vida por reconquistar á la graciosa zacatecana y vengarse así de Angelito. Y aquel asalto de celos hízole creer que amaba aún á Eva; mas no, el amor á ella se alejaba, pero el amor propio erguíase aún con toda su pujanza.

XXIX

El tiempo ha corrido, con celeridad para el que goza, con lentitud para el que sufre, con sozobra para el que espera; mas todo llega y todo pasa. Amaneció sereno y radiante el día anhelado por Ange

lito, de unirse para siempre con su amada. El templo parroquial de Santo Domingo está lleno de concurrentes; la nave del centro alfombrada desde el cancel de la puerta mayor hasta el presbiterio, y cerrada á los lados por una hilera de asientos, ocupados por la flor y nata de la sociedad zacatecana, previamente invitada; los demás concurrentes en apretada muchedumbre ocupan las naves laterales. Las flores, encargadas expresamente á Orizaba por Angelito, embellecen el templo y deleitan con su fragancia. En un lado del altar mayor se eleva otro improvisado, sobre cuya gradería, cubierta con ramilletes en elegantes floreros, y entre éstos ricos candelabros con velas encendidas, elévase un magnífico cuadro de Señor San José, bajo cuyo patrocinio han puesto los novios su futuro hogar.

Los rostros se vuelven curiosos hacia la puerta principal, por donde la pareja debe de entrar; en el coro, los músicos afinan los instrumentos. De repente óyense los primeros compases de la Marcha Nupcial de Mendelssohn y aparece la comitiva: abre la marcha Eva, de brazo de su padre; el blanco traje de la novia llama la atención por su irreprochable corte, una pequeña guirnalda de azahares corona la gentil cabeza de la joven; el ajusta

XXX

El médico no se había equivocado, don Manuel de Avendaño, después de algunos días de aparente alivio, cayó en cama gravemente enfermo. Parecía que todas las enfermedades se habían dado cita para destruir de un sólo terrible golpe aquella naturaleza ya muy gastada: el corazón, los pulmones, el hígado, todo estaba mal.

Desvaneciéronse las ilusiones que se había forjado, de alcanzar aún algunos años de vida, y esperó valeroso el último supremo instante.

Fray Agustín, Sor María del Socorro y Consuelo, casi no se separaban de la cabecera del enfermo.

Era Sor María del Socorro una guapa española, en la flor de la juventud, que había dejado patria, familia y mundana grandeza, por servir á Dios en sus hijos que sufren, en los pobrecitos enfermos. Era su alcurnia de las más brillantes, pertenecía á los grandes de España, pero lejos de deslumbrarse con el fugitivo esplendor de un nombre ilustre, se alegró mucho de ocultarlo bajo la humilde toca de la caridad; oyó la voz de su vocación, y fué á aumentar el número de esos án-

geles del mundo que llevan el glorioso título de "Siervas de María," y entre las cuales descollaba por. la hermosura del rostro y más aún por la belleza del alma.

—Con esto descansaréis un poco, decía á don Manuel, ofreciéndole la medicina.

—No se necesitan ya remedios para el cuerpo, contestóle el enfermo, el alma le abandona.

—Probad aún, debéis buscar la salud hasta el último instante de la vida. ¿Deseais incorporaros?

El paciente hizo una señal afirmativa.

Sor María del Socorro sentóse en el borde de la cama, ágil enderezó el cuerpo del señor de Avendaño con el brazo izquierdo y mientras Consuelo colocaba á la espalda de aquél varios cojines, uno sobre otro, para que se recargase, Sor María llevó el vaso de la medicina á los labios del enfermo é hizo que pausadamente la apurara.

—¿Ha venido Fr. Agustín? preguntó don Manuel.

—Acaba de llegar, ¿le necesitáis?

—Quiero hablar solo con él, dijo, y miró á Consuelo, que en pie, junto á la cabecera de la cama, contemplaba con tristeza la afligida faz de su protector.

—Voy á llamarle, repuso Consuelo.

—Iremos ambas, agregó Sor María del Socorro.

El enfermo se quedó algunos momentos solo, fijó en un Crucifijo que se elevaba en improvisado altar levantado frente á la cama del paciente, aquellos ojos grises de penetrante mirar, donde aún brillaba la vida y dos lágrimas asomaron á sus párpados; mas por la expresión del semblante comprendíase que no eran de dolor, sino de júbilo. La vida se extinguía; pero la inteligencia parecía concentrarse y ganar en intensidad; las verdades de la fe presentábanse tan claras á los ojos del alma, que hacían imposible la duda. El pensamiento de que por graves que fuesen las faltas del moribundo, eran inmensamente inferiores á la infinita bondad, derribaba los escollos de la desconfianza y de la presunción. Creía don Manuel estar presenciando los últimos instantes de un vespertino crepúsculo; pero sentía que al descender el sol á otras regiones íbase con él y pasaba de un crepúsculo á la luz de un pleno día. En esos momentos entró Fray Agustín, sus ojos se encontraron con los del paciente, y aquellas miradas, en el instante que se detuvieron contemplándose, hablaron con un lenguaje misterioso, donde cada palabra concentra toda una historia. Lo que hablaron se siente, no se

pronuncia, así es que cuando vibró trémula y apagada la voz del enfermo, no decía á Fray Agustín ya nada de nuevo.

—Padre, dijo don Manuel, asiendo con las dos manos lívidas y flacas la diestra de Fray Agustín, y mostrando los ojos dentro de sus hondas cuencas, iluminadas por alegría del cielo; Padre, la muerte se aproxima, la siento venir con veloces pasos, y yo, el gran pecador, cuya confesión general oyó usted ayer, no tiemblo; por el contrario, me regocijo, y la espero como á la dulce amiga mensajera del reposo eterno. ¿Es esto presunción ó culpable temeridad?

—Es, respondió el fraile visiblemente contaminado por la alegría de su interlocutor: confianza en la divina misericordia. Es que Dios, hoy como ayer, y mañana como hoy, cumple su palabra, y recibe en su paternal regazo al pecador contrito como si nunca le hubiese ofendido. ¡Qué digo! con más exquisita ternura que al justo que le sirvió su vida entera. Es usted ya el hombre nuevo, regenerado por el amor, próximo á entrar á la patria que nunca se deja. Allá en la plenitud de aquellas delicias, que aunan al constante anhelo la satisfacción constante, no se olvide usted de este miserable ministro del Señor.

recibiría á Su Divina Majestad, con cirios encendidos en la diestra mano, arrodilláronse formando dos hileras, por en medio de las cuales pasó el señor Cura con el Sagrado Viático; después se precipitaron todos al cuarto del enfermo y arrodilláronse otra vez. El Dr. Vélez acercóse á don Manuel, tomóle el pulso, y después de fijarse en el afilado rostro del moribundo, movió la cabeza, como señal de que no había esperanza.

El enfermo, muy conmovido, indicó con los ojos á Sor María del Socorro y al doctor Vélez, que le ayudaran á levantarse y ponerse de rodillas; el doctor le contestó:

—No, de ninguna manera, así está usted bien; no hay que moverse.

—¿Tiene usted algo que reconciliar? preguntó el señor Cura.

—No, señor, contestó el paciente con voz apenas inteligible.

Luego, levantando en las manos la Hostia inmaculada, oyó la profesión de fe del moribundo coreada por los asistentes, que también respondieron á las preguntas del sacerdote, y descendió al pecho del hombre, nuevo por la gracia, el pan de eterna vida.

Poco después, el señor de Avendaño contemplando el Crucifijo, que apenas podía sostener en las manos, entró en ago-

nía; á un lado de la cabecera, estaba Consuelo, y al otro, Fray Agustín y Sor María del Socorro; aquélla y ésta, de vez en cuando le limpiaban el frío sudor de la muerte ó humedecían los secos labios del enfermo, y Fr. Agustín, ora murmuraba al oído de su querido hijo palabras de consuelo y esperanza; ora, con el hisopo en la mano, pronunciaba exorcismos; ora absolvía; ora, en fin, rezaba fervoroso mientras que los circunstantes en coro encomendaban á Dios el alma del moribundo.

Momentos después, con la última contracción de la boca, aquella alma abandonaba el cuerpo y volaba á su Criador. Consuelo exhaló un ¡ay! de honda aflicción.

—Por segunda vez quedo huérfana, dijo llorando, y cayó en los brazos de Sor María del Socorro que se esforzaba por consolarla.

Las sombras de la muerte cubrieron de tristeza los corazones de todos, sólo Fray Agustín, meditabundo é impresionado, alababa en lo íntimo de su alma, las inagotables bondades del Señor.

XXXII

La familia del señor del Río, especialmente Eva, prodigaron á la huérfana, toda clase de consuelos, pues la joven sintió mucho la muerte de su protector. No la dejaría abandonada, de ello estaba segura, pero Consuelo tenía la rara cualidad de ser agradecida, y don Manuel había sabido granjearse el afecto de su protegida.

Doña Tula, pagando tributo á la humana miseria, entristecióse, temerosa de que don Manuel no hubiese asegurado la entrega de la pensión asignada á la huérfana, pues, aunque veía á Consuelo como á hija, más aún desde el matrimonio de Eva, le era sumamente grato recibir puntualmente una mesada que gastaba á su gusto, porque nadie le pedía cuentas de ella, y don Manuel siempre fué solícito para dar á su hija adoptiva cuanto creía que necesitaba, sin tomar en consideración la suma que designado había para sus alimentos.

Pasado el entierro, y aun antes que expirasen los días de riguroso luto, todos, menos Consuelo, empezaron á hablar del testamento del acaudalado zacatecano, el cual testamento, según los públicos rumores, había quedado en poder de Fr. Agus-

tín. Este había estado varias veces á visitar á la huérfana, pero ni una palabra le había dicho del tal testamento. La última vez que habló con ella, doña Tula alarmóse mucho, porque el sacerdote, fijándose en la extrema palidez de Consuelo le dijo:

—Hace tiempo que usted está enferma; quizás necesite el aire del campo. Piense usted á dónde quiere ir.

—Nos quitan á Consuelo, decía doña Tula á su esposo y á su hija, sin duda que así lo dispuso don Manuel.

Consuelo, en efecto, hacía tiempo que se sentía enferma; frecuentemente estaba acalenturada y dormía poco y mal, pero sufrida como generalmente son las huérfanas, y creyendo pasajera su dolencia, callaba y aun disimulaba sus males cuanto podía.

Eva persuadía á su madre de que sus temores eran infundados, y don Juan, con su nunca turbada calma, contestaba siempre á su esposa con un no tengas cuidado.

A desvanecer todos los temerarios juicios vino la apertura del testamento del señor de Avendaño, presentado oportunamente al Juzgado de lo Civil por el abogado de Fr. Agustín, hombre docto, de bien ganada reputación. Don Manuel legaba una fuerte cantidad en numerario á Fray

Agustín, á quien nombraba, además albacea y ejecutor testamentario; otro legado á Luisa Ramos, y en el remanente de todos sus bienes, instituía á Consuelo por única y universal heredera.

Pronto supo todo Zacatecas la última disposición del finado. Entre las desheredadas de la fortuna, aquellas que jamás se han conformado con su pobreza, murmuraban insensatas de la Divina Providencia, porque, desde la orfandad y la miseria había elevado hasta la cumbre de la prosperidad á una joven, á quien, por añadidura, había dotado de soberana hermosura. Se consideraban con mayores merecimientos que la huérfana para ser encumbradas, y á no pocos mezquinos corazones mordió voraz el gusano de la envidia.

Indecible fué el júbilo de doña Tula y de toda su familia al saber la feliz nueva. Consuelo también se alegró, pues el caudal de don Manuel la independizaba de todos. Ahora faltábale sólo el ser amado, y estaba firmemente convencida de que vendría á buscarla. Ciertas misteriosas palabras de Luisa Ramos, habían aumentado la firmeza de aquella convicción.

Eva felicitó cordialmente á su hermana:

—No te falta ya, díjole, sino que un Angel, como el mío, te haga dichosa.

—¿Eres de verdad feliz?

—Lo soy, Consuelo; Angelito es más bueno de lo que yo creía, y me quiere más de lo que pude imaginarme. ¡Ah! ahora pienso que son muchos los buenos matrimonios que pierden nuestras amigas por buscar en los maridos sólo buena cara y donaire; busquen corazón y honradez, y acertarán.

—Pero qué la varonil belleza ¿es incompatible con la bondad?

—No, pero ambas cualidades no suelen andar juntas por este mundo.

—Quizás Ricardo es una excepción.

Eva miró á su hermana de hito en hito, sin contestarle ni una sola palabra.

—Matrimonio y mortaja, añadió la hermosa rubia, del cielo baja, dice el proloquio, y no hay que darle vueltas; para ti estaba destinado Angelito, y para mí...

—Ricardo, acaba; ¿no es eso lo que ibas á decir?

—¿Te disgustas?

—¡Inocente! ¡qué me iba á disgustar! ¿Desde cuándo le quieres?

—Desde que le conocí; perdóname si no te lo he dicho, si no podía, si no debía decírtelo antes.

—¡Pobre hermana mía! Ahora comprendo más que nunca tu bondad; pero me entristece la revelación de tu secreto

de los ojos de cielo que le miraban constantemente le habían arrancado lágrimas de ternura. Crean lo que quieran; suceda lo que suceda, yo la amaré, sí, aunque Luisa se haya engañado y Consuelo no me quiera.

Con esta resolución alejóse del hermoso puente que fué por algún tiempo el lugar de su voluntario destierro, y rebosante de ilusiones y esperanzas partió para Zacatecas, su nunca olvidada tierra

---

XXXII

Consuelo no ha querido hacer cama; pero está mala, muy mala. Allí, en aquel poético cuartito, donde han volado, constantemente en angélicas formas, tantas amorosas ilusiones, está la joven soñando aún, pero con tanta viveza, que el sueño casi se confunde con la realidad. Sentada en la poltrona, su silla favorita, la que si traducir supiera pensamientos, nos referiría poemas aún no escritos en el humano lenguaje; allí espera con inquebrantable fe al dueño amado, pues sabe ya por Luisa que vendrá pronto. Cierra los ojos del cuerpo y abre los del alma, y ve ora campos por donde cruza veloz el fe-

rrocarril, ora montañas de riquísima vegetación por donde airosa trepa, sin detenerse un momento, la humeante locomotora.

Entre los pasajeros distínguese aquel de elevada frente, ojos negros y expresivos y sedoso bigote que hermosea el varonil rostro, es Ricardo, el dueño de su alma, á quien pronto verá á su lado; por eso la niña sonríe, por eso brilla en sus pupilas inefable regocijo.

Entretanto, en el cuarto contiguo conversan en voz baja el doctor Vélez y Fray Agustín.

—Creo, dice el doctor al venerable sacerdote, que debe arreglar todos sus negocios; la muerte se acerca con vertiginosa celeridad y elige hoy para su víctima á la dorada juventud henchida de ilusiones y ávida de dicha. ¿Qué le vamos á hacer? Por mi parte, el mayor sacrificio sería pequeño por salvar esta preciosa vida.

—¿Vivirá aún algunos días? interrogó con resignación Fr. Agustín.

—La muerte puede llegar de un momento á otro; estas enfermedades del corazón son traidoras, hieren como rayo.

Despidióse el doctor de Fr. Agustín, ofreciendo volver, y éste dirigióse pensativo á la alcoba de Consuelo. La niña, que

acompañaba con la imaginación á Ricardo en su viaje, volvió de su ensueño al oir los golpecitos que con los dedos daba el Padre en la vidriera del aposento.

—Adelante, pase usted, díjole con dulzura. Fr. Agustín sentóse cerca de la enferma; quedóse observándola por algunos momentos, como para comprobar con sus propios ojos cuanto el doctor acababa de afirmar, luego, dando á la voz la mayor suavidad posible, dijo á Consuelo.

—¿Está usted contenta?

—Sí, padre, lo estoy; no sé qué presentimiento tengo de alegrías por mucho tiempo esperadas.

—¿Y si Dios no quisiese que usted goce de tales alegrías?

—Dios sí quiere; se lo he pedido porque lo que yo quiero es bueno, y Dios es más bueno que todo lo que yo quiera.

—Es verdad; siempre acoge y despacha benévolo la oración bien hecha.

—Es lo que yo afirmo y creo con vivísima fe.

—Sí, pero cuando nos niega lo que le pedimos, porque así nos conviene, nos da otra cosa mejor.

—Y ¿qué me puede dar á mí mejor que Ricardo?

—¡Ay! gritó la joven apenas había concluído la frase, su amor la había vendido.

y si su lívido rostro no se coloreó, fué por que se hallaba casi exangüe, pero bajó la cabeza agobiada al peso de la vergüenza.

—Nada tema usted, díjole Fr. Agustín compadecido, no es delito amar, por el contario, el alma que sabe querer es más apta para la virtud, si su cariño no traspasa el lindero marcado por la ley divina.

—Yo, contestó Consuelo reanimada por la voz del sacerdote, he creído que la bondad y el amor son una misma cosa, pero soy muy ignorante. Los buenos quieren á todos; los malos no quieren á nadie. ¿Recuerda usted á don Manuel que enterró á mi madre y me sacó de la tristeza de la orfandad? Era tan bueno, que lloraba de compasión ó de amor, que para mi también es lo mismo, á la simple vista de un niño harapiento.

—Sí, hija mía, dice usted bien, pero todo debe amarse en Dios y por Dios.

—Yo nunca me he puesto á pensar cómo amo á....—aquí la niña se detuvo un momento y luego añadió, á todos, á todos, hasta á los malos, porque debe una compadecerse de ellos y encomendarlos á Dios.

—Y si yo dijese á usted: Consuelo, está ya usted madura para el cielo; pronto v ndrá el Divino Segador, á arrancarla

del lozano huerto de sus escogidos, ¿no sería lo mismo que decirle: El Dios de su amor y de su confianza despachó superabundantemente la plegaria de usted y en vez de darle el efímero paraíso de la tierra, donde todas las flores tienen espinas, le da el cielo, donde todo es amor, cuanto en rebosante medida contener puede el humano pecho; amor sin sozobras, sin temores, sin la menor sombra de desconfianza, ni de celos; amor inacabable, inmenso, ¿no clamaría usted regocijada: ¡Bendita sea la bondad del Dios de mis mayores?

Dijo Fr. Agustín aquellas palabras con tan suave tono, con tan delicada ternura, con tan divina unción, que Consuelo rompió á llorar. Todo lo había comprendido. Allí, en la pieza contigua á la suya acababa de ser deshauciada. Aquella sentencia de muerte tronchaba en botón todas sus ilusiones, y pagaba con llanto y sollozos tributo á la humana flaqueza.

El fraile dejó á aquel corazón desahogarse á sus anchuras; púsose en pie y luego dió vueltas en la alcoba; sus labios movíanse sin cesar, era evidente que oraba.

—¡Ay, nací para sufrir! murmuró Consuelo, después de exhalar un prolongado sollozo; en mi niñez, hambre, miseria, indecibles dolores; en mi juventud, la más

espantosa de las soledades, la soledad del alma; anhelos imposibles nunca satisfechos, y hoy que de heredar acabo un nombre ilustre, un caudal crecido, y que hacia mí viene el ser amado á trocar en realidad mis más deleitables ensueños, la muerte, la implacable muerte, enemiga de la terrena ventura me grita: detente, el templo de la felicidad está cerrado para tí.

Dijo y rompió á llorar de nuevo. Fr. Agustín no contestó ni una palabra. pero su actitud habló con la vigorosa expresión de los santos; detúvose un momento ante la joven, y con los ojos arrasados de lágrimas, levantó majestuoso la diestra mano, señalóle el cielo y continuó orando:

Imposible sería descifrar lo que en aquellos instantes pasaba en el alma de la huérfana; á veces parecía luchar, á veces rendirse á la fuerza del dolor; ora sus ojos se elevaban al cielo, como quejándose con Dios, ora inclinaba la cabeza como aceptando el sacrificio, y debió de concluir por resignarse, porque dijo á Fr. Agustín:

—Cúmplase en mí, la voluntad de Dios.

El Padre se detuvo, su semblante resplandeció con la luz de inefable gozo.

—Luisa, repuso Julia, está hoy con su hermano, que llegó ayer. Tan luego como pasen los ímpetus del natural regocijo, iré á verla y la invitaré á que venga á verte.

—¿Me lo prometes?

—Te lo prometo.

—Quizás la vea yo antes. Espero en Dios que mi convalecencia no ha de ser larga, y desde ahora me propongo que para ella sea mi primera visita. Y su hermano, ¿cómo está?

—Ayer, repuso Paquita, por casualidad le ví bajar con Luisa del tranvía. Me parece que está más alto y más robusto, aunque algo quemado por el sol.

—Pero más guapo, eso sí, no cabe duda, dijo Julia; yo también te ví á ti, y más te diré, fuí únicamente por la curiosidad de verle, pues sabía que llegaba ayer. Al fin es antiguo amigo. Dicen que ha cambiado mucho, muchísimo, que es muy bueno.

—Siempre lo ha sido, repuso Consuelo.

—Puede ser, puede ser, murmuró Chole; pero yo he sido siempre muy desconfiada.

Un pensamiento pasó entonces por la mente de Consuelo; era seguro que Ri-

cardo pasaría por enfrente de la casa, y ella quería verle. Instó á sus amigas para que abrieran el balcón y la sentaran cerca de él. En esos momentos entraba Sor María del Socorro, á quien consultaron acerca de los deseos de Consuelo.

—Si me falta aire, dijo la enferma, necesito mucho, mucho aire.

—Abridle, dijo Sor María, ésto no le puede hacer mal; colocad la silla donde ella quiera.

—Pero quiero pedir á usted un favor, dijo Consuelo á Sor María.

—Pedidlo, hija, pedidlo con confianza.

—Que me lleven á mi lecho un momen to, porque deseo ponerme otro traje.

—Y yo he de ayudaros á ello.

—Y yo.... y yo, dijeron las demás.

—¿Cuál quieres?, preguntó Paquita.

—El más blanco que tenga, con el que me hubieran enterrado si me hubiera muerto.

Momentos después, Consuelo estaba cerca del balcón, alegre, como el primer día de sus ilusiones, con vaporoso traje de gasa blanca, y la caballera unida tras del cuello con un lazo de listón, caía en ondas de oro hasta tocar la alfombra.

maba. Una enlutada, con la cabeza cubierta y la vista clavada en el suelo, encontrábase cerca de él: eran Ricardo y Luisa.

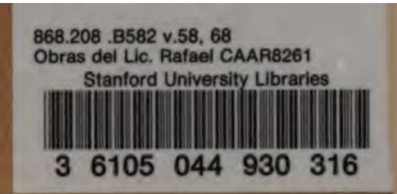
—Adiós, hermana mía, dijo el joven á su compañera, hasta el cielo.

—Adiós, Ricardo, no me olvides en tus oraciones.

—No, Luisa, hermana mía, tu cariño es la única flor que llevo del erial de este mundo; no se marchitará nunca. En la soledad del claustro aspiraré con satisfacción su exquisita fragancia. Allí, en el convento de San Luis Rey, donde tantos se han curado de las dolencias del alma, á ejemplo de mi ilustre benefactor, morirá el hombre antiguo, y sólo vivirá para gloria de Dios el hombre nuevo.

FIN




868.208 .B582 v.58, 68
Obras del Lic. Rafael CAAR8261
Stanford University Libraries
3 6105 044 930 316

